



EL SECRETO DE PULAU KARANG

FRANCISCO DÍAZ VALLADARES



Lectulandia

Tina llevaba quince días sercando el Mar de China con su familia. Quince días que habían transcurrido casi en un suspiro. Entre otras cosas, porque la joven amaba el mar. Lo llevaba inyectado en la sangre. Su abuelo había sido un gran navegante y sus padres también lo eran. Aquel amanecer era precioso y tranquilo, y Tina se encargaba de la guardia al frente del timón. De pronto, una tremenda detonación a su espalda interrumpió en seco sus pensamientos. No le dio tiempo a volverse. Un proyectil silbó por encima de su caba y cayó a doscientos metros ante su proa, levantando una gran columna de agua. El gupo de gaviotas salió de estampida llenando el cielo de estridentes graznidos y ella permaneció atónita contemplando el círculo de espuma producido por el disparo.

Y así comenzó la pesadilla: porque, irremediablemente, el lujoso velero cayó en manos de los piratas, que asaltaron el barco y los llevaron prisioneros a una pequeña isla perdida que escondía más de un secreto...

Lectulandia

Francisco Díaz Valladares

El secreto de Pulau Karang

ePub r1.0

Titivillus 27.04.2019

Francisco Díaz Valladares, 2009
Diseño de cubierta: César Farrés

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para Tomás Borella
y Ana Marín

No puedo cambiar la dirección del viento, pero sí ajustar las velas para llegar siempre donde quiero.

James Dean

Capítulo uno

Faltaba poco para el amanecer. Por el Este se perfilaba una línea blanquecina que separaba el cielo del mar y en el firmamento aún brillaban algunas estrellas rezagadas.

El *Galloper* navegaba hundiendo con suavidad la proa en el agua y se mecía levantando surtidores de espuma blanca y cremosa. Tina deslizó la vista por el palo mayor: la vela atrapaba el aire cálido del Sur y permanecía hinchada como un globo. Un grupo de gaviotas graznaba alrededor del barco. Tina se recolocó detrás de las orejas unos cuantos cabellos escapados de la goma que le recogía la melena castaña, formando una cola de caballo, se subió el cuello del anorak y aspiró el aroma salino. A continuación, comprobó el rumbo y la velocidad.

—Todo perfecto —se dijo y dirigió la mirada hacia el horizonte.

Definitivamente, le gustaba ese momento del día: ese instante indefinido, mágico y maravilloso en que la luz se abre paso entre las tinieblas. Siempre prefería hacer el último turno de guardia. El *Galloper* disponía de piloto automático de navegación, pero el padre de Tina no se fiaba de que algún mercante despistado pudiera embestirlos y había establecido un turno de vigilancia nocturna.

El perro, un *bichón* más parecido a una bola de pelo blanco que a un can, dormitaba a su lado, junto a la rueda del timón. De vez en cuando levantaba la cabeza, movía el hociquillo negro y volvía a sumirse en el sueño. De improviso, se puso en pie, olfateó repetidamente el aire y corrió por la bañera. Después de apoyar las patas delanteras contra el espejo de popa, emitió un gruñido.

—Deja a las gaviotas, Lanás. Y no vayas a ladrar, que aún están dormidos —le regañó Tina en voz baja.

El perro gruñó de nuevo.

—Anda, ven —le pidió palmeándose los muslos embutidos en un ajustado pantalón vaquero.

Lanas se giró moviendo el rabo, saltó sobre el regazo de su dueña y ella lo acarició pasándole la mano por el lomo.

—Hueles que apestas, ¿eh? Hoy voy a darte un baño de espuma de esos que tanto te gustan.

El animal gimió y se lamió el hocico. Un segundo más tarde puso tiasas las orejas y soltó un ladrido corto.

—Te he dicho que...

Antes de que pudiera atraparlo, el perro saltó y, ladrando sin parar, echó a correr de nuevo hacia la popa.

—¡Lanas!

Al volverse, Tina divisó una mancha siniestra a barlovento y frunció el ceño. Abrió uno de los tambuchos y sacó los anteojos. Era un viejo barco de madera, de unos doce metros, sin luces de navegación. Tenía el puente en el centro y estaba pintado de color oscuro, tal vez verde, quizá negro. Calculó la distancia aproximada: una milla, acaso algo más. Por el humo negro que vomitaba la chimenea pudo deducir que el motor iba al máximo de revoluciones. Al principio pensó en llamar a su padre, pero descartó la idea. Seguramente, se trataría de pescadores malayos que volvían de faenar. Tras echar otra ojeada, se encogió de hombros, colgó los anteojos en la botavara y continuó con la mirada perdida en el horizonte.

Llevaban quince días surcando el Mar de China. Quince días que habían transcurrido casi en un suspiro. Entre otras cosas, porque amaba el mar. Lo llevaba inyectado en la sangre. Su abuelo había sido un gran navegante y sus padres también lo eran; de hecho se casaron cuando formaban parte de la tripulación del *Atos* /. Un año más tarde su madre se quedó embarazada y dejaron la competición, pero seguían haciéndose a la mar cada vez que sus obligaciones se lo permitían.

En el haber del abuelo Héctor destacaban, aparte de numerosas regatas, el paso del Cabo de Hornos en dos ocasiones y una de las pruebas más duras de la competición náutica: la travesía Sydney-Hobart en Australia. La única travesía que nunca llegó a realizar fue la de Singapur a Manila. Una gran tormenta había hecho zozobrar el barco frente a las costas de la isla de Palawan y él había muerto en el naufragio.

Tina volvió de nuevo la cabeza para comprobar la situación del vapor que traía a popa. La silueta del barco estaba un poco más cerca, pero al viejo cascarón malayo le costaba avanzar entre los rizos suaves de las olas.

El *Galloper*, comprado a un decrepito lord inglés, era un velero de cincuenta y dos pies de eslora y dieciséis de manga. Cuando el padre de Tina, diplomático en la embajada de España en Singapur, fue destinado a la de Manila, le propuso a su mujer el viaje por mar para llevar a cabo la travesía que el abuelo no pudo realizar.

Tina inspiró profundamente. ¡Cómo agradecía que su madre finalmente hubiese aceptado! Estaba disfrutando de lo lindo. Por otro lado, en el momento en que llegasen al puerto de destino terminaría su aventura en Indonesia. Llevaba cerca de diez años en aquella parte del mundo, deambulando junto a sus padres, de embajada en embajada. Cambiando de residencia, de amigos, de ambiente... Cuando preparaban una cena en casa, tenía que vestirse con unos trajes que detestaba pero «adecuados para la ocasión». A veces, pasaba la noche al cuidado de su hermano, mientras ellos asistían a bailes y saraos. Prefería sentirse sola antes de acudir a esas fiestas, porque, excepciones aparte, la mayoría era gente estirada, sosa e insulsa que se movía en grupo por las recepciones de las embajadas. Siempre las mismas sonrisas falsas, los mismos gestos estudiados, los mismos debates insustanciales y absurdos. No le gustaba navegar por aquella soledad concurrida, demasiado concurrida...

En realidad sus padres no eran así, o al menos, no exactamente así. Pero tanto ellos como ella misma debían ceñirse a las obligaciones de la misión diplomática. Ahora, a punto de cumplir los dieciocho, iba a poder escapar de esa situación. Le apetecía muchísimo volver a Madrid, a su tierra natal, y deseaba reunirse con chicos y chicas de su edad, recorrer las calles en pantalón vaquero y comerse unas hamburguesas chorreantes de mostaza y *ketchup*. También iba a iniciar otra «travesía»: la universitaria.

De una cosa estaba segura: no estudiaría la misma carrera que su padre.

La sirena del vapor malayo emitió varios pitidos sordos. Tina volvió la cabeza, se levantó y dio unos pasos hasta la aleta de babor. Ahora estaba a poco más de media milla. Se podían distinguir varios hombres sobre la cubierta. Dos de ellos levantaban los brazos desde el techo de la cabina de control.

—Así que queréis competir, ¿eh? —musitó sonriente Tina—. Muy bien, chicos, tendréis que forzar un poco más esa vieja bañera.

Tina corrió hasta el timón, desactivó el piloto automático, cogió la rueda y ciñó. El *Galloper* escoró un poco más. La proa pegó varios hachazos contra el agua como un caballo encabritado y, unos segundos más tarde, se deslizaba suavemente aumentando la velocidad un par de nudos por hora. Tina volvió la cabeza y sonrió al comprobar que el cascarón malayo ya no se acercaba a tanta velocidad.

Aquello le trajo a la memoria las competiciones frente a las costas gaditanas en las que participaba a bordo de un Optimist con tan sólo seis años de edad. Desde una zódiac de apoyo, su padre y su abuelo le voceaban órdenes contradictorias para que tomara mejor el viento...

Una tremenda detonación a su espalda interrumpió en seco sus pensamientos. No le dio tiempo a volverse. Un proyectil silbó por encima de su cabeza y cayó a doscientos metros ante la proa del *Galloper*, levantando una gran columna de agua. El grupo de gaviotas salió de estampida llenando el cielo de estridentes graznidos y ella permaneció atónita contemplando el círculo de espuma producido por el disparo.

—¡Papaaaaaaaá!

Su padre subió de dos en dos los peldaños de la escalera que conducía a cubierta y apareció con el pelo alborotado y la cara descompuesta. Iba descalzo y vestía un pantalón corto y una camiseta blanca.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó mirando a derecha e izquierda por encima de la borda.

—¡A popa, papá, a popa! —gritó Tina—. Nos están disparando.

—¿Disparándonos?

El padre tomó los anteojos y los dirigió hacia el horizonte.

—¡Dios mío! —exclamó en voz baja al cabo de unos segundos—. Son malayos. Nos están disparando con un cañón de veinte milímetros.

El padre de Tina arrojó los anteojos sobre un cabo enrollado y corrió hacia la entrada de los camarotes.

—Ana, Roni, subid. ¡Rápido! —vociferó.

Luego se colocó detrás del timón para hacerse cargo del gobierno de la nave. Unos instantes más tarde, la madre y el hermano de Tina subían a cubierta en pijama.

—¿Qué pasa, Luis? —preguntó la madre con cara de estupefacción, y cogió a su hijo en brazos.

—¡Deja al niño, Ana! —gritó el padre con desespero—. Busca los salvavidas.

—Pero...

—No preguntes. Por Dios, Ana, busca los salvavidas.

Ana escudriñó con creciente desasosiego a uno y otro lado, dejó a Roni junto a Tina y bajó a trompicones la escalera que conducía a los camarotes. Al cabo de poco apareció de nuevo en cubierta portando bajo el brazo un puñado de chalecos salvavidas de color amarillo fosforescente. Le colocó uno al niño, le entregó otro a Tina y miró a su marido apretando con fuerza los dos chalecos restantes. Siguió un prolongado silencio durante el cual ambos intercambiaron miradas, pero enseguida Luis volvió la cabeza hacia la popa.

—Nos están dando alcance —gritó Luis al volver la vista al frente—. Hija, hay que izar el foque.

Tina se lanzó corriendo hacia la maquinilla de izado mientras se abrochaba el chaleco.

—Luis... —intervino Ana con tono de súplica.

—Ana, el foque, ayuda a Tina a izar el foque, por favor...

Roni rompió a llorar. Ana soltó los salvavidas en el suelo, le abrazó, le dio un beso en la mejilla y le musitó algo al oído. A continuación corrió hacia su hija.

Tina se afanaba ya en colocar las manivelas en el mecanismo de izado. Sin abrir la boca, Ana agarró uno de los extremos de la manivela y acto seguido ambas comenzaron a girarlas. La vela triangular de proa empezó a subir lentamente hasta que el puño de mena topó con la parte superior del palo. El foque flameaba como una bandera.

—Cazad la vela, ¡deprisa, cazad la vela! —volvió a gritar su padre.

Ana buscó los ojos de su hija tratando de encontrar una respuesta a todo aquello, pero Tina ya se abalanzaba hacia la escota del foque. Las dos jalaron con rapidez propia de regatistas. La vela se tensó. El *Galloper* escoró cuarenta y cinco grados y aumentó la velocidad.

De repente, se oyó otro estampido en la lejanía. Los cuatro se encogieron. Una nueva columna de agua se levantó por estribor. El perro echó a correr y se escondió bajo los asientos de la bañera.

—Mamá, mamá —gimoteó Roni y comenzó a llorar de nuevo, asustado.

Ana se acercó a él, le abrazó con ternura y lanzó una mirada tensa a su marido. Luis agachó la cabeza y apretó las mandíbulas, sintiéndose lleno de impotencia y desesperación. Un segundo más tarde se dirigió a Tina:

—Hay que lanzar un *mayday* —vociferó—. La radio, pide socorro. Vamos, date prisa.

—Pero...

Tina no continuó. Gateó por la cubierta y se perdió en el interior de los camarotes.

Capítulo dos

Un nuevo disparo.

Gritos contenidos.

Otra columna de agua.

Tina subió corriendo las escaleras y asomó la cabeza.

—No hay respuesta, papá, nadie responde a mi llamada —dijo y permaneció expectante.

Luis intercambió una rápida mirada con su mujer, pensativo por unos segundos. Entonces, abrazando a Roni con fuerza, Ana gritó:

—¡Insiste, maldita sea! Alguien tiene que escuchar esa llamada. Vamos, insiste.

Tina se giró con rapidez para dirigirse de nuevo hacia los camarotes mientras Luis le urgía:

—Si no hay respuesta, utiliza el teléfono móvil. Emergencias. Trata de ponerte en contacto con la embajada. ¡Haz lo que sea, pero ponte en comunicación con alguien!

Tina descendió precipitadamente por la escalera. Al llegar abajo, tomó el micro, pidió de nuevo socorro y permaneció unos segundos contemplando el altavoz de la radio.

Silencio.

Empezó a temblar. Lo intentó por segunda vez, pero al comprobar la falta de respuesta, soltó el micro y giró repetidas veces la cabeza en todas las direcciones.

—Los móviles, los móviles, ¿dónde diablos están los móviles? —musitó jadeante y se lanzó a una búsqueda alocada abriendo cajones, puertas, maletas y todo lo que encontraba a su paso.

Finalmente, encontró los móviles donde tenían que estar: sobre la repisa de la radio.

Empapada en sudor y con dedos temblorosos, cogió el suyo y lo encendió.

«Introduzca el código pin».

—El código pin, el código pin... 4621... No, no, no... Es 4261...

Al tercer intento, el teléfono se bloqueó.

—¡Mierda! —gritó y lo lanzó sobre un puñado de carpetas que había sobre la repisa.

Acto seguido, cogió los teléfonos de sus padres en una mano y subió los escalones de dos en dos.

—¡Papá, tu número pin! —gritó nada más llegar arriba.

Pero Luis tenía la atención concentrada en el barco que los perseguía. A pesar de que el *Galloper* había aumentado la superficie de vela y la velocidad, al vapor malayo le favorecían las corrientes marinas y continuaba ganando distancia.

—¡Papaaaá! —volvió a gritar Tina.

En ese momento su padre ciñó aun más para atrapar el máximo de viento posible. El velero ganó otro par de nudos, pero empezó a escorar lentamente. La tapa de regala de estribor casi rozaba el agua.

—¡Vamos a volcar! —chilló Ana angustiada, apretando a Roni contra ella.

—Sentaos a babor, ¡vamos! Hay que compensar la inclinación del barco —alentó Luis.

Los tres corrieron hacia el lado izquierdo y se sentaron sobre la borda para hacer contrapeso. El velero detuvo la escora. Ahora se deslizaba a gran velocidad por la superficie de las aguas. Lanas emergió de su escondite bajo los asientos y saltó sobre el regazo de Tina. El animalito temblaba, intuyendo el peligro. Su dueña lo apretó contra su pecho.

—¿Te has puesto en contacto con la embajada? —preguntó su madre.

Tina miró los teléfonos que apretaba en la mano y respondió con voz temblorosa:

—Necesito..., necesito el pin.

—¿Qué?

Una nueva detonación.

Ana, sin soltar a Roni, se giró y abrazó con fuerza a su hija. El disparo se quedó corto y levantó una columna de agua a escasos metros por detrás del *Galloper*, pero la ola originada por el proyectil hizo que el barco se levantase de popa a proa repentinamente. Luis consiguió aferrarse a la rueda del timón; Ana, los chicos y el perro rodaron por los suelos. Los teléfonos móviles resbalaron de la mano de Tina, se deslizaron suavemente por la cubierta y cayeron al mar a través de uno de los imbornales.

Al incorporarse, se quedó como una estatua de mármol. Mentalmente maldijo el momento en que su padre había ordenado apagar los teléfonos móviles durante la travesía. «Nada que nos pueda molestar..., ninguna llamada. Sólo los encenderemos una vez al día, al atardecer, para ver si hay cobertura y algún mensaje importante... Luego los volveremos a apagar».

Ana, sin dar crédito a sus ojos, contempló estupefacta a su hija, que no reaccionaba, y luego el agujero que acababa de tragarse los teléfonos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó con la cara desencajada por el pánico, volviendo la cabeza hacia su marido.

Luis también había observado el desastre.

—Volved a babor, vamos, hay que equilibrar el barco. ¡Rápido! —gritó sin responder a la pregunta.

Ana le miró con el gesto agriado, agarró a Roni del brazo y empujó suavemente a su hija.

—Vamos, vamos, mi niña, no pasa nada —la consolaba mientras gateaban hacia la borda—. No ha sido culpa tuya. Aún nos queda la radio del barco. Luis...

Su marido echó un vistazo a las velas para comprobar que se portaban bien y corrigió un poco el rumbo.

—Luis...

—Ana, ahora no es el momento de...

—¡¡¡Maldita sea, contesta!!!

—Mamá, tengo miedo... —lloriqueó Roni.

Luis se giró. Al contemplar el rostro aterrorizado de su mujer y de su hijo y el gesto paralizado de su hija sintió angustia e impotencia. Nunca los había visto tan asustados.

—Creo que son piratas, piratas malayos, Ana.

—¿Qué? ¿Piratas? ¡Virgen Santa! No puede ser, no puede ser —dijo ella, muy crispada.

—Bueno, yo...

A Tina le parecía oír la discusión desde la lejanía, como cuando los escuchaba discutir desde su habitación y pensaba invariablemente que en dos minutos se desharían en arrumacos.

Luis observó los ojos de su mujer y desvió la mirada. Conocía la existencia de piratas en la zona y Ana también. Habían leído informes que llegaban a la embajada sobre asaltos esporádicos a yates que surcaban el Mar de China, pero nunca contempló seriamente la posibilidad de que les pudiese ocurrir a ellos. Ni siquiera salió a relucir en el planeamiento previo a la

travesía. Sobre todo porque esos ataques se habían dado en aguas cercanas a las costas de Vietnam o en el Golfo de Siam, pero nunca por las que ellos navegaban.

Luis volvió a mirar a su mujer. Perdió momentáneamente el control del barco. La proa del *Galloper* dio un hachazo y una rociada de agua cayó sobre Ana y sus hijos.

—No debí aceptar, no... —musitó ella escupiendo agua y sujetando a Roni con fuerza.

Se oyó otro estampido. El proyectil silbó y se sumergió a diez metros de distancia por la amura de estribor.

—Están afinando la puntería —dijo Luis volviendo la cabeza hacia atrás.

La nueva detonación hizo que Tina saliera de su estado de agarrotamiento y letargo. Permaneció unos instantes contemplando la espuma levantada por el proyectil y luego se enfrentó con el rostro empapado de su madre. Tenía los ojos enrojecidos, hinchados y llenos de temor. Rodeaba a Roni con el brazo derecho y se sujetaba a un obenque con la mano izquierda. Los nudillos de la mano estaban tan pálidos como su cara.

El gesto de su hermano también la impresionó. Sus ojos negros y vivarachos se habían vuelto turbios y vacíos, sus mofletes habían perdido el color sonrosado habitual y sus cabellos castaños, normalmente bien peinados y limpios, eran una masa revuelta y empapada. El niño la observaba sin pestañear.

Tina desvió la mirada. En ese momento recordó el día que su padre había lanzado la propuesta de viaje mientras merendaban bajo el porche: «He estado pensando que..., en vez de buscar una agencia que nos lleve el barco hasta Manila, podríamos realizar la travesía nosotros mismos».

Había dejado caer la idea casi sin interés, con la mirada perdida entre los árboles del jardín. Su madre le había mirado fijamente por encima de la taza de té que se llevaba a los labios. Objetó que era una travesía demasiado larga, que Roni sólo tenía cinco años, que podía ser incluso peligroso. «Acordaos de lo que le ocurrió al abuelo».

Tina había escuchado la conversación de sus padres casi percibiendo la oposición muda de su madre. En el fondo se parecía bastante a ella: demasiado inteligente para decir que sí a la primera, pero demasiado bondadosa para decir que no taxativamente. Estaba evaluando la propuesta, sopesando con la rapidez del rayo los pros y los contras... Pero Tina sabía que su madre llevaba injertados los genes del abuelo y que sería incapaz de rechazar un reto relacionado con el agua y menos en una época en que el Mar

de China estaba tranquilo como una balsa. Por otro lado, su madre siempre aceptaba lo que planeaban a medias su hija y su marido. Esos recuerdos...

—¡Hay que tratar de esquivar los disparos! —gritó Luis—. ¡Tina, ayúdame a cambiar de rumbo! Tú quédate ahí con el niño para hacer contrapeso, Ana.

Tina corrió hacia la escota del foque, desató el cabo y esperó la orden de su padre. Sabía lo que había que hacer. Se produjo un silencio tenso hasta que se oyó una nueva detonación.

—¡Ahora! —exclamó Luis y giró la rueda del timón.

El *Galloper* dio un brinco y disminuyó la velocidad. La botavara cruzó de lado a lado la cubierta del barco, pasando por encima de la cabeza de Tina. El foque quedó flameando un momento. La chica jaló el cabo con fuerza y rapidez. Un segundo más tarde, la vela se hinchaba de nuevo y el barco cambiaba velozmente de rumbo.

El disparo cayó tan cerca que el agua salpicó la bañera. Ana abrazó a Roni y contuvo un grito.

—¡Nos van a hundir, Luis, nos van a hundir!

El niño escondió la cabeza en el pecho de su madre sin dejar de gimotear.

—Por Dios, Ana, ¡cállate! —respondió él.

Luis volvió un momento la cabeza. El barco de los piratas iba quedando rezagado. Sin embargo, el rumbo que les habían obligado a tomar los alejaba de la costa. Pero contaban con una ventaja: el *Galloper* no necesitaba combustible para navegar. Más tarde o más temprano tendrían que abandonar la persecución. Ahora sólo quedaba que pudieran esquivar los disparos maniobrando el barco en el momento oportuno.

—Tina, estate atenta. Cuando yo...

No le dio tiempo a terminar. Un nuevo disparo rompió la calma del amanecer. Luis realizó una nueva bordada con la ayuda de Tina y el proyectil volvió a errar el blanco.

—¡Lo estamos consiguiendo, Tina, lo estamos consiguiendo! —gritó contento a la vez que se giraba para comprobar la situación del barco malayo—. Dentro de poco dejarán de perseguirnos.

El *Galloper* ganaba distancia. Luis gobernaba la nave, mirando hacia atrás, observando las velas y corrigiendo el rumbo con pequeños giros del timón para coger todo el viento posible. En ese momento se oyeron varias detonaciones secas. Un fuego graneado impactó en el palo mayor y en varios puntos de la cubierta.

—¡Dios mío, disparos de fusil! ¡Agachaos! —voceó Luis.

Ana abrazó a Roni y se tiró al suelo. Tina hizo lo mismo sin soltar el cabo que sostenía entre las manos.

Una nueva andanada de disparos alcanzó al *Galloper*. Las balas silbaron alrededor de ellos y arrancaron astillas de la madera.

—¡Tina, prepárate! —la espetó Luis—. Vamos...

En ese preciso instante se oyó un disparo solitario, sordo, distinto a los otros. Las piernas de Luis se volvieron de trapo y cayó en redondo. Ana levantó la cabeza y soltó un grito al comprobar que su marido yacía en medio de un charco de sangre. Rápidamente, dejó a sus hijos y empezó a gatear con desesperación para acercarse a él. La rueda del timón, al encontrarse libre de las manos del patrón, dio un giro repentino. El *Galloper* arribó bruscamente. Todos rodaron por la cubierta, excepto Roni, que, al tener menos peso, fue lanzado por encima de la borda.

—¡El niño! —chilló Ana con desesperación, a la vez que trataba de incorporarse.

Tina se puso en pie de un salto y se lanzó al agua sin pensarlo dos veces. Enseguida localizó a su hermano. El salvavidas le mantenía flotando como un corcho. Nadó hacia él y le agarró. Roni lloraba.

—No pasa nada, shhh, no pasa nada —trataba de calmarle a la vez que escupía y se limpiaba el agua de los ojos.

El pequeño se abrazó al cuello de su hermana tosiendo y llorando al mismo tiempo.

—Tina, Tina, yo quiero ir con mamá. ¿Dónde está mamá? Yo quiero ir con mamá...

—Ya está, ya está... Ahora viene, no te preocupes... —musitaba ella procurando evitar que el peso y la presión que Roni ejercía le sumergiesen la cabeza bajo el agua.

Unos minutos más tarde, el motor del barco malayo jadeaba a sus espaldas. Luego todo fue confuso.

Disparos al aire. Gritos. Risotadas. Palabras incomprensibles. Un bichero la enganchó por el salvavidas, la izó junto a su hermano y los arrojó sobre la cubierta del *Galloper*.

Tina temblaba de frío y terror estrechando a Roni contra ella. Al lado, su madre, lívida, lloraba compungida, tratando de contener la hemorragia del hombro de su marido con las manos desnudas. Varios hombres entraban y salían enloquecidos del camarote esparciendo por la cubierta ropa, utensilios de cocina, comida, cajas de vino, documentación del barco, el ordenador, el móvil de Tina y todo lo que encontraban a su alcance.

De repente, cesó el griterío. Tina levantó con timidez la cabeza. Un pirata barbudo, alto y fornido, con el rostro cruzado por una cicatriz, se había plantado en medio del alboroto. Aunque tenía rasgos orientales, no parecía malayo. Iba con el torso desnudo y descalzo. Su única indumentaria era un pantalón ancho y corto atado a la cintura con una tira de tela negra y un pañuelo en la cabeza, anudado tras la nuca. Por su actitud, daba la impresión de ser el jefe.

Tina observó con horror lo que blandía en la diestra: un enorme machete de los que se utilizan para desbrozar la selva. Luego miró a su madre. Ana permanecía con los ojos puestos en sus propias manos, contemplando horrorizada cómo la sangre de su marido se le escapaba entre los dedos. Sin embargo, Roni había dejado de llorar. El niño examinaba con los ojos muy abiertos a cada uno de los personajes que habían invadido el barco, pero tenía las uñas clavadas en la cintura de su hermana.

El individuo se atusó la barba y los estudió con sus ojos grisáceos durante largos segundos. Al cabo de un rato, intercambió en voz baja unas palabras con el que se encontraba a su lado, señaló con el dedo índice al padre de Tina y le entregó el machete. El pirata se adelantó sonriente, agarró del pelo a Ana y, sin miramiento alguno, la arrastró hasta depositarla junto a Tina y su hermano. Luego se volvió despacio, levantó a Luis del brazo y le obligó a arrodillarse. Tina se abrazó a su madre sin dejar de mirar, expectante, los movimientos del individuo. La sangre se le heló en las venas. El pirata había cogido con ambas manos el mango del machete, lo había colocado contra el cuello de su padre y ahora miraba a su jefe. El barbudo asintió con un movimiento leve de cabeza y el verdugo levantó lentamente el cuchillo a la par que aspiraba con fuerza por la nariz.

Ana soltó un grito y cayó desmayada. Roni trató de volver la cabeza para ver a su madre, pero Tina se lo impidió abrazándole con fuerza y cerró los ojos. A su mente acudió la imagen de su padre preparando el desayuno, en mangas de camisa, con el nudo de la corbata a medio hacer y el cabello aún húmedo de la ducha. Le vio a la rueda del timón de un barco, de cualquier barco, con ese aire de hombre deportista, maduro y guapo por el que suspiraban incluso las chicas de su edad. Su eterna sonrisa, su voz grave de hombre de mar, su...

Tina abrió los ojos para verle vivo por última vez. Pero, en el preciso instante en que el verdugo iba a asestar el golpe fatal, se oyeron voces procedentes de los camarotes:

—¡Razak! ¡Razak! ¡Razak!

El jefe levantó la mano derecha y soltó unas palabras precipitadamente.

La hoja quedó suspendida en el aire. El verdugo, contrariado, soltó un fuerte gruñido y bajó el cuchillo. Bufaba rabioso, como queriendo soltar toda la energía que pensaba descargar sobre el cuello de Luis.

Tina miró al jefe de los piratas, a su padre, al verdugo y la puerta de los camarotes. Uno de los asaltantes subió corriendo la escalera y entregó al jefe un puñado de pasaportes. El pirata comenzó a hojearlos detenidamente con sus manos agrietadas y torpes. Al cabo de un rato, levantó los ojos y los estudió de nuevo en silencio. Luego sonrió y comenzó a abanicarse con los documentos.

—Así que diplomáticos españoles —comentó en un inglés casi perfecto—. Bien, bien —musitó como hablando para sí, dando unos pasos y deteniéndose de nuevo para contemplarlos.

Tina le miró a los ojos. Los tenía pequeños, como incrustados bajo las cejas. Resultaba grotesco oír a aquel individuo de mirada torva hablando el idioma de Shakespeare. El jefe de los piratas se percató de que ella le observaba y le devolvió la mirada con fijeza. Tina agachó enseguida la cabeza.

Después de soltar una carcajada, el bandido ordenó algo en malayo. Inmediatamente, dos de los asaltantes cogieron a Tina y a Roni y los arrojaron escaleras abajo. Segundos más tarde, caían sobre ellos su padre y su madre.

Capítulo tres

Los piratas habían echado un cabo desde la popa de su barco y remolcaban el velero hacia un lugar desconocido.

En los camarotes del *Galloper*, el tiempo se deslizaba entre retazos de angustia y terror. Ana estaba sentada en el suelo, con la cabeza de su marido en el regazo, y no paraba de llorar. Tina volvía la cara cada vez que las lágrimas acudían a sus ojos para minimizar frente a su hermano y su madre el horror que estaba viviendo. Después de haberle despojado de la ropa húmeda y haberle puesto un chándal azul que había encontrado entre el desbarajuste causado por el saqueo, tenía a Roni en los brazos y le hablaba sin cesar, acariciándole la frente y tratando de tranquilizarle. Le parecía más pequeño e indefenso que nunca. El niño, con los ojos hinchados por el llanto y la punta de la nariz y los mofletes enrojecidos, la miraba fijamente.

—Tina, ¿son piratas de verdad? —preguntó.

—Sí —respondió ella con una sonrisa.

—¿Como los de los cuentos?

—Sí.

—¿Han matado a papá?

—No, papá está durmiendo. No te preocupes, pronto se despertará.

—¿Y nos llevará a casa?

—Sí.

Roni hundió la cabeza en el pecho de su hermana y, al poco, se quedó dormido. Tina se levantó despacio y le acostó con cuidado sobre una litera.

Al girarse, sus ojos se cruzaron con la mirada aterrorizada de su madre. No parecía ella misma. Ana tenía un parecido extraordinario con su hija. Era alta, de figura estilizada y larga melena castaña; poseía unos hermosos ojos color miel y una luminosa sonrisa. Pero la que estaba allí arrodillada junto a su padre era otra, una mujer distinta. Tenía el cabello enmarañado, sucio de

sangre coagulada, la cara desencajada y la mirada perdida en medio de grandes ojeras.

Tina tragó saliva y se encaminó hacia ella. Al tiempo que se agachaba a su lado y acariciaba a Lanás, preguntó con voz queda, tratando de disimular su congoja:

—¿Cómo está papá?

Ana fingió una sonrisa y le apretó el antebrazo en un gesto de agradecimiento por su entereza. Luego apoyó la frente en el hombro de su hija y sorbió por la nariz un par de veces.

—Está ardiendo de fiebre —respondió, y se echó de nuevo a llorar.

Costaba imaginar que aquella mujer tan abatida era una persona de carácter, hiperactiva y que no se arredraba ante casi nada. Ana, licenciada en Derecho, era capaz de integrarse en un equipo de competición náutica compuesto sólo por hombres, trabajar como uno más y por las noches enfundarse un vestido largo y elegante para asistir a una recepción diplomática. Antes de partir hacia Manila, el consejero comercial de la embajada le había propuesto realizar uno de los sueños de su vida: abrir un bufete en la capital para gestionar la importación de tabaco y bebidas alcohólicas. Tina nunca la había visto tan ilusionada en su vida.

—Cálmate, mamá, cálmate —la animó acariciándole el pelo—. Ya verás cómo todo sale bien.

Ana levantó la cabeza, se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y dio un beso en la mejilla de su hija.

—Sí, todo va salir bien —afirmó con voz temblorosa—. Anda, ve a la cocina y busca un poco de hielo. Y mira si ha quedado algo en el botiquín...

Tina se incorporó. La pequeña cocina del barco se hallaba en el lado opuesto. Comenzó a andar con sigilo. Al pasar junto a las escalerillas que comunicaban con el exterior, vio la espalda de uno de los piratas. Se oían risotadas y cánticos. Alguien tocaba un acordeón mientras otros zapateaban. Una botella se estrelló contra la cubierta. Aumentaron las carcajadas.

La cocina también había sido saqueada. Sin embargo, en el fondo de un armario encontró algunas lonchas de jamón empaquetadas al vacío, latas de atún, algunas botellas de agua y varios *tetrabriks* de zumo de naranja. Cogió un par de botellas de agua, se acercó al frigorífico, sacó las cubiteras de hielo y las vació en un paño. Antes de retirarse con el preciado botín, abrió un cajón y escondió un cuchillo de cocina en el bolsillo del anorak.

El hielo consiguió bajar la fiebre de Luis. Por suerte, el botiquín del *Galloper* no había sido tocado. Ana limpió la herida del hombro con agua

oxigenada, la desinfectó con una solución de sulfato de sodio y la cubrió con una venda. Afortunadamente, la bala le había atravesado el hombro limpiamente.

Al cabo de varias horas, su padre abrió un poco los ojos, parpadeó repetidas veces y pidió agua. En ese momento, Tina experimentó un cansancio enorme que la hizo desplomarse sobre él y romper a llorar desconsoladamente al tiempo que le abrazaba.

Luis acarició el cabello de su hija y levantó la cabeza para mirar a su mujer.

—Dios mío, Luis, Luis... Han secuestrado el barco y nos han encerrado en los camarotes —gimoteó ella a la vez que le acercaba una botella para que bebiera un poco de agua.

—Ayúdame para que me pueda incorporar —pidió él componiendo un gesto de dolor.

—Papá, papá... —sollozó Tina.

—Por favor, calmaos —dijo trabajosamente—. Debemos mantener la sangre fría. ¿Y Roni?

—Se ha quedado dormido —respondió Ana.

—Mejor. ¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

Ana desvió la mirada hacia uno de los ojos de buey del *Galloper*.

—El sol está bastante bajo —contestó secándose las lágrimas con las palmas de las manos—. Llevas así todo el día. ¿Te duele la herida? ¿Quieres un Nolutil?

—Estoy bien, estoy bien. Tina, abre con cuidado la escotilla de proa y trata de averiguar el rumbo que llevamos. Luego enciende la radio y lanza otro *may-day*. Alguien tiene que oírlo...

Tina se deslizó como un gato entre los restos del saqueo hacia la proa del velero. Mientras avanzaba, acudió a su mente la imagen de su padre sentado en el despacho, tratando de cursar cientos de solicitudes de personas que intentaban llegar a España en busca de una vida mejor. Era un hombre que creía en un mundo libre de fronteras, razas y religiones. Un mundo de todos y para todos. Creía en el ser humano por encima de cualquier cosa. Ahora estaba allí, herido, medio desangrado, humillado...

Tina se detuvo un poco antes de llegar para prestar atención. Arriba seguían los cánticos y el acordeón no cesaba de tocar. Con mucho sigilo, desenroscó las palometas de la escotilla situada junto al cofre de la cadena del ancla, levantó la tapa unos centímetros y echó una ojeada. En la bañera del velero, los bandidos se divertían bailando al son del acordeón, agarrados de

los hombros. El sol estaba cerca del horizonte, a estribor del *Galloper*. Tina cerró la escotilla con cuidado y regresó rápidamente con sus padres.

—Navegamos hacia el Sur —dijo un poco alterada.

Su padre hizo un rápido cálculo mental.

—Cuando nos asaltaron estábamos al norte de la isla de Bunguran, luego seguimos navegando hacia las costas de Sarawak. La velocidad no debe de superar los diez nudos, así que no habremos navegado ni cien millas. ¡Vamos, Tina, intenta conectar otra vez la radio! Si no la han inutilizado, alguien tiene que recibir nuestra llamada de SOS.

Tina gateó hasta la radio, la encendió, tomó el micro y comenzó a hablar en inglés tratando de bajar la voz:

—*Mayday, mayday, mayday*. *Galloper* navegando hacia las costas de Sarawak. Hemos sido atacados por unos bandidos malayos. ¿Alguien me escucha? Cambio.

Tina soltó el botón del micro y esperó sin apartar la mirada de la radio.

El aparato permaneció en silencio.

—*Mayday, mayday, mayday* —repitió levantando un poco el tono de voz —, *Galloper* navegando hacia las costas de Sarawak. ¿Alguien me escucha? Cambio.

Pasó un tiempo. Tina iba a pulsar de nuevo el botón del micro, pero en ese instante, una voz metálica, lejana y con algunas interferencias, se dejó oír por los altavoces:

—Aquí puerto de Kuching, adelante, *Galloper*. Le escucho con bastantes interferencias.

Tina contempló la radio con cara de asombro y volvió rápidamente la cabeza hacia sus padres. Ellos también parecían sorprendidos. Luis hizo un gesto con la mano para que continuara.

—Puerto de Kuching, hemos sido atacados por unos piratas y navegamos hacia las costas de Sarawak. Cambio.

—*Gal tope r...* entiendo... sido... piratas...

Tina comenzó a tocar con mano nerviosa los botones de la radio para sintonizarla mejor y pulsó de nuevo el botón del micro.

Súbitamente, la emisora emitió un pitido ensordecedor. Tina se quedó petrificada. Seguramente había subido el volumen demasiado y se habían acoplado los altavoces. La música en cubierta se detuvo. En ese preciso instante, la radio volvía a solicitar información. Uno de los piratas bajaba corriendo las escaleras.

—Aquí puerto de Kuching, entiendo que han sido atacados...

Antes de terminar la frase, el pirata tiró con fuerza de los cables. La radio enmudeció. Acto seguido, dejó escapar un tremendo bufido, se giró con los puños crispados y propinó un bofetón a Tina. Su madre soltó un grito y su padre trató de levantarse. Lanas saltó por encima de Luis, echó a correr ladrando con furia y se detuvo a un metro escaso del bandido. Éste lo miró con estupefacción y le soltó una patada que lo lanzó por los aires. El animalito chilló de dolor y se escondió rápidamente debajo de una litera.

Roni se despertó sobresaltado.

—Mamá, mamá...

—Maldito... —se revolvió Tina y con los puños cerrados comenzó a golpear el pecho del hombre.

El bandido, sonriendo, extrajo la pistola que llevaba en el cinto, apuntó a la cabeza de Tina y dirigió la mirada hacia Ana y Luis, que le contemplaban horrorizados y sin poder reaccionar. El tipo arrastró de los cabellos a Tina por las escaleras que comunicaban con la cubierta. Ella, floja y descompuesta, pensó que era el final.

Capítulo cuatro

Al jefe de los bandidos no pareció importarle demasiado el hecho de que Tina hubiese intentado pedir socorro por la radio del barco. Hizo un ademán con el brazo para que la apartaran de su vista, se sentó sobre los talones y continuó bebiendo de una botella, como si nada hubiese ocurrido. El pirata que la había obligado a subir de los camarotes la arrastró de la melena por la cubierta y cortó con una navaja un trozo de cabo con el que amarrarla al palo mayor con los brazos estirados. Luego, se dio media vuelta y se dirigió bailando hacia la popa del barco.

Tina contempló aterrorizada al grupo. Cada vez estaban más borrachos. Una ansiedad creciente le subía desde el estómago hasta dejarla casi sin respiración. ¿Cuál sería el final de aquella pesadilla? A su mente acudieron imágenes de castigos, torturas, humillaciones... Una idea terminó de cortar el aliento: la trata de blancas. Se vio ejerciendo la prostitución junto a su madre en un garito de Saigón, o de Hanoi, o de cualquier otro sitio...

—Dios mío, ¡nooo!

El grito llamó momentáneamente la atención de los piratas, pero enseguida volvieron a reanudar sus canciones y bromas. Tina comenzó a sentir que la cara le ardía debido al bofetón. Pronto le ardieron también las muñecas. Miró a su alrededor. La tarde era hermosa, con unas pocas nubes deshilachadas flotando en un cielo azul inmaculado. Aquello no tenía sentido. En esos momentos debería estar merendando con Roni y sus padres en cubierta, disfrutando del precioso atardecer... y no atada al palo mayor. De vez en cuando, cerraba los ojos, los apretaba con fuerza y los abría de golpe. No, desafortunadamente no era una pesadilla.

El *Gallop* navegaba dando bandazos, arrastrado por el barco de los piratas. Quizá sus días también estuviesen contados. ¿Lo hundirían? Lo normal sería que falsificasen la documentación, lo pintasen de otro color y lo vendieran en cualquier puerto.

Tina no dejaba de llorar y el corazón le latía muy fuerte. Como un consuelo venido del cielo, una idea le acudió a la mente: ¡la embajada! ¡Eso era! La embajada pondría en marcha todos sus recursos para buscarlos. Unos minutos después su entusiasmo se vino abajo. Lo más probable era que al cabo de unos días de búsqueda les diesen por desaparecidos.

Sintió que el tiempo se deslizaba sin esperanza. De cuando en cuando, alguno de los borrachos se acercaba a Tina y le ofrecía su botella o le derramaba parte del contenido en la cabeza entre las risas de los demás.

Cuando el sol casi rozaba el horizonte, uno de los forajidos comenzó a dar voces. El jefe se puso en pie de mala gana y se acercó a él. Tina, por los ademanes de ambos, entendió que el *Galloper* les retrasaba la navegación y que el sol estaba demasiado bajo. Alguien soltó el cabo de amarre. Otro arrancó el motor y tomó el timón del velero. Los barcos doblaron la velocidad de crucero.

Tina empezó a tiritar de frío. El sol se hundía en el horizonte y soplaban un viento húmedo que le atravesaba los huesos.

De pronto uno de los bandidos soltó un silbido desde el barco pirata y todos se pusieron de pie y prorrumpieron en gritos y voces. Tina divisó a lo lejos un bulto que parecía una isla. Conforme se acercaban, vio que se trataba de un islote yermo, agreste e inhóspito, rodeado de arrecifes de coral. Era imposible que un barco pudiera acercarse a él. La costa, erizada de escollos y rocas, iba aproximándose. El jefe de los piratas dio unas órdenes con la voz cascada por el alcohol que había bebido durante el día y el barco aminoró la marcha. A continuación se adentraron despacio en los arrecifes, sorteándolos con movimientos calculados. Parecía que navegaban por el interior de un laberinto.

Tina observaba atemorizada cómo el *Galloper* pasaba casi rozando los escollos puntiagudos y espumeantes. Cualquiera de ellos podía abrir una vía de agua y hundirlo. A izquierda y derecha asomaban las proas de varios barcos que, por desorientación, osadía o debido al mal tiempo, se habían atrevido a acercarse a semejante barrera infranqueable y ahora servían como indicaciones de advertencia perpetuas para que otros no cometieran el mismo error. Al cabo de quince minutos de navegación lenta, enfilaron perpendicularmente la costa.

Los acantilados caían en vertical sobre las aguas. Tina seguía con tensa curiosidad las maniobras del barco pirata. Pudo distinguir que estaban bordeando un islote situado a escasos metros de la cara del acantilado y que al poco desaparecían tras él.

Se quedó perpleja. Cuando el *Galloper* efectuó la misma maniobra, pudo apreciar que el mar se colaba hacia el interior de la isla a través de una enorme hendidura abierta entre las rocas. El pequeño islote impedía la visión desde el exterior del arrecife. De todas formas, nadie en su sano juicio se hubiese atrevido a meter la proa de un barco entre aquella maraña de escollos puntiagudos.

Ambos barcos navegaron por un sobrecogedor desfiladero de paredes altas y escarpadas habitado por cormoranes y gaviotas cuyos graznidos se mezclaban con el ronroneo cansino de los motores.

La naturaleza se mostraba revestida de una belleza y de una calma sobrenatural. En la cúspide, los pájaros volaban en círculo alrededor de los picachos dorados por el sol del atardecer. La luz disminuía conforme se acercaba al mar. Múltiples tonalidades teñían las paredes del desfiladero y las colonias de mejillones, ostiones y lapas que marcaban, con una línea casi recta, el nivel de la marea. Incluso los piratas guardaban silencio, apoyados en la borda y con la mirada puesta en las rocas y en la lengua de mar que zigzagueaba entre los hermosos farallones.

Un poco más adelante, tras un pronunciado recodo, la joven volvió a sorprenderse. Frente a la angostura surgió un paradisíaco fondeadero natural: una ensenada semicircular bordeada de altas palmeras cuyas hojas captaban los últimos vestigios de luz y emitían pequeños destellos luminosos. En el lado opuesto divisó una gran explanada salpicada de casas elevadas colocadas sobre troncos de madera, con las paredes de bambú y los techos de junco seco. Detrás se extendía una abigarrada y extensa selva tropical donde palmeras, helechos y enredaderas pugnaban por alcanzar la luz entre grandes paredes de rocas.

Los barcos se dirigieron al fondo de la ensenada y atracaron en un muelle de madera en forma de cruz. A unos cincuenta metros, las olas que la navegación producía en las tranquilas aguas de la bahía morían sobre una playa de arenas blancas. Tina miró el entorno. Sólo las temblorosas luces que oscilaban en el interior de algunas chozas y una hoguera encendida en la explanada testimoniaban que el lugar estaba habitado.

La llegada de las dos embarcaciones no pareció entusiasmar mucho a la población. Únicamente un par de hombres con fusiles colgados a la espalda acudieron corriendo para sujetar los cabos al amarradero y ayudaron a bajar al grupo de borrachos del *Galloper*. Uno de ellos comenzó a vomitar en el borde del muelle. El jefe le pegó una patada y el pirata cayó al agua de cabeza mientras los demás soltaban sonoras carcajadas. Cuando el individuo alcanzó

a nado el muelle, el jefe echó a andar por el pantalán de madera seguido por su séquito.

En el extremo del embarcadero, se volvió, se dirigió a los que habían acudido a ayudarlos y señaló el *Galloper* con el brazo extendido. Dos hombres que permanecían a bordo se descolgaron los fusiles. Uno de ellos entró en los camarotes y el otro contempló a Tina de arriba abajo con aire risueño. Ella sintió que el pánico la invadía de nuevo. Se le tensaron los músculos del estómago y se le secó la boca. El pirata se colgó el fusil al hombro, anduvo a su alrededor pellizcándose el labio inferior y dijo algo incomprensible con voz susurrante. Al completar la vuelta, se paró a un metro escaso y la miró a los ojos. Tina le mantuvo la mirada, pero enseguida agachó la cabeza, asustada e incapaz de soportar por más tiempo aquellos ojos brillantes que la taladraban. Oyó el llanto de Roni y un grito de su madre desde el fondo de algún camarote. Levantó la cabeza y en ese preciso momento el pirata sacó una daga del cinto. El acero brilló en la penumbra del atardecer. Tina tuvo la certeza de que iba a morir y la tensión desapareció milagrosamente, como si la muerte que sentía acercarse le regalara el disfrute apasionado de los últimos segundos de su existencia. Dejó caer la cabeza sobre el pecho y se dispuso a soportar el inexorable final. A sus oídos llegaba nítidamente el sonido cadencioso del agua lamiendo los costados del *Galloper*, el casco golpeando contra el pantalán, los graznidos de las gaviotas, el rumor de los penachos de las palmeras movidos por la brisa... Notó que la mano del bandido le aferraba la muñeca con fuerza, levantó la cabeza y dirigió la vista hacia la bocana de la ensenada. Por un lado estaba el mar, su mar, el mar que tanto amaba... Al otro lado de la muerte estaría su abuelo, esperándola. Tal vez...

Entonces notó que el pirata comenzaba a cortar las ligaduras. Lo contempló sorprendida, pero el bandido, sin darle tiempo a pensar, la empujó hacia la popa del barco. Antes de llegar junto al puesto de mando del barco pudo distinguir a su madre en cubierta, con Roni de la mano, tratando de ayudar a su marido para que subiera las escaleras. Tina pegó un tirón, consiguió soltarse de la mano del pirata y echó a correr hacia ellos. Su corazón se llenó de júbilo.

—Mamá...

Al verla, su madre rompió a llorar.

Se abrazaron con fuerza.

—¿Te han hecho algo? ¿Te encuentras bien? —le preguntó su padre mientras le pasaba la mano por el cabello y la cara y se encorvaba un poco

por el dolor de la herida.

Estaba sudoroso y pálido, con los labios agrietados. Un mechón de cabello castaño le caía sobre la frente y su mirada se diluía en un velo grisáceo. Se tragó las lágrimas que le asomaban a los ojos y movió la cabeza en señal de afirmación.

Uno de los bandidos interrumpió la conversación empujando desabridamente a Luis con el cañón del fusil a la vez que soltaba un par de palabras incomprensibles.

Luis dio varios pasos y cayó de rodillas. Su mujer soltó un pequeño grito y se llevó las manos a la boca.

—Por favor, Ana, deja de llorar —le rogó Luis—. Ayúdame, Tina.

Un poco más tarde, los cuatro caminaban por el pantalán de madera seguidos de los dos guardianes. Tina pudo distinguir al grupo de piratas sentado alrededor de la hoguera. Varias mujeres corrían de aquí para allá sacando comida de la choza más cercana y la servían en cuencos de madera, mientras un muchacho, de unos veinte años, atizaba el fuego. Al verles venir uno de los bandidos llamó la atención del jefe:

—Razak, Razak...

Razak levantó la cabeza y se puso en pie. Todos callaron.

Al otro lado de la hoguera, Luis se apoyaba en el hombro de Tina, y Ana, compungida, abrazaba a Roni. El pirata caminó despacio hacia ellos sin soltar la botella de *whisky* que llevaba en la mano, los rodeó mirándolos de arriba abajo y se detuvo frente a Luis.

—Así que diplomáticos españoles —balbuceó en un inglés casi incomprensible por la borrachera—. Y... —continuó al cabo de unos segundos— ¿se puede saber qué hace un diplomático navegando por el Mar de China?

Luis agachó la cabeza y guardó silencio.

El pirata sacó precipitadamente el machete del cinto y lo puso bajo la barbilla de Luis.

—Cuando yo pregunte, tú contesta —vociferó el bandido apretando el machete hacia arriba.

Un hilo de sangre serpenteó por la hoja. Ana dio un grito y abrazó con fuerza a Roni. Tina contuvo la respiración y miró aterrorizada al pirata. Éste había abierto los ojos de par en par y respiraba tomando grandes bocanadas de aire y mostrando unos dientes blancos y agresivos.

—Nave... navegamos hacia Manila —tartamudeó Luis.

El pirata aflojó la presión del machete y volvió a preguntar:

—¿Eres el embajador?

—No, soy el encargado de negocios y primer secretario de la embajada.

El jefe de los piratas bajó el cuchillo, se lo encajó en el cinto y bebió calmosamente un par de tragos de la botella. Luego, se limpió la boca con el dorso de la mano y se dirigió de nuevo a Luis.

—Y... ¿cuánto crees tú que estaría dispuesta a pagar la embajada de España en Manila por su primer secretario?

Luis tomó aire antes de contestar.

—Nada. No van a pagar nada. Y exijo que nos dejen en libertad inmediatamente o su gobierno tendrá que responder por este atentado.

Sobrevino un silencio absoluto y Tina sintió temor por su padre, que estaba plantando cara a un forajido armado con un machete y que no dudaría en cortarle la cabeza. El pirata tampoco esperaba esa respuesta. Levantó una ceja y apretó las mandíbulas, pero un instante después su rostro experimentó un cambio repentino y comenzó a soltar grandes risotadas. Cuando se serenó, cogió a Luis de los hombros y se dirigió a su séquito para traducir al malayo la respuesta del prisionero. Automáticamente se produjo una algarabía de carcajadas, silbidos y patadas en el suelo. Algunos incluso dispararon el fusil al aire. Luego, cuando las risas y el alboroto decrecieron, el jefe bebió otro trago de la botella, la dejó lentamente en el suelo y se colocó de nuevo frente a Luis. Se hizo el silencio. El pirata sonreía. Acto seguido, se giró y descargó el puño con toda su fuerza contra la cara de su prisionero. Luis cayó hacia atrás. El pirata se acercó y le propinó una patada en el costado.

—Yo no tengo gobierno —dijo a la vez que le escupía.

Tina contempló a su padre tirado en el suelo, en posición fetal. Una mancha pardusca comenzó a extenderse por el vendaje del hombro. Sin pensárselo, echó mano del cuchillo de cocina que llevaba oculto en el anorak y se lanzó contra el pirata. El bandido tuvo el tiempo justo de echarse hacia un lado. La hoja, que iba dirigida a su corazón, le rozó apenas el pecho, produciéndole un pequeño rasguño. El pirata se palpó la herida con el dedo índice y luego se lo llevó a la boca para chupar su propia sangre. Después achicó la mirada y se dirigió hacia Tina dando grandes trancos. Ella levantó el cuchillo, amenazadora, pero el pirata le cogió la muñeca y le retorció el brazo con tanta saña que el dolor le hizo perder momentáneamente la conciencia. Cuando la recuperó, notó con horror que la empujaba hacia la hoguera.

Un instante más tarde, sus pies perdían el contacto con el suelo y volaba hacia el fuego. Su cuerpo cayó sobre las brasas, esparciéndolas. El aire caliente se le introdujo en los pulmones y dejó de respirar. Entonces sintió

que unas manos le sujetaban las piernas, tiraban de ellas y comenzaban a golpearla por todo el cuerpo tratando de apagar las llamas que habían prendido en sus ropas.

Antes de desvanecerse, su mirada se cruzó con los ojos de un muchacho de piel cobriza.

Capítulo cinco

Cuando Tina volvió a la realidad, lo primero que vio fue un cielo cuajado de estrellas. La brisa venía cargada de aromas salinos. Oyó la proa del *Galloper* cortando las aguas con suavidad y un ruido que provenía de los camarotes. Volvió a cerrar los ojos y se dejó embargar por las imágenes que acudían a su mente. Seguramente, su padre todavía estaría levantado, preparando la próxima singladura. Lo hacía cada noche. Antes de irse a la cama, sacaba las cartas marinas, el transportador y el compás y se enfrascaba en calcular los rumbos, los tiempos de navegación y las distancias que recorrerían durante la jornada siguiente. Luego lo dibujaba todo cuidadosamente sobre un papel cuadriculado y lo pinchaba con chinchetas junto a la rueda del timón. En realidad, los cálculos servían de poco, puesto que su madre siempre le hacía cambiar varias veces de itinerario para acercarse a la costa o para...

De pronto, le llegó un olor acre a pelo chamuscado y el sonido lejano de un acordeón. Una imagen se abrió paso en sus pensamientos: se vio volando hacia una hoguera. Abrió los ojos de golpe y se apoyó sobre los codos. No estaba tumbada sobre la cubierta del *Galloper* y a su alrededor no estaba el mar. Estaba tumbada en el suelo y rodeada por un entramado de cañas...

—¡Mamá! —exclamó jadeante y se incorporó hasta quedar sentada.

—¡Tina, hija mía!

Su madre corrió hacia ella y la acarició con suavidad mientras le llenaba de besos el cabello.

—¡Mamá! ¿Dónde..., dónde estamos? ¿Qué ha pasado?

—Tranquilízate, todo va bien.

—Pero...

—¿Te duele? —le preguntó dulcificando la voz.

Tina demoró la respuesta hasta que comprendió que se refería a las quemaduras. Notó una mezcla de escozor y frío en los antebrazos y los levantó en la penumbra para comprobar que le habían colocado un empaste de

barro húmedo en cada uno de ellos. Su cabello olía a chamusquina. Se llevó las manos a la cabeza con nerviosismo y se la palpó una y otra vez hasta que su madre se lo impidió con ternura.

—No te has quemado la cara, no te preocupes —le susurró cariñosamente—. Sólo tienes algunas quemaduras en los brazos y el pelo un poco chamuscado.

Las palabras de su madre la tranquilizaron y movió la cabeza a uno y otro lado para ver dónde estaban. Los habían encerrado en una celda de gruesas cañas de bambú de más de dos metros de altura—. El suelo estaba enfangado y olía a excrementos de gallina. En un lateral había una tabla ennegrecida y grasienta sostenida por vigas de madera sobre la que descansaba su padre boca arriba y, en un rincón, Roni dormía hecho un ovillo.

—Papá... —dijo y trató de ponerse en pie.

—No te muevas, Tina —le rogó su madre—. Papá está mejor —mintió.

—Déjame, mamá. Estoy bien, no te preocupes.

No era cierto. Le dolían todos los huesos del cuerpo, la cara le seguía ardiendo debido al bofetón y tenía unas ganas inmensas de vomitar. Seguramente estaría llena de moratones.

Tina se puso en pie con dificultad y anduvo agarrada a la empalizada de caña hasta llegar junto a su padre. Un rayo de luna que se filtraba entre los barrotes le daba un aspecto cadavérico. Tenía el pómulo hinchado, la camisa empapada de sangre y su pecho se movía convulsivamente, como si le costase respirar. Ana apartó la compresa con que le refrescaba la frente, la humedeció en el fango del suelo y se la volvió a colocar.

—Creo que vuelve a tener fiebre —susurró su madre con voz temblorosa.

—Mamá, ¿qué está pasando?

Ana aplastó el paño con suavidad contra la frente de Luis y luego respondió con voz llorosa:

—No lo sé, hija mía, no lo sé.

Tina palpó la cara de su padre. Las mejillas le ardían. En ese preciso instante se oyó un ruido de pasos entre la maleza. Las dos permanecieron quietas, atentas a los sonidos que llegaban del poblado. No se oían más que el acordeón y los cánticos de los piratas atenuados por la distancia; el resto de la población parecía dormir. Sin embargo, el crujir de ramas las puso sobre aviso. Tina se acercó despacio a la empalizada y metió la cara entre dos barrotes. La luz de la luna iluminaba un sendero sinuoso que se dirigía hacia los matorrales cercanos. Los pasos venían de esa dirección, no del poblado. Casi sin respirar, continuó concentrando la atención en el final del sendero.

Los matorrales se agitaron y entre las sombras del camino surgió un candil seguido de una procesión de sombras que se movían con cautela. Tina dio un respingo y se abrazó a su madre, aterrada. Ambas se pegaron al muro opuesto de la celda sin perder de vista aquella luz misteriosa que se aproximaba lentamente.

Las sombras se detuvieron en mitad del sendero, como para escuchar los cánticos que llegaban del pueblo. Luego continuaron avanzando. Tina sintió que su madre le clavaba las uñas en el brazo. A medida que iban acercándose, pudieron comprobar que se trataba de dos mujeres, un anciano y un muchacho joven. El joven abría la comitiva portando el candil, el viejo caminaba trabajosamente junto a él, apoyándose en su hombro, y las mujeres los seguían con varios cuencos en las manos y sobre la cabeza. Al llegar frente a la celda, el anciano asomó la cara entre los barrotes, se llevó el dedo índice a los labios para pedir silencio y con manos torpes comenzó a desanudar el enganche de la puerta. Al cabo de un rato consiguió desatar los complicados nudos y entró.

Por la forma de vestir y por el aspecto parecía un fantasma. Llevaba una túnica blanca hasta los tobillos que le dejaba un hombro escuálido al aire y lucía una poblada barba canosa. El cabello, del mismo color que la barba, le caía deshilachado sobre los hombros.

Tina y su madre se pegaron aún más contra las cañas. Temblorosas, con los ojos desorbitados, contenían la respiración. El anciano vaciló al cruzar la puerta, extendió los brazos con las palmas hacia abajo y los movió en vertical para indicar sosiego. Luego, juntó las palmas a la altura del pecho, hizo una ligera inclinación y avanzó directamente hacia Luis. El chico se colocó en el lado opuesto y levantó el quinqué. Al hacerlo, la luz temblorosa iluminó sus hermosos ojos oscuros. Tina se quedó de piedra. El dueño de aquellos ojos era el mismo que la había sacado de la hoguera evitando que se quemara viva. El muchacho alzó un momento la cabeza y esbozó una sonrisa. Tina desvió la mirada rápidamente, como si se avergonzara de que la hubiese sorprendido observándole.

Tina y su madre, aún perplejas y temerosas, se acercaron un poco para observar mejor. El anciano se movía con lentitud, pero sabía lo que hacía. Después de quitar con delicadeza las vendas de Luis, se giró e hizo un ademán con el brazo a las mujeres que le acompañaban. Una de ellas entró en la celda, colocó dos pequeños recipientes de madera sobre el estómago de Luis y entregó al anciano un paño blanco de algodón. Ambos cuchichearon

mientras el viejo lo humedecía en el líquido de uno de los recipientes y comenzaba a limpiar la herida con sumo cuidado.

Luis se agitó un poco y compuso un gesto de dolor. Ana dejó a Tina de inmediato, se acercó a su marido y le acarició la cara sin dejar de seguir los movimientos del anciano. Éste sacó un puñado de algas del segundo recipiente, las sumergió en un ungüento aceitoso y las dispuso alrededor del agujero abierto por la bala.

Tina permanecía expectante, aunque, de vez en cuando, sus ojos se escurrían hacia el chico que sostenía el quinqué. ¿Quién sería?, se preguntaba. ¿Por qué había evitado que se quemara viva? ¿Qué clase de bandidos eran aquellos que primero los maltrataban y luego mandaban al médico para que les curasen las heridas? Tina le examinó por enésima vez: era guapo. La llama oscilante de la lamparilla iluminaba su piel aceitunada dando a su rostro un aspecto realmente encantador, muy distinto a las macilentas y apergaminadas máscaras de los chicos que había conocido en la embajada. Inesperadamente, el muchacho levantó la cabeza y esbozó una blanca sonrisa. Ambos se observaron durante un instante interminable. Tina se sintió arrastrada por su mirada profunda, como si esos ojos negros la hubiesen absorbido. Se estremeció intensamente, tragó saliva con dificultad y clavó la vista en el suelo.

Intentaba analizar lo que había sentido cuando notó que alguien le cogía las muñecas. Se sobresaltó. Era el anciano. Su rostro demacrado exhalaba bondad y ternura. Sin perder la sonrisa, le limpió el barro de las quemaduras y comenzó a colocarle otro emplastro de algas. Pero ella no prestaba atención a la cura; ni siquiera notaba el escozor que le producía el misterioso emplastro. Su interés se centraba en el portador del candil. Ahora le tenía justo al lado. Con el rabillo del ojo sólo alcanzaba a distinguir una parte de su cuerpo. Vestía unos andrajosos pantalones cortos y una especie de chaleco sin mangas que dejaba al descubierto sus brazos recios. Tina hizo una inspiración: no olía precisamente a Giorgio Armani, pero le gustaba esa mezcla de sudor limpio, sal y vegetación salvaje. Una sensación de inquietud la invadió de golpe. En ese momento se sorprendió a sí misma mirando sus brazos vendados. Se había quedado en medio de la celda de caña mientras los demás rodeaban de nuevo a su padre. La situación le pareció tan ridícula que incluso se ruborizó.

Al acercarse, comprobó que el anciano levantaba la cabeza del herido para darle de beber, en un cuenco de madera, un líquido de color blanquecino y pastoso. Luis abrió momentáneamente los ojos, tosió un par de veces y tragó con dificultad. El viejo le recostó de nuevo la cabeza y le contempló un

instante. Luego, con un ademán, indicó a la mujer que se había quedado junto a la puerta que se colocara junto a la otra. A la luz del candil, parecían idénticas: pelo negro azabache recogido en una coleta, ojos rasgados y blanca sonrisa que destacaba sobre el color aceitunado de la piel. La última que había entrado ofreció a Ana una bandeja con mangos, papayas y plátanos y la otra se quitó el poncho que llevaba puesto y se lo entregó a Tina.

Después se dispusieron a abandonar la celda en fila india sin mediar palabra. Antes de que el anciano saliera, Ana se adelantó y le cogió del brazo.

—Gracias, gracias, muchas gracias —susurró con voz temblorosa.

El viejo palmeó un par de veces la mano que le agarraba el brazo y esbozó una sonrisa.

Tras anudar de nuevo la puerta, la comitiva emprendió el camino de regreso y desapareció tras los matorrales.

Capítulo seis

El canto estridente del gallo despertó a Tina. Al instante recordó la truculenta experiencia vívida el día anterior y se incorporó sobre los codos, angustiada. Roni dormía a su lado, bajo el poncho, en posición fetal, y un poco más lejos su madre, que la noche anterior había caído rendida, yacía ahora con la cabeza sobre el empalizado de caña. Le ardía el pómulo y, sin embargo, no sentía dolor alguno en los antebrazos. Seguramente el emplasto que le había colocado el anciano la noche anterior estaba haciendo efecto.

Se puso en pie tratando de no hacer ruido y palpó la frente de su padre. No tenía fiebre. La respiración también le pareció normal. Luego echó un vistazo a su alrededor. El lugar donde les habían confinado tenía toda la pinta de ser un gallinero. Un soplo de brisa procedente del mar le hizo levantar la mirada. El sol todavía no se había alzado sobre las montañas que rodeaban la bahía, pero el brillo de los penachos de las palmeras y el trinar de los pájaros anunciaban que pronto sucedería.

Tina se acercó a los barrotes de bambú para contemplar el pueblo y parte de la bahía. Detrás de las chozas había varios arrozales que se extendían hasta el borde de la selva y otro cultivo de menores dimensiones rodeado por un cercado de cañas. En el lado derecho pudo distinguir varios árboles frutales y, algo más adelante, algunas vacas y cabras pacían tranquilamente a la luz del amanecer inminente.

Al volver la cabeza, descubrió que el *Galoper* seguía en el embarcadero, atracado detrás del barco de los piratas. Se acordó de Lanás: ¿le habrían matado?, ¿estaría aún en el velero? Un hombre seguido de varios perros paseaba por el pantalán con el fusil a la espalda.

La ansiedad le atenazó súbitamente la garganta. Deberían estar navegando y no confinados en aquel lugar extraño. Por otro lado, ¿quién iba a pagar un rescate por ellos? Dudaba que la embajada aceptase pagar. Y la fortuna de sus padres tampoco era como para pagar rescates. Una buena cantidad de la

herencia del abuelo la habían empleado en comprar el *Gallop* para realizar aquel viaje soñado. Tina sacudió la cabeza y trató de alejar aquellos siniestros pensamientos que la estaban martirizando. Al girarse, comprobó que de las cabañas del pueblo salía humo. Se encendieron algunas lamparillas y se oyeron toses y conversaciones apagadas. Un poco más tarde, grupos de mujeres y hombres se reunían en la explanada frente a un *ban tho*^[1], colocaban platos de fruta sobre el pequeño altar y se inclinaban repetidas veces con las manos juntas contra el pecho. Al rato, se dispersaron en diferentes direcciones, unos hacia los campos de arroz, otros hacia la playa o al interior de las chozas.

Tina se sorprendió a sí misma agarrada a los barrotes, de puntillas y moviendo la cabeza para tratar de localizar al chico de los ojos negros.

Un instante más tarde dejó caer los brazos como si le pesaran y se acercó a su padre. Le pareció estúpido el deseo de estar junto al chico. No, no era posible. No podía ser que le gustara un pirata, estando su padre herido y tumbado sobre una tabla mugrienta.

Luis soltó una fuerte inspiración. «Bueno, parece que ya se encuentra bastante mejor», pensó su hija.

Y al volver la mirada hacia el pueblo, se quedó paralizada. A pesar de que el *non la*^[2] le cubría la cara casi por completo, supo que era él. Vestía un pantalón corto y se acercaba caminando despacio por el sendero con una red sobre el hombro y un cuenco en la mano derecha. Al llegar junto al gallinero se detuvo, se giró para mirar hacia el puerto e introdujo el cuenco entre los barrotes. Tina lo cogió con manos temblorosas y permaneció con la mirada clavada en los ojos negros. Bajo el *non la* le parecieron más misteriosos y hermosos que la noche anterior. El chico esbozó una sonrisa de dientes perfectos y ella temió momentáneamente que el recipiente se le fuera a caer de las manos. Él hizo una inclinación de cabeza y echó a andar hacia la playa.

Tina permaneció absorta viéndole alejarse hasta que oyó una voz a su espalda:

—Tina.

—¿Qué?, ¿qué?... ¿Mamá?

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada. Esto... bueno, sí. Nos han traído... leche. Esto... Mira, nos han traído un poco de leche —respondió acercándose a ella apresuradamente, mostrándole el cuenco.

Ana advirtió el temblor en las manos de su hija y miró extrañada entorno, pero no vio a nadie por los alrededores.

—¿Quién la ha traído? —volvió a interrogar.

—Los de anoche —respondió y dio unos pasos por la celda.

—Anda, ven, toma un poco de leche, te sentará bien —le rogó su madre, tomándola del brazo.

—No me apetece, mamá.

—Tina, tienes que tomar alguna cosa. Por favor, bebe un poco de leche.

Tina agarró el cuenco, se lo llevó a la boca sin ganas y su madre se agachó para coger un plátano de la bandeja que les habían dejado la noche anterior.

—Y cómete esto, anda —le pidió con dulzura.

En ese momento su padre tuvo un ataque de tos y se despertó.

—¡Ana, Ana!

—Estoy aquí, estoy aquí. Tranquilízate —respondió ella y se acercó apresuradamente; a continuación le pasó la mano por la frente y el cabello.

—¿Dónde estamos?

—No lo sé exactamente.

—Ayúdame a levantarme.

—Luis, no deberías...

—Por Dios, Ana...

—Está bien, está bien. ¡Tina!

Tina dejó el cuenco en el suelo, se situó al lado de su madre y entre las dos consiguieron incorporar a Luis hasta que quedó sentado al borde de la tabla, con las piernas colgando y la barbilla pegada al pecho. Cuando levantó la cabeza, ambas intercambiaron una mirada de consternación. Daba la impresión de que había envejecido diez años. Tenía el cabello alborotado, los ojos hundidos y la piel del rostro había perdido el color.

—¡Mamá! —Roni había despertado.

Ana se volvió, cogió el cuenco de leche que había en el suelo y se sentó junto a él. Luego, le tomó entre sus brazos y le arropó con el poncho.

—Mamá, quiero irme a casa, quiero irme a casa...

—Pronto nos iremos, cariño. Anda, bebe un poco de leche —le animó su madre y le puso el cuenco en los labios.

—Tina, ¿quién me ha hecho esto? —preguntó Luis palpándose el hombro.

Tina observó a su madre, que se afanaba en dar de beber la leche a su hermanito, y a continuación respondió con voz quebrada:

—Anoche vinieron un anciano y unas mujeres y te curaron. También trajeron fruta.

—¿Un anciano?

—Sí. Debe de ser el médico de los piratas.

—¿Sabes dónde estamos?

Tina tragó saliva.

—Creo que estamos en una isla, papá.

—¿Una isla? —se extrañó volviéndose para mirar a uno y otro lado.

—Bueno —respondió—, estamos en el interior de la isla. Se accede por un desfiladero oculto por un islote. La isla está rodeada por un cordón coralino muy difícil de atravesar.

Tina se enfrentó un instante con la mirada de su padre y agachó la cabeza. No quería que él percibiese su desolación. «Por muy negras que sean las nubes siempre hay un cielo azul encima de ellas», decía el abuelo cuando se encontraba en apuros. Sin embargo, a su alrededor sólo veía oscuridad y unas nubes que la envolvían y que empezaban a ahogarla.

Se aproximó a la empalizada de caña y metió la cara entre los barrotes. No, no veía el azul del cielo por ningún sitio. A su mente acudieron, atropelladamente, retazos de vida en los que el cielo, su cielo, estaba teñido de azul: su infancia en Cádiz, donde esperaba con ansiedad los fines de semana para salir a navegar con sus padres y con el abuelo, la primera vez que tuvo a Roni entre sus brazos, su primera competición náutica...

—¿Eso que hay ahí es un lago? —la interrogó su padre señalando con el brazo extendido.

Tina apretó con fuerza los barrotes de caña.

—No, no es un lago —respondió sin mirar—, es el mar que se cuele por el desfiladero.

Al dirigir la mirada hacia allí de nuevo, vio al joven en la playa. Estaba separado del resto de los hombres que se dedicaban a la pesca. Lanzaba la red con habilidad, como quien intenta extender el mantel sobre una mesa. Luego la recogía despacio hasta sus pies y la arena se convertía en un rebullir de aleteos plateados. Tina cerró los ojos y recordó aquella sonrisa que le había regalado hacía tan sólo un rato. Enseguida la asoció con la del chico que le dio el primer beso. Fue en la fiesta que ofreció... ¿Cómo caramba se llamaba la inglesa? ¿Mary? ¿Mel? Tampoco se acordaba del nombre del chico, aunque sí de la experiencia. Hasta ese momento había sido invisible para los hombres. Tal vez porque era demasiado joven o porque en todos los saraos que asistía tenía a sus padres al lado. Aquel día los mayores cenaban en el jardín y los jóvenes bailaban en el salón. La música era suave. Él la apretaba con fuerza y ella se dejaba llevar. Casi no podía respirar, pero le gustaba la sensación de tener el cuerpo pegado al del chico. Éste le susurraba al oído palabras que no lograba entender porque estaba más atenta al desplazamiento

de la mano que le recorría la espalda. En mitad de la pieza se detuvo, se apartó un poco y la contempló con mirada de arrobó. Farfulló algo y, acto seguido, la agarró de la muñeca y tiró suavemente de ella hacia un rincón, detrás de una enorme maceta de helechos. Allí la tomó por la cintura y la besó. Entonces no supo si le había gustado. Sólo recordaba que el corazón le latía deprisa, que las piernas le temblaban como si fueran de gelatina y que se fue corriendo casi enseguida, presa del pánico. Al día siguiente se lo contó a su madre y ambas rieron con ganas. A ella también le había ocurrido algo similar en su primera experiencia...

—Tina.

Inspiró profundamente tratando de recordar el aroma del pescador. ¿A qué sabrían sus besos...?

—¿Tina?

Tina esbozó una sonrisa, como si pretendiera...

—¡Tina!

Dio un respingo y se giró hacia su padre.

—¿Sí?

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada, papá. No me pasa nada. Estaba..., estaba pensando en Lanas — mintió descaradamente—. ¿Crees que habrá muerto?

—Ese perro es muy listo. No te preocupes. Seguro que estará escondido en algún sitio.

Luis hizo un gesto de dolor llevándose la mano a la herida del hombro y se bajó de la tabla.

—Luis, no deberías... —le riñó Ana, que continuaba sentada en el suelo junto a Roni.

Tina observó los movimientos de su padre y volvió la vista hacia el poblado. En su recorrido visual se topó con un grupo de niños y niñas que jugaban con unos palos y una bola de trapo en medio de una densa polvareda amarilla. Unos trataban de llevar la pelota hacia un lado y otros intentaban impedirsele. No se habían percatado de que había gente encerrada en la jaula. O tal vez estaban tan acostumbrados que ni siquiera les llamaba la atención. Por un momento pensó en Roni, en lo ajeno que parecía a lo que les estaba ocurriendo. ¡Cuánto daría Roni por brincar y saltar en aquella polvareda! Tina palpó los barrotes de caña que los separaban de los niños... y de la libertad. La imagen del abuelo Héctor le vino a la mente. Lo recordó al timón de su viejo barco, oteando el horizonte, sonriente. Cuando estaba en tierra firme andaba siempre malhumorado y, sin embargo, cuando navegaba no dejaba de

sonreír. En ese momento comprendió por qué amaba tanto el mar y por qué hablaba tanto de libertad. En el mar no había barrotes, ni rejas, ni alambradas, ni campos de minas... ni ninguno de esos objetos de que se sirven los hombres para señalar parcelas, establecer diferencias... En aquel instante comprendió también por qué era tan feliz cuando tenía ante sí espacios abiertos, naturaleza libre..., cuando no tenía que someterse a las reglas de los mayores, cuando...

Una mujer salió de una choza y comenzó a batir palmas. Los niños dejaron inmediatamente de jugar, corrieron hacia la choza y desaparecieron en su interior.

Tina detuvo un momento sus elucubraciones y volvió a pasear la vista por el poblado. A continuación se giró hacia sus padres y les llamó la atención señalando las cabañas con el brazo estirado.

—Mirad —dijo.

Luis y Ana dirigieron la mirada hacia donde señalaba su hija.

Lo único que les extrañó fue que un par de mujeres llevaban comida a una de las chozas.

—No veo nada raro —señaló Luis—. ¿Qué esperas que veamos?

—Hay un grupo de personas trabajando en los campos de arroz y en la playa están pescando unos muchachos.

—¿Y...? —interrogó Ana.

—Pues que los piratas se dedican al pillaje y no a cultivar campos de arroz ni a pescar. En la playa hay media docena de hombres jóvenes que deberían estar con el fusil a la espalda, como aquél —dijo señalando al que paseaba por el embarcadero—, y no con una red en la mano.

—Tina —respondió Luis con tono cansino—, esto es Malasia. Aquí, como en China, a pesar de que estamos en el siglo XXI, sigue habiendo clases sociales: los señores, los guerreros, los parias...

Tina hizo un mohín, encogió los hombros y se sentó junto a su hermano. Estaba un poco decepcionada por la respuesta. Bueno, no tanto por la respuesta como por el tono. Lo había dicho como si no le importase, como si lo aceptase de pleno. Y que ella supiera, él siempre había odiado la diferencia de clases y anhelaba un mundo más equilibrado, más igualitario, más justo, donde las diferencias sociales no fueran tan pronunciadas. El absurdo total del ser humano como ser inteligente, decía, llega cuando se cree superior a los demás.

Tina miró hacia la playa. ¿Por qué habría llamado paria a su pescador?

Capítulo siete

El sol se deslizó hacia lo alto.

Por fortuna para ellos, el gallinero estaba situado estratégicamente a la sombra de una palmera. Sin embargo, hacía mucho calor, un calor húmedo y pegajoso que mantenía a Tina y a su familia sentados en el suelo, sin apenas cruzar palabra. El único que se quejaba continuamente pidiendo agua era Roni. Ella también tenía la boca seca, pero trataba de no pensar en la sed, masticando lentamente un trozo de fruta de vez en cuando y observando el ir y venir de las mujeres del poblado. Se incorporó y dio unos pasos hacia la empalizada. Al pasar junto a su padre, advirtió que tenía la barbilla hundida en el pecho y que respiraba con dificultad. Seguramente le estaría subiendo la fiebre otra vez.

Al otro lado de las cañas, el paisaje habría sido hermoso y sosegado de no ser por los cánticos disonantes de los piratas que todavía a ratos llegaban de una choza del puerto: las hojas de los árboles brillando con la luz del sol, el agua apacible de la bahía... Los campos anegados sembrados de arroz, las columnas de humo gris que salían de las cabañas y permanecían suspendidas en el aire como hilachas de algodón le conferían al lugar un aire de ensueño al que probablemente le hubiese gustado acercarse haciendo sonar la bocina del *Gal lape r* para anunciar su llegada a los nativos.

Tina agachó la cabeza y cuando fue a sentarse de nuevo, vio por el rabillo del ojo a aquel hombre, a lo lejos, mirándola. Era el viejo que los había visitado la noche anterior. Tina pegó la cara a las cañas y le suplicó con la mirada. Sabía que a tanta distancia no podría ver su gesto; sin embargo, no perdió la esperanza de que la entendiera. El anciano permaneció un rato observándola y a continuación llamó la atención de una mujer que pasaba junto a él. Le comentó algo y la mujer se apresuró a entrar en la cabaña. Unos instantes después salía con un cántaro de barro apoyado en la cadera. Tina la vio venir y dio un salto de alegría.

—¡Nos traen agua! —exclamó llena de alborozo.

—¿Qué? —preguntó su madre, mientras se levantaba con Roni en brazos. Su padre alzó un poco la cabeza.

—Creo que esa mujer nos trae agua —dijo Tina señalando hacia el sendero.

La mujer vestía un sari de color verde y caminaba con pasos cortos y veloces. De vez en cuando se detenía y volvía la cabeza hacia el embarcadero. Al llegar junto a la empalizada, se giró de nuevo para echar otro vistazo hacia el pantalán, esbozó una tímida sonrisa y colocó el cuello de la vasija entre los barrotes. Ana acercó primero a su hijo y dejó que bebiera hasta que retiró la cabeza jadeante; después empujó a Tina hacia el chorro de agua mientras ella soltaba a Roni en el suelo y cogía apresuradamente los cuencos de fruta. Acto seguido, llenó uno de agua y lo acercó a la boca de su marido. Finalmente, bebió ella y dejó los cuencos llenos.

Tina la miró con ojos de agradecimiento y la nativa volvió a sonreír. Era una mujer de mediana edad, con el cabello salteado de canas recogido en un moño. La piel de la cara era suave y tersa y el blanco de sus grandes ojos destacaba sobre el color tostado del rostro. Tenía un punto rojo tatuado entre las cejas y dos grandes aros de metal le colgaban de las orejas.

—Gracias, muchas gracias —dijo Tina pasándose la lengua por el labio inferior.

La mujer retiró el cántaro, sonrió satisfecha y, tras una pequeña reverencia, se marchó corriendo por el sendero hasta llegar junto al anciano. Ambos entraron en una de las cabañas.

Un par de horas más tarde, los que trabajaban en los campos de arroz comenzaron a volver en fila india hacia el poblado. Los que pescaban en la playa también abandonaron sus labores y regresaron al pueblo portando ramilletes de peces ensartados con juncos por las agallas. Todos lo hicieron por el camino más corto, excepto uno, que decidió tomar la senda que pasaba junto al gallinero.

Cuando Tina le vio venir, se alteró de nuevo, pero no se atrevió a moverse de donde estaba sentada entreteniéndolo a su hermano. El muchacho hizo un leve movimiento de cabeza al pasar frente a la empalizada y esbozó una sonrisa.

—Éste fue el que vino anoche con el viejo y las mujeres —señaló Tina algo nerviosa y se puso en pie.

—Será uno de los criados del jefe. Aquí las cosas funcionan así — comentó Luis sin darle mayor importancia.

Tina observó un momento a su padre, pensó que la fiebre debía de estar haciendo estragos en su cerebro y se acercó con disimulo a la empalizada para contemplar al muchacho mientras se alejaba por el camino. Antes de llegar a la explanada, se cruzó con una chica del poblado, una hermosa morena de cabello largo, negro y rizado. Llevaba los hombros desnudos y el cuerpo envuelto en una especie de pareo estampado de flores en el que predominaba el rojo. Hizo un movimiento coquetón con la mano para colocarse el pelo detrás de la oreja y sonrió. El chico se detuvo un rato para contemplarla de arriba abajo y luego continuó.

Tina sintió un absurdo pellizco de celos en el estómago y se giró alarmada ante aquella sensación estúpida.

—Estás tonta, estás tonta —se dijo.

Su madre se levantó y acudió hasta ella.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó echándole el brazo sobre los hombros.

En ese preciso momento su padre les llamó la atención:

—¡Mirad!

Ambas se volvieron.

Por el camino se acercaban dos hombres con fusiles a la espalda. La manera de andar haciendo «eses» revelaba su estado de embriaguez. Uno de ellos dio un traspies y cayó de rodillas. Su compañero se detuvo a contemplarle mientras reía a carcajadas. Ana corrió para abrazar a Roni. Los cuatro se arracimaron en un rincón de la celda, expectantes. Cuando los hombres llegaron frente a la puerta se detuvieron, sonrientes, para deleitarse con el pánico que revelaban las caras de los que tenían enjaulados. Tina los observó muerta de miedo. Uno de ellos era alto y delgado. Tenía un rostro chupado y macilento, barba de varios días e iba con el pecho al descubierto. Los ojos en dos líneas oscuras, las mejillas chupadas y el cuello parecía de garza real. El otro era la cara opuesta: mofletes sonrosados, ojos opacos y cuello ancho. No se podría decir que fuese gordo, pero sí blando y carnoso. Llevaba una camisa a cuadros de color indefinido, llena de lamparones y cerrada con un solo botón a la altura del vientre.

Ambos permanecieron un rato recreándose en la escena hasta que el más alto musitó algo y descolgó el arma. El de la camisa a cuadros se adelantó, desanudó la cuerda que mantenía cerrada la puerta y entró.

El individuo se detuvo unos segundos en el centro del recinto y dio un paso más. Sus pies tropezaron con un cuenco de agua. Lo miró extrañado,

volvió la cabeza interrogante hacia el que estaba en la puerta con el fusil a la altura del pecho y comentó algo en malayo señalando con el índice las cáscaras de frutas. El otro bandido se encogió de hombros con indiferencia. A continuación, hizo un gesto de fastidio y movió el fusil para exhortar a su compañero a que se diese prisa. Este sacó a Tina y a Luis a empujones de la celda.

—¡Luis! ¡Tina! —gritó Ana.

—No te preocupes, Ana, todo irá bien.

Ana permaneció abrazando a Roni mientras observaba como se alejaba su marido y su hija por el sendero.

Tina y Luis fueron conducidos a una cabaña, la mayor. Tenía el techo de juncos secos, a dos aguas, y se levantaba sobre grandes troncos. Por una escalera tosca, de madera, se subía a un pórtico con baranda que daba acceso a la vivienda y en el que un hombre armado vigilaba.

Se oían voces, risas y la música estridente de un equipo de música. Ambos subieron las escaleras y fueron empujados a punta de fusil hasta el interior.

Al entrar, Tina se sobrecogió. El ambiente estaba impregnado de un penetrante olor mezcla de sudor, alcohol y especias. Varios hombres deambulaban borrachos, cantando y tratando de no tropezar con los que estaban tumbados en el suelo, entre botellas vacías y platos con restos de comida. En uno de los laterales, divisó lo que probablemente era el producto de sus rapiñas: cajas de *whisky* hasta el techo, ropa amontonada, equipos de radio... Y, en el fondo, cajas de madera que, por lo que indicaban los rótulos laterales, parecían contener armas y explosivos. A un costado también había varios fardos plastificados.

Alguien se percató de la presencia de los recién llegados y apagó la música. Las voces callaron. Una docena de miradas turbias se concentraron en ellos. Tina notó que las piernas le flaqueaban. Agachó la cabeza y miró de reojo a su padre. Inesperadamente, se oyó una voz estentórea y los piratas comenzaron a retirarse entre murmullos hacia los laterales y dejaron un claro en el centro de la choza.

Un frío glacial recorrió la nuca de Tina y le descendió hasta la rabadilla. El jefe estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas junto a una mujer muy hermosa. Tina y la mujer se miraron durante un instante, pero la mujer bajó la cabeza enseguida. Justo detrás, de pie, con los ojos puestos en el suelo y el *non la* sujeto con ambas manos a la altura de la pelvis, estaba el chico de los ojos negros.

El jefe de los piratas se apoyó con la mano en el hombro de la mujer, se puso en pie y anduvo con parsimonia hasta el lugar donde se encontraban los objetos de las pillerías, cogió un puro de una caja y rascó una cerilla. Después de esperar pacientemente a que el fósforo terminara de encenderse, lo acercó al puro y chupó hasta que el extremo se puso rojo. A continuación caminó despacio hacia Tina y su padre con el puro en la boca, echando humo, dio una vuelta a su alrededor y se detuvo frente a Luis. Luego cogió el puro entre los dedos índice y mayor, le administró una calada prolongada y comenzó a hablar con parsimonia:

—¿Sabes?, me parece que tenías razón. No creo que la embajada ni nadie pague nada por vosotros.

El jefe de los piratas dejó que transcurrieran unos segundos mientras les miraba fijamente y después continuó:

—Conozco muy bien el funcionamiento de ese teatro llamado «primer mundo». He pasado allí el tiempo suficiente como para saber que, si no eres un actor de primer orden, nadie va a dar un penique por ti. Y..., tengo la impresión de que el encargado de negocios de una embajada y su familia tienen poca relevancia en el proscenio.

Tina le observó mientras daba unos pasos en dirección a la mujer que estaba sentada en el suelo, le alborotaba el cabello con la mano y permanecía pensativo.

—Un actor de primer orden... —musitó como si hablara consigo mismo y movió la cabeza varias veces en sentido afirmativo. Unos segundos más tarde, se giró de nuevo y se dirigió al padre de Tina exhibiendo una sonrisa burlona —. Un actor de primer orden... —repitió—. Yo también llegué a actuar en vuestro teatro. Pero un día me cansé de ser un actor segundón y me vine aquí. ¡Aquí soy el actor principal, el rey del escenario! —gritó.

El pirata levantó los brazos, dio un par de vueltas sobre sí mismo y detuvo su rostro a un palmo del de Tina. Tenía los ojos inyectados en sangre, abiertos de par en par, y una babilla blanca alrededor de la comisura de los labios. La joven tragó saliva ante aquel gesto de locura. Al cabo de unos instantes, el forajido pareció recuperar el juicio y habló bajando el tono de voz:

—Recuerdos, simples recuerdos. Los recuerdos no sirven para nada, para nada.

El pirata se rascó el cuero cabelludo, dio otro paseo corto y se detuvo junto a la pared. Tenía una cicatriz blanquecina en la espalda que zigzagueaba entre sus omóplatos. Tina trató de ubicarlo en su mundo. ¿En qué habría trabajado? ¿Tendría familia? ¿Por qué no le importaban los recuerdos? En

algún sitio había leído que siempre era agradable saber que tu imagen algún día descansaría en la memoria de un ser querido.

De repente giró sobre sí mismo y se dirigió a Luis señalándole con el dedo.

—Vayamos al grano. Eso es, vayamos al grano. Mira —dijo observando la punta del puro—, estoy pensando en dejaros marchar.

Luis le miró con incredulidad y Tina se aferró al brazo de su padre. Hubo un murmullo generalizado. Alguien soltó una risotada. Una botella cayó al suelo y rebotó sobre la madera.

—Sí, sí —continuó sin abandonar la flema—, voy a dejar que os marchéis. A cambio quiero que me hagáis... un pequeño favor, eso es. Un pequeño favor.

Siguió un silencio prolongado y tenso durante el cual Tina y su padre intercambiaron miradas.

El pirata clavó sus ojos vidriosos en Tina y ella se puso rígida como un cadáver. Él se dio la vuelta y caminó despacio hacia un sillón de mimbre, se recostó contra él y continuó hablando con los dedos entrelazados sobre el vientre y el puro en la boca:

—Tengo que entregar esos paquetes que ves ahí a unos amigos que los recogerán en alta mar —dijo señalando los fardos plastificados que se apilaban en un lateral.

El pirata dejó transcurrir unos segundos que aprovechó para dar otra calada y soltar una bocanada de humo hacia el techo.

—Pero... necesito vuestro barco. El mío está... demasiado visto por estos mares. Por otro lado, si lo interceptara la patrullera..., la policía no está autorizada a registrar el barco de un diplomático, ¿verdad?

Luis asintió moviendo la cabeza.

—Perfecto. Entonces utilizaremos vuestro barco para entregar la mercancía.

—Quiere utilizar nuestro barco para transportar droga, ¿no es eso?

—Efectivamente —respondió el pirata—. Opio. La piratería moderna no da para mucho. Los barcos cargados de oro que antaño surcaban los mares son fantasías del pasado. Ahora para sobrevivir tenemos que dedicarnos... a otras cosas.

Luis le miró con desprecio, pero recompuso inmediatamente el gesto y se encogió de hombros.

—Está a su disposición —respondió haciendo de tripas corazón.

El jefe de los piratas esbozó una sonrisa.

—Muy bien, ella será quien haga el recado —dijo señalando a Tina con la mano que sostenía el puro—. Eso es, será ella.

Luis se enderezó de golpe.

—Pero... ¿para qué necesita a mi hija?, ¿no le basta con utilizar el barco?

El pirata, con gesto sereno y atusándose la barba, observó a Luis atentamente durante unos segundos. Después, respondió con voz calma:

—¿Un velero con pabellón inglés, navegando por el Mar de China tripulado por malayos? ¡Hummm! Muy extraño, ¿no? No me cuadra, no señor. Y seguramente a la policía tampoco.

El pirata hizo un ademán con el brazo a la mujer que estaba sentada en el suelo para señalarle la botella de *whisky*. Ella se levantó apresuradamente y corrió hacia él con la botella en la mano. Tras echar un largo trago, le devolvió la botella, se limpió la boca con el antebrazo y continuó en el mismo tono:

—Sin embargo, si la policía lo intercepta y comprueba que al timón va una occidental, ni siquiera se molestará en detenerlo. Y..., aunque lo detuviese para inspeccionarlo, bastaría con que tu hija mostrara el pasaporte diplomático para que ni siquiera subiera a bordo.

Luis se quedó perplejo. Cuando reaccionó, avanzó con los puños apretados hacia el pirata.

—¡Ni hablar! Mi hija no va a ningún sitio —gritó.

El bandido ladeó ligeramente la cabeza al tiempo que esbozaba una sonrisa y, un instante después, soltó una estridente carcajada. La mujer, que hasta entonces había permanecido a su lado, se desplazó con disimulo hacia su derecha. Los demás callaron. En ese instante, el padre de Tina comprendió el error que había cometido y dio unos pasos hacia atrás hasta colocarse al lado de su hija.

—Por favor, deje que vaya yo. Yo entregaré esa mercancía —le rogó Luis y clavó sus ojos en los del pirata en busca de compasión, pero en los rasgos duros del bandido no encontró ni un ápice de bondad—. Mi hija no sabe navegar —balbuceó.

El rufián apoyó la cabeza en el respaldo del sillón, exhaló otra bocanada de humo hacia el techo y dejó transcurrir un tiempo. Súbitamente, se puso de pie de un salto, volcando el sillón de mimbre, y se dirigió dando grandes zancadas hasta colocarse detrás de Luis para apretarle con saña el hombro herido.

Luis, dando un grito de dolor, se retorció y cayó de rodillas medio desmayado.

—¿De verdad crees que estás en condiciones de ir a ningún sitio? Y no me mientas. No consiento que nadie me mienta. Cuando avistamos tu barco, era tu hija quien lo gobernaba.

El pirata volvió a oprimir el hombro de Luis, que apretó los dientes con todas sus fuerzas, pero sin poder contener otro grito de dolor.

Tina contempló con espanto el sufrimiento de su padre. Sin poder contenerse, se lanzó hacia delante y estampó el puño contra la nariz del pirata. Éste dio un traspiés y cayó al suelo entre las risas de los demás. Un segundo más tarde se levantó dando gritos, no tanto por el dolor como por la afrenta, y se abalanzó sobre ella. Ambos rodaron por las tablas que cubrían el piso, levantando una nube de polvo. Tina empezó a forcejear como una loca repartiendo patadas y puñetazos sin saber dónde enviaba los golpes hasta que, finalmente, cayó boca arriba, rendida. En ese momento, el pirata saltó sobre ella, se colocó a horcajadas sobre su vientre y le atenazó el cuello con la mano derecha. Con la izquierda le dio un par de bofetones y comenzó a apretarle la garganta. Luis trató de lanzarse hacia ellos, pero un bandido le detuvo agarrándolo por el cuello de la camisa.

Tina se aferró con ambas manos a la muñeca del pirata al tiempo que movía la cabeza tratando de deshacerse de aquella zarpa que le impedía respirar.

—Vas a pagar tu osadía —sentenció el pirata con los ojos desencajados y mostrando la dentadura.

—¡Basta, por Dios, basta! —gritó Luis sujetándose el hombro herido—. Mi hija hará lo que le pide, por favor, déjela. Se lo ruego, déjela. Ella transportará la droga. Se lo ruego...

El pirata giró la cabeza lentamente y después volvió a mirar a Tina. La chica mostraba signos evidentes de asfixia. Cuando el bandido aflojó la presión, ella se puso en pie jadeando, como si hubiese echado una carrera. Luego se dirigió con pasos lentos hacia la mujer que sostenía la botella, se la quitó de las manos y bebió varios tragos seguidos mientras miraba de reojo a sus secuaces.

Tina comenzó a toser convulsivamente. Con un movimiento brusco, Luis consiguió zafarse de la garra del hombre que le sujetaba y corrió a arrodillarse al lado de su hija. Tenía el cuello enrojecido, la cara azulada y respiraba con dificultad. Luis le levantó la cabeza delicadamente y le acarició el pelo.

—Dios mío, no vuelvas a hacer eso. Haz todo lo que te ordene —le rogó.

Tina se incorporó y se sentó en el suelo masajeándose la garganta. Le vino un fuerte sabor a bilis a la boca y varias arcadas. Un instante después, notó en

los oídos un zumbido intenso que amenazaba con taladrarle el cerebro. Se llevó las manos a las sienes tratando de mitigar aquel dolor que iba en aumento y apretó los dientes.

Cuando volvió en sí, todo daba vueltas a su alrededor. Sintió que aún continuaba tumbada en el suelo entre los brazos de su padre. Posiblemente había perdido el conocimiento durante unos segundos, aunque tenía la sensación de haber estado desvanecida mucho tiempo.

—Papá... —musitó y se incorporó con gran esfuerzo.

Al levantar la mirada observó que un par de lágrimas corrían por las mejillas de su padre y se abrazó a él.

Nunca le había visto tan afligido, tan desolado, tan impotente...

Capítulo ocho

Dos individuos sacaron a Luis de la choza. Tina lo vio desaparecer por la puerta y ella se quedó en el centro de la habitación, aterrada, temblorosa, con la mirada clavada en las tablas del suelo. Tenía tanto miedo y le temblaban tanto las piernas que apenas podía mantenerse en pie. El silencio era sepulcral. Se sentía empequeñecida y objeto de las miradas de aquellos rufianes. Se enjugó con rabia las lágrimas que brotaron de sus ojos y trató de serenarse, controlando la respiración. Sin embargo, el zumbido en los oídos persistía y el dolor de cabeza también, aunque más atenuado. Un soplo de brisa entró por una ventana impregnado de aroma de mar. A su mente acudieron imágenes de espacios abiertos, de libertad, la sonrisa del abuelo, los niños jugando con la pelota de trapo, Roni...

Notó el movimiento de un cuerpo a su lado y permaneció atenta. La voz del jefe de los piratas se mezcló con el zumbido de sus oídos:

—Eres muy valiente. Sí señor, muy valiente. Y tienes suerte.

Tina le oyó dar otro trago.

—Sí señor, mucha suerte. Hasta ahora nadie se había atrevido a ponerme una mano encima. Más de la mitad de la selva está abonada con los cadáveres de los que han osado enfrentarse a mí. Debo de estar volviéndome loco. Eso es, loco. Loco para permitir que una mocosa como tú me haya tocado.

El bandido balbuceaba y divagaba en un monólogo que a nadie parecía interesar. Tina oía murmullos y risas que indicaban que los demás habían dejado de prestarle atención.

—Loco de remate para permitir que sigas viva —continuó—. Pero me caes bien. Tú y tu familia me caéis bien. Así que, si cumples lo que te mando, dentro de unos días podréis marcharos.

Tina percibió su aliento muy cerca de ella y levantó tímidamente la cabeza. Por la sonrisa forzada y por el tono paternal que empleaba al hablar, era fácil adivinar que no iba a cumplir nada de lo que estaba prometiendo,

pero no le quedaba más remedio que seguirle la corriente. De ello dependía que sus padres y Roni continuaran con vida. Tal vez entre tanto ocurriese algún milagro que los sacase de aquel atolladero.

El bandido dio varios pasos hacia una caja de madera, se sentó en una esquina y se quedó escudriñando a la muchacha. Ella apartó enseguida la mirada, pero permaneció examinándolo a hurtadillas. Debía de tener una edad aproximada a la de su padre, es decir, alrededor de los cuarenta y cinco, pero era un poco más bajo y algo barrigón. Los ojos achinados revelaban su origen oriental; sin embargo la barba y los cabellos que asomaban por el pañuelo que le cubría la cabeza, de un color rojizo desvaído, indicaban lo contrario. Tenía la barbilla cuadrada, prominente y con hoyuelos, y una expresión de locura en el semblante.

Tina desvió la mirada un instante hacia el muchacho de los ojos negros. Seguía allí, de pie, con el mentón clavado en el pecho. Seguramente, él también sería objeto de humillación y escarnio.

—Bueno, ya está bien de contemplaciones y de charla —zanjó el pirata, y se puso en pie.

Tina volvió a prestarle atención. Sus ojos habían recobrado vida y su rostro reflejaba un vago gesto de lucidez, como el que vuelve en sí después de un mareo y pretende demostrar que no le ha ocurrido nada.

—Al atardecer, tu velero abandonará la isla y navegará en dirección Sur sin desviarse del rumbo. Antes de que salga el sol lo interceptará un barco. Sólo hay que entregar la mercancía y volver. Por cierto —continuó tras una breve pausa—, si no estás de vuelta mañana por la tarde, colgaré a tus padres y a tu hermanito de lo alto de esas palmeras y dejaré que se los coman los buitres.

Alguien de los presentes tradujo en voz alta lo último que había dicho el jefe y estalló una carcajada general acompañada de varios silbidos. Uno de ellos comenzó a dar vueltas alrededor de Tina moviendo los brazos como si fuera un pájaro, hasta que el jefe le dio un empujón y cayó rodando entre los demás.

Tina tragó saliva con dificultad y se refugió un instante en sus pensamientos. ¡No había salida! Cada vez estaba más convencida de que, hiciese lo que hiciese, sus padres, su hermano y ella misma morirían irremisiblemente a manos de aquellos rufianes. Trataba de buscar desesperadamente un camino, pero no lo encontraba. Un milagro. Sólo un milagro podía sacarlos de aquella situación. Aunque, de momento, lo único

que podía retrasar ese destino aciago era seguir adelante con los planes del pirata.

La voz del jefe la arrancó otra vez del ensimismamiento:

—Ahora irás al barco y esperarás allí hasta que mis hombres carguen la mercancía. Eso es, quietecita allí hasta que yo llegue.

—Pero..., pero..., yo sola no puedo manejar el barco.

El pirata soltó una risotada y tomó de nuevo la palabra:

—Claro, muñeca. ¿Crees que iba a dejarte marchar sola?

Esta vez fue él quien se giró para traducir sus propias palabras, pero la mayoría de sus secuaces estaban entretenidos pegando brincos y apurando los restos de las botellas que todavía rodaban por los suelos. Un poco decepcionado, se volvió hacia Tina:

—Te he explicado el plan por si la policía intercepta el barco y tienes que ponerte al timón. Que sepas que, siempre, siempre, debes navegar manteniendo el rumbo hacia el Sur. Eso es, siempre hacia el Sur. Pero en cuanto dejes la isla, mi hijo Chua tomará el mando. Él y otro de mis hombres te acompañarán. Chua sabe navegar por estos mares.

Cuando Tina dirigió la mirada hacia donde señalaba el jefe de los piratas, se le paró el corazón y se le heló la sangre en las venas.

El muchacho de los ojos negros levantó la cabeza. Durante un instante, sus miradas se encontraron. Pero un buche de leche agria le subió por el esófago, obligándola a efectuar un gran esfuerzo para no vomitar. El zumbido de sus oídos se intensificó y el dolor de cabeza también. ¿El hijo del jefe? ¿El hijo de quien había maltratado y casi matado a su padre? ¿El chico por quien había suspirado? ¿Otro pirata?

Apretó los puños y comenzó a respirar aceleradamente. La cabeza le iba a estallar. En ese momento, el jefe berreó en un intento de llamar la atención. Todos se giraron. A continuación bebió un trago de la botella y señaló a los sicarios que la habían traído. El blanducho se acercó seguido del otro malhechor, cogió a Tina del brazo y la empujó hacia la salida de la choza.

El brillo del sol era cegador. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, a medida que bajaba las escaleras, consiguió distinguir a su familia confinada en la celda. Su madre, con Roni en los brazos, se aferraba a los barrotes de la empalizada y su padre estaba sentado sobre la tabla. Desde allí no podía apreciar los detalles, pero intuía que su madre estaba llorando. Se le hizo un nudo en la garganta mientras caminaba cabizbaja hacia el embarcadero. Estaba convencida de que no los vería nunca más. Le costaba creer que el jefe de aquella gentuza fuera a cumplir su palabra. Aunque cabía la posibilidad de

que los piratas intentasen negociar su rescate con el gobierno español o los siguieran utilizando para transportar drogas. Por otro lado, era demasiado joven para asumir tanta responsabilidad. Había tenido una vida feliz, sin demasiadas complicaciones. El mayor de sus problemas había consistido en que la dejaran regresar a casa un par de horas más tarde para asistir a la fiesta de cumpleaños de algún amigo, pero ni en sus más escabrosos juegos de niña había imaginado que viviría una historia tan aterradora como aquella.

«¡Sólo tengo diecisiete años. Dios mío, diecisiete años!», pensó mientras caminaba.

También pensó que ni siquiera había salido de la adolescencia, una etapa marcada por la rigidez protocolaria de las embajadas, estudiando en colegios para extranjeros que secretamente odiaba, donde se había codeado con chicos cuyas mentalidades diferían considerablemente de la suya: en su mayoría estirados engominados, impertinentes, más atentos en mantenerse erguidos cuando se llevaban el tenedor a la boca que en saborear el manjar que masticaban. Ahora, cuando estaba a punto de retomar el camino de sus raíces, de estudiar por fin en la universidad en su idioma materno..., se encontraba recluida en aquel lugar perdido situado en medio de la nada, con sus padres amenazados de muerte y a punto de servir de recadera para transportar drogas. Para colmo, no se le había ocurrido otra cosa que poner los ojos en uno de ellos. ¿Cómo podían ser tan insensatos los sentimientos? Y ella, ¿cómo podía ser tan necia?

Se odió a sí misma. Trataría de proyectar ese odio hacia él y de olvidar el sentimiento de inquietud que le producía. Ya no le parecía tan guapo ni sus ojos tan hermosos. Hasta su sonrisa le parecía estúpida.

Uno de los guardianes que la escoltaba le clavó el fusil en la espalda. Al girarse, comprobó que el de la camisa a cuadros movía el arma con el gesto fruncido y que su compañero se acercaba bamboleándose a otro pirata sentado a escasos metros. Al principio no entendió lo que sucedía hasta que se dio la vuelta y comprobó que habían llegado al embarcadero y se hallaban frente al *Galloper*. El barco se mecía suavemente, golpeando el costado de estribor contra el pantalán. Tenía la vela mayor hecha un amasijo sobre la botavara y el foque colgaba del botalón de proa. Por un momento se lo imaginó navegando en libertad por los mares con su familia y ella a bordo.

Un par de gaviotas los sobrevoló graznando. Los ojos de Tina se inundaron de lágrimas.

Capítulo nueve

Tina subió a bordo del *Galloper* y echó una mirada a su alrededor. La cubierta estaba sembrada de botellas, vómitos y colillas aplastadas contra las tablas del suelo. Los piratas habían abierto los tambuchos buscando alguna cosa, y habían sacado y esparcido los rollos de cabos, las manivelas de repuesto, los mosquetones, los salvavidas y todos los objetos que se encontraban almacenados dentro. Después de contemplar aquel desastre, le vino a la memoria el cuidado que ponía su padre en mantenerlo todo ordenado. «Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio», repetía él con frecuencia, sobre todo dirigiéndose a Roni, quien siempre lo ponía todo patas arriba.

De inmediato, empezó a recoger los útiles y a colocarlos en su alojamiento respectivo, hasta que descubrió la mancha de sangre seca que su padre había dejado en el suelo. Entonces, llena de amargura, soltó lo que tenía en las manos. Sacó de un cofre un cepillo de raíces y un cubo con una cuerda que se utilizaban para baldear la cubierta, recogió agua del mar y se puso a restregar con saña la mancha de sangre, como si con aquel acto quisiera borrar también lo sucedido. Al poco, jadeante y llena de angustia, se incorporó y permaneció unos segundos contemplando el charco de agua. Luego, soltó el cepillo dentro del cubo y decidió recluirse en un camarote. Cuando bajaba el último peldaño, algo surgió repentinamente de lo alto de una litera y se le encaramó al cuello.

—¡Lanas! Dios mío, ¡Lanas! —exclamó una vez que se hubo repuesto del susto.

El perro temblaba como las cuerdas de una guitarra tras un rasgueo y le lamía la cara con efusión. El animalito comenzó a gemir y Tina se abrazó a él estrujándolo contra su pecho.

—Shhh, calla, calla —le tranquilizó pasándole la mano por la cabeza—. No pasa nada. Está bien, está bien.

En el interior de los camarotes también reinaba el caos. Incluso habían arrancado una pizarra en la que sus padres anotaban los asuntos pendientes para ver si encontraban algo detrás de ella. Pero esta vez no se molestó en colocar las cosas en su sitio. Se sentó sobre un colchón con Lanás en brazos y se limitó a contemplar el desaguisado. Le recordaba una cualquiera de las muchas mudanzas a las que había sobrevivido. Cuando tenía la edad de Roni le gustaban las mudanzas. Le encantaba correr entre los bultos y observar cómo entraban y salían los operarios transportando los enseres. Pero conforme fue haciéndose mayor, odiaba cada vez que tenía que cambiar de casa, ciudad o país. Nunca consolidaba amistades, nunca echaba raíces. Invariablemente, según sus padres, el siguiente lugar sería mejor. Sin embargo, para ella todo consistía en empezar de nuevo.

Le llegó un murmullo apagado desde el exterior y prestó atención. Acto seguido se puso en pie y echó una ojeada por un ojo de buey. Los piratas que la habían acompañado charlaban distendidamente con el vigilante del pantalán, fumando cigarrillos.

Giró sobre sí misma y soltó a Lanás. Tenía que hacer algo. No podía permanecer con los brazos cruzados mientras los suyos estaban encerrados en un gallinero. Ella era la única que tenía libertad de movimiento. Trató de repasar mentalmente los pasos que han de seguirse en caso de emergencia, aunque estaba segura de que en ningún manual de navegación se contemplaba el secuestro. Su mirada se detuvo en la radio. Corrió hacia ella saltando por encima de los colchones y de los objetos dispersos por el suelo. No se la habían podido llevar porque estaba encastrada en el costado del barco. Cuando estuvo frente a ella, examinó el manojito de cables que habían sido arrancados de cuajo. A pesar de todo, con el ramillete de cables en la mano, no se amilanó y trató de buscar una solución. Se trataba de una docena de cables trenzados de distintos colores, abiertos como los pétalos de una rosa. ¡Un soldador! ¡Necesitaba un soldador! No había soldado nunca nada, pero había observado a su padre hacerlo. Se lanzó hacia el armario donde guardaban la caja de herramientas. Estaba vacío. Derrotada, volvió sobre sus pasos, con una mano sacó la clavija de la radio de su alojamiento y con la otra sostuvo el cable trenzado. Después de inspeccionar ambos, fue consciente de que, aunque hubiese encontrado el soldador, no hubiese podido realizar la conexión. Los cables habían sido arrancados con tanta violencia que parte de la clavija estaba rota. Por otro lado, soldar aquellas minúsculas patillas era casi una obra de microingeniería.

Deprimida, se dejó caer en el suelo y apoyó la espalda y la cabeza contra la mampara del cuarto de baño. Lanas corrió a su lado y ella lo acarició. No podía permitirse desfallecer, tenía que seguir buscando el modo de ponerse en contacto con alguien. Mientras trataba de ponerse en pie, oyó voces y silbidos. Aguzó el oído. Por el ojo de buey comprobó lo que se temía: los piratas comenzaban a salir de la cabaña. Con los nervios a flor de piel corrió hacia la escalera que comunicaba con la cubierta. Un poco antes de llegar, se detuvo. Lanas iba tras ella.

—No, tú no salgas. Ahora vas a quedarte ahí —dijo señalando un litera—. Y no te muevas, ¿vale?

El perro entendió perfectamente lo que le había pedido su dueña, se escurrió debajo de la cama moviendo el rabo, se tumbó y comenzó a pasarse la lengua por el hociquillo articulando ruiditos.

—Muy bien. Buen chico. No te muevas, ¿eh? Ahora vuelvo —ordenó mientras lo señalaba con el dedo índice.

Al regresar a cubierta, vio que por el muelle de madera se aproximaba una fila de piratas transportando los fardos plastificados. Algunos los cargaban sobre su cabeza y otros, debido a su estado de embriaguez, los arrastraban levantando una nube de polvo.

El jefe, acompañado de la mujer hermosa, precedía la marcha. La llevaba cogida de la cintura y con la otra mano sujetaba el gañote de una botella de *whisky*. Ella caminaba con los ojos pegados al suelo. Al llegar junto al *Galloper*, el pirata la empujó a un lado y subió a bordo.

La carga duró un par de horas. El jefe permaneció agarrado a un obenque dando órdenes y tomando tragos de la botella sin parar, mientras los piratas subían y bajaban transportando la mercancía. Cuando los fardos estuvieron apilados en los camarotes del barco, Chua y uno de los esbirros —armado con un fusil— subieron a bordo y se situaron en la proa del barco. El jefe mantuvo una breve conversación con ellos, anduvo tambaleándose por la cubierta hasta llegar junto a Tina y comenzó a hablar con voz estropajosa:

—Muy bien, muñeca, ahora pon el motor en marcha y obedece las instrucciones de mi hijo Chua. Cuando hayas cruzado los arrecifes, para el motor y deja que él gobierne el barco. Luego te metes en el camarote y no salgas a no ser que aparezca la policía.

El pirata rebuscó en un bolsillo del pantalón y luego en otro. Finalmente, sacó un pasaporte que entregó a Tina.

—Aquí tienes —dijo—. Si os intercepta la policía, invéntate cualquier cosa y enséñales el pasaporte diplomático para que no suban a bordo. Con el

pasaporte en la mano, tu barco tiene inmunidad diplomática y, por tanto, no se atreverán a abordarlo. Y si se interesan por estos dos, les dices que son tus criados...

El jefe de los piratas saltó al embarcadero, se giró y tomó otro trago de la botella.

—¡Ah! —dijo a modo de despedida—, y sobre todo, vuelve. Si no lo haces, ya sabes... —el bandido se pasó el dedo índice por el cuello y sonrió.

Tina se puso al timón del *Galloper*. Bajo sus dedos notó el frío de la rueda de metal y le sobrevino un conato de llanto, pero al comprobar que Chua la estaba mirando desde la proa, se tragó su desconsuelo y apretó el botón de arranque. Se oyó un tableteo seguido de varias explosiones y a continuación el motor comenzó a funcionar cadenciosamente. Luego apretó los dientes, compuso una expresión huraña en el semblante y, llena de rabia, aceleró. La embarcación rozó un poco el costado del pantalón, cabeceó unas cuantas veces y tomó rumbo hacia la bocana de la ensenada.

Antes de que la proa de la nave se adentrara en el desfiladero, Tina volvió la cabeza. Las hojas de las palmeras brillaban y se balanceaban suavemente al compás de la brisa. En el pantalón permanecían los piratas apiñados junto al jefe, como un rebaño de ovejas amontonadas alrededor del pastor. Detrás de las chozas, los arrozales se extendían como una alfombra verde hasta la frontera con la selva. En un intento de localizar, por última vez, el lugar donde habían encerrado a sus padres, se puso de puntillas, pero la abundante vegetación le impidió ver el sitio.

Compungida, dirigió la nave hacia el interior de la garganta rocosa. Al poco, se sintió sobrecogida por la belleza del entorno. La proa del *Galloper* cortando las aguas tranquilas producía un bisbiseo suave que se unía al ronroneo monótono del motor en una sinfonía armoniosa y placentera, las pequeñas olas originadas por el paso de la nave rompían suavemente contra las rocas, la transparencia y el color verde esmeralda de aquel brazo de mar... Todo era paz, tranquilidad y sosiego. Algo no encajaba. Como si hubiese un desajuste entre la macabra historia que estaba viviendo y el paisaje que la rodeaba. Volvió a pensar que tal vez era una pesadilla de la que despertaría de un momento a otro. Pero al recordar el ademán del pirata al abandonar el embarcadero, aceptó la cruda realidad. Tragó saliva y levantó la cabeza para elevar una súplica al cielo. En las cimas de los enormes farallones, se manifestaba la belleza de la naturaleza en todo su esplendor, el retazo de cielo crepuscular que asomaba entre las crestas de las rocas, las aves marinas volando en círculo, incansables...

—Abuelo... —musitó, pero un nudo en la garganta le impidió seguir articulando palabras.

Unas lágrimas asomaron irremediablemente a sus ojos y se las secó con el dorso de la mano. Comenzaron a temblarle las piernas y tiritó, no tanto por la humedad del atardecer, que ya empezaba a declinar, sino...

De pronto, oyó un silbido prolongado. Luego otro... Tina miró al frente. Chua se había introducido en la boca el pulgar y el índice y trataba de llamarle la atención silbando repetidamente a la vez que movía el otro brazo para que aminorara la velocidad. Tina tiró rápidamente hacia atrás la palanca de aceleración: frente al barco se extendía el cordón de corales que convertía la isla en un lugar casi inaccesible.

El motor resoplaba al ralenti y el *Galloper* se mecía indeciso al compás de las olas. Chua se situó en el extremo de la proa para dirigir la maniobra en aquel laberinto coralino y le ordenó avanzar. Ella adelantó un par de puntos la palanca de aceleración. El barco cabeceó primero y luego comenzó a moverse lentamente hacia los corales.

Gruesas gotas de sudor le empapaban la frente mientras desplazaba el timón con lentitud, asustada, siguiendo los movimientos que el chico le indicaba a derecha o izquierda. De vez en cuando desviaba momentáneamente la mirada hacia los costados del barco. Podía vislumbrar los escollos punzantes de coral y piedra que sobresalían a escasos metros. El roce más leve con cualquiera de ellos habría bastado para mandar el barco al fondo del mar. Luego, Chua la obligó a girar casi noventa grados para navegar en paralelo a la costa. Tina se percató de que lo que estaban haciendo era ni más ni menos que seguir una enorme grieta que seguramente algún terremoto había abierto entre el cinturón coralino. Probablemente se trataría del mismo terremoto que había producido la hendidura que conducía al interior de la isla.

Un poco más tarde, cuando el *Galloper* abandonó los arrecifes y se hizo de nuevo a la mar, Tina observó que los piratas comenzaban a izar la vela mayor. Daba la impresión de que ambos sabían bien lo que hacían. Levantaron el foque y se dirigieron hacia el puesto de mando. Ella continuó con los ojos clavados en el horizonte, sin prestarles atención. Chua le tocó el hombro y le hizo un gesto con la mano para que se retirase. Tina le dirigió una mirada inquisitiva, pero no abrió la boca. Se limitó a soltar un resoplido y se echó hacia un lado para dejar libre la rueda del timón. Chua dirigió el barco en posición favorable al viento y detuvo el motor. Las velas se tensaron al

instante, acompañadas de un estampido seco, y crujieron las escotas. Inmediatamente, la proa comenzó a cortar el agua produciendo orlas de espuma blanca que se desplazaban por los costados hasta la popa.

Tina dio unos pasos por la cubierta, contemplando la estela blanca que dejaba tras de sí el barco. Al fondo, la isla se alejaba del *Galloper*. Allí, detrás de aquellas rocas negras, se habían quedado sus padres y su hermano encerrados en una jaula. En aquella trampa mortal también se habían quedado sus ilusiones y sus esperanzas de futuro. Casi todo lo que tenía estaba tras aquellos barrotes. De repente se sintió desnuda, indefensa... Unas manos invisibles le atenazaban la garganta. Tenía ganas de llorar, de gritar..., pero no lo hizo. Apretó los puños y, con la cabeza gacha, bajó las escaleras que conducían a los camarotes.

Capítulo diez

Tina se sentó sobre una litera, con Lanas entre los brazos, y dejó escapar el llanto contenido. El animal gemía y le lamía las manos.

—No pasa nada, no pasa nada. Ya verás cómo entre los dos buscamos una salida —le animaba acariciándole mientras con la palma de la otra mano se limpiaba las lágrimas.

Sin embargo, no lograba encontrar una solución por muchas vueltas que le diera. Estaba convencida de que el pirata no cumpliría su palabra y que, cuando regresara a la isla, los mataría a todos...

Tendría que volver para rescatarlos. Pero ¿cómo hacerlo?

Ahora conocía el modo de atravesar el cinturón del arrecife que bordeaba la isla, aunque sería una locura hacerlo con el *Galloper*. En cuanto atravesara el desfiladero, lo detectarían. Tal vez sería mejor intentarlo por el lado opuesto de la isla, que no debía de tener más de un kilómetro de longitud. Si conseguía alcanzar la costa, solamente tendría que cruzar la selva para llegar a los límites de los campos de arroz situados al fondo de la ensenada. Pero ésa tampoco le pareció una buena idea, ya que no creía que existiese otra hendidura que le permitiese llevar el barco hasta la costa. Por otro lado, antes de una hora habría caído la noche y sería imposible navegar por el laberinto de coral. Se puso en pie de un salto dejando caer a Lanas en el suelo del camarote y en un abrir y cerrar de ojos, de repente, como una revelación, encontró la solución... El bote semirrígido de salvamento del *Galloper* sí podía navegar entre los escollos...

—¡Eso es! —exclamó dando una palmada.

El *Galloper* disponía de un bote salvavidas sujeto al espejo de popa. Se trataba de un bote de caucho pequeño con el fondo de fibra y capacidad para cuatro personas. Su calado, de apenas treinta centímetros, le permitiría navegar sobre los arrecifes. En ese preciso momento oyó el canturreo

desafinado de un pirata y su alegría se trocó repentinamente en la más profunda de las tristezas.

¿Cómo conseguiría deshacerse de los dos piratas?

Dio varios pasos por el camarote, pensativa, seguida por la mirada de Lanas, que, subido en una litera, contemplaba con extrañeza a su dueña. Pasados unos minutos se detuvo y miró a través del ojo de buey: la noche había caído majestuosamente sobre una mar silenciosa y calma. Muy calma. Desde su posición podía oír la proa del *Galloper* cortando el agua con un bisbiseo leve. Eso significaba que cada vez se alejaban más de la isla. Tenía que actuar con rapidez. Se dirigió hacia la proa y abrió con precaución la escotilla situada junto al cofre de cadenas. El pirata, con el fusil entre las piernas, canturreaba sentado sobre la carlinga y el hijo del jefe estaba de pie detrás de la rueda metálica del timón.

Apesadumbrada, cerró de nuevo la escotilla y continuó paseando mientras se frotaba las manos. Era imposible enfrentarse a aquellos dos individuos, totalmente imposible.

Por casualidad, sus ojos toparon con la cruz roja estampada en la puerta del botiquín. Se paró en seco y experimentó una alegría inmensa, la misma que experimentaba cuando en un examen se le encasquillaba una pregunta y de golpe se acordaba de la respuesta. Su respiración se detuvo. Los brazos le cayeron lasos a los costados. Primero dio unos pasos lentos y luego se precipitó hacia la pequeña caja colgada de la mampara que separaba la cocina del dormitorio. Abrió la tapa del botiquín con manos temblorosas y rebuscó entre los medicamentos. Allí estaba la solución: ¡Valium! Las cápsulas que su madre tomaba de vez en cuando para dormir.

Sin dudarle un instante, tomó la caja y la abrió: estaba casi entera. Luego se dirigió a la cocina, tomó un par de vasos, los llenó hasta arriba de zumo de naranja, vació el contenido de varias cápsulas en cada uno y utilizó una cucharilla de café para removerlo enérgicamente.

Lanas la había seguido, curioso, y ahora estaba sentado en la encimera sin perder detalle de las manipulaciones de su ama.

—No te muevas de aquí, ¿eh? Enseguida vuelvo —le ordenó en voz baja.

Antes de subir la escalera con un vaso en cada mano, inspiró varias veces profundamente y compuso la mejor de sus sonrisas.

Cuando el pirata del fusil la vio aparecer en cubierta, se puso en pie de un salto y le apuntó con el arma. A Tina se le encogió un instante el ombligo, pero enseguida se recuperó y trató de parecer natural.

—*Orange juice*. Naranja, zumo de naranja —repitió en español, sin perder la sonrisa.

El pirata se acercó y tomó con recelo el vaso. Después de oler el contenido, bebió un sorbo, lo paladeó unos segundos y luego dio un gran buche, como si fuese lo que su estómago estaba necesitando para aliviar la resaca de la noche anterior. Levantó el recipiente a modo de agradecimiento y Tina le hizo una pequeña reverencia.

Cuando regresó con el otro vaso en la mano, distinguió a Chua detrás de la rueda del timón. Tenía la mirada puesta en el horizonte y permanecía impassible, ausente. Durante unos segundos, le contempló. Le pareció más atractivo que nunca, como una estatua griega bronceada por la luz de la luna. No parecía malayo. A pesar de sus ojos rasgados, su altura y su corpulencia le hacían sobresalir entre los demás. Tina suspiró y echó a andar tambaleándose por la cubierta del barco, pero, cuando estuvo junto a él, su admiración se truncó en un rencor que le retorció las tripas al recordar, repentinamente, que era el hijo del pirata que había prometido colgar a sus padres y a Roni de las palmeras.

—*Orange juice* —silabeó con voz áspera, y dejó el vaso sobre el tablero de mando.

—*Thank you* —respondió Chua.

Tina se detuvo un momento sorprendida por la respuesta, pero enseguida continuó camino a los camarotes.

Una vez allí, tomó a Lanas entre los brazos y esperó con impaciencia. La respuesta en inglés del muchacho la había sorprendido. Sabía que Malasia había estado bajo el dominio británico durante mucho tiempo y no era inusual encontrar a personas que lo hablasen... Quizá se lo había enseñado su padre.

Los minutos se eternizaban. De vez en cuando, se asomaba con cuidado por la escotilla: todo seguía igual, excepto que el pirata del fusil había dejado de cantar. Entonces oyó un golpe sordo y seco contra la cubierta. Acto seguido, unos pasos precipitados. Soltó a Lanas en el suelo y subió con sigilo las escaleras. El pirata del fusil estaba en el suelo hecho un ovillo y Chua se agachaba sobre él. Tina se giró para comprobar con espanto que el vaso de zumo que había dejado sobre el tablero de mando estaba intacto. ¡Chua no había bebido! Se daría cuenta enseguida de que les había echado algo en el zumo.

Respiró sofocadamente unos instantes, hasta que su mirada tropezó con el tangón. Sin perder ni un segundo más, agarró el palo, corrió hacia Chua y,

antes de que éste pudiese reaccionar, se lo estrelló con fuerza contra la cabeza. El muchacho cayó desplomado junto a su compañero.

Tina experimentó una satisfacción enorme. Los dos cuerpos tumbados sobre la madera barnizada de la cubierta, bajo la luz metalizada de la luna, parecían muñecos de trapo de un guiñol en espera de que la mano amiga que tira de las cuerdas los hiciera revivir.

Ella estuvo contemplando durante un minuto largo. Mientras tanto, los pensamientos y los recuerdos se agolpaban frenéticamente en su cerebro y la ira le aumentaba el ritmo de la agitada respiración.

Estaba furiosa por el engaño que contenían sus miradas, por haber caído como una tonta ante su encantadora sonrisa. El hijo del pirata. El hijo del que había ordenado disparar contra su familia. Recordó a su padre retorciéndose de dolor cuando el jefe le había apretado con saña el hombro herido. Miró el extremo del tangón que aún sostenía en la mano. Bastaría con que le asestara un golpe seco en la sien y se habría vengado. Levantó el palo y lo colocó a escasos centímetros del hueso temporal.

«¡Ahora!», le gritó su cerebro. Pero sus brazos se negaban a cumplir aquella orden macabra. Comenzó a sudar profusamente a la par que blandía el palo en lo alto.

—¡Ahora! —se dijo otra vez.

Unas gruesas gotas de sudor se deslizaron por su espina dorsal. Su padre, su madre, Roni, la mirada profunda de Chua, su sonrisa... Comenzó a temblar convulsivamente y se echó a llorar. Unos segundos más tarde, dejaba caer el tangón al suelo. Paseó por la cubierta del barco abrazándose a sí misma. Su mirada se desvió hacia el movimiento rotatorio del palo debido al balanceo del barco. Tuvo la tentación de cogerlo de nuevo; en lugar de ello, mantuvo los ojos fijos en él y gradualmente se relajó. No podría hacerlo aunque quisiera. No había espacio en su corazón para la venganza y el asesinato. Tal vez el maldito Chua no hubiese dudado en taladrarle el cerebro con el palo del tangón, pero ahora sabía que ella no lo haría jamás.

Hacía frío. La luna iluminaba el firmamento cuajado de estrellas, tachonando la noche como un enorme velo que cubriera al mar.

Totalmente desconsolada y abatida, dejó resbalar la espalda contra el palo mayor, cerró los ojos y lloró con amargura.

Capítulo once

Notó que le lamían las piernas y abrió los ojos al instante. Lanás estaba a su lado. La miraba con la cabeza ladeada y ojillos de preocupación. Al comprobar que su dueña había recuperado el sentido, comenzó a gemir y a mover la cola. Tina le acarició la cabeza y el lomo.

—Estoy bien. Lanás, estoy bien —le susurró, y se puso en pie de un salto.

Examinó los cuerpos yacentes llena de horror. Si despertaban, la pondrían en un aprieto serio; incluso podían matarla allí mismo. Se acercó con cautela. El pirata dormía plácidamente y Chua... ¿Le habría matado el golpe? Con sumo cuidado, se agachó a su lado y comprobó que respiraba. Tampoco había señales de sangre. Con mano temblorosa, le palpó la cabeza. Un chichón enorme, del tamaño de un huevo, le sobresalía en la base del cráneo. Tina soltó un suspiro de satisfacción y se alegró de no haber llevado a cabo sus primeras intenciones. Ya sabría su padre qué hacer con aquellos dos truhanes. Lo importante en aquellos momentos era intentar sacar de la isla a su familia. Y estaba segura de que iba lograrlo. Por algo le habían puesto de nombre Agustina, como la de Aragón.

Animada por aquellos pensamientos, buscó un par de cabos, ató a los caídos de pies y manos y los arrastró hasta la base del palo mayor.

Cuando se dirigía hacia el puesto de mando del velero, tropezó con el fusil. Lo cogió del suelo y lo miró como quien mira un objeto extraño. Tras unos segundos de duda, se acercó a la borda y lo arrojó al mar. Luego corrió por la cubierta para tomar la rueda del timón y maniobró para que las velas tomaran el viento.

Después de comprobar el rumbo, viró ciento ochenta grados. El barco efectuó un cabeceo leve y comenzó a navegar, obediente, en la dirección opuesta. El viento venía racheado, de popa. Eso le aseguraba una velocidad de crucero considerable. Estaba segura de que en menos de una hora avistaría de nuevo la isla.

Sin embargo, al cabo de unos minutos, el viento decayó casi por completo y tan sólo soplaba una leve brisa. Tina maniobraba con desesperación para mantener las velas tensas sin tener que poner en marcha el motor, pues temía despertar a los piratas. Finalmente, y en vista de que el barco casi no avanzaba, apretó el botón de encendido y cerró los ojos. El motor emitió un sonido ronco, soltó una pequeña humareda por el escape y comenzó a funcionar cadenciosamente.

Tina observó a Chua y al pirata. Ni siquiera se habían movido. Después de acelerar a tope, una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro. Con la cantidad de pastillas que había administrado a uno y con el trancazo que había propinado en la cabeza del otro, seguro que tardarían en despertar.

La emoción la embargó por completo cuando una hora más tarde la luna dibujaba la silueta de la isla. Allí, en la lejanía, estaban sus padres y su hermano. Y ella los iba a rescatar. No sabía cómo, pero lo iba a conseguir.

Calculó que la entrada de la isla estaba a poniente, así que giró la rueda del timón y puso proa al Este. Había decidido entrar por el lado opuesto para atravesar la selva y sacar a su familia por allí.

Bastante antes de llegar, redujo la velocidad. Por encima de todo, tenía que estar atenta al arrecife para no adentrarse en él. Sabía que si lo hacía ya no podría salir. Y era muy difícil conocer con exactitud dónde se hallaba el límite de la barrera.

Tina encendió la sonda del cuadro de mando. La pantalla parpadeó y se iluminó. En la pequeña pantalla apareció un gráfico que indicaba el perfil del fondo y una cifra: 25.

—Veinticinco metros —murmuró y tiró un poco de la palanca de aceleración para reducir la velocidad del barco.

Cuando calculó que estaba llegando al otro lado de la isla, se aproximó a tierra con mucho sigilo.

La sonda seguía marcando la profundidad: veintidós, veinte, dieciocho... Por fin apareció en la pantalla el número quince. Detuvo el barco y se acercó a la banda de babor. Desde allí podía distinguir la costa escarpada y algún que otro escollo de coral que sobresalía del agua. Era imposible franquear por allí. Aunque pudiera llegar con la zódiac hasta los acantilados, no veía ninguna posibilidad de escalarlos y, ni mucho menos, de poder bajar a su padre herido por aquellas rocas cortantes.

Con un pellizco en el estómago, giró el timón del *Galloper* y comenzó a navegar en paralelo a la costa sin perder de vista la profundidad marcada por la sonda. Algo más allá, la altura de los acantilados descendía hasta alcanzar unos pocos metros. No había ninguna playa, pero calculó que podría salvar el desnivel con facilidad.

Llena de alegría, paró el motor. Un silencio sobrecogedor cayó de golpe sobre el *Galloper*, como si una burbuja enorme lo hubiera aislado del resto del mundo. Tina se estremeció, pero se repuso enseguida. Corrió por la cubierta sujetándose en los obenques y pasó por encima de los dos piratas. Después de liberar la driza de la botavara, para que la vela mayor quedara suelta, arrió el foque y se dirigió hacia la proa, quitó con presteza la mordaza del ancla y ésta cayó al mar levantando una gran columna de agua. Luego, el molinete comenzó a soltar la cadena con un ruido ensordecedor hasta que se detuvo pocos segundos más tarde. Dejó que salieran unos metros más de cadena y la fijó a la proa con un pasador. El ancla garreó un poco hasta que, al fin, se enganchó en el fondo. El *Galloper* inició un balanceo suave y se colocó de proa al viento.

Corría una brisa suave. El silencio que reinaba a su alrededor quedaba únicamente turbado por el chapoteo del agua contra los costados del barco.

De nuevo se sintió invadida por el pánico. Las sombras..., la quietud reinante..., el manto de estrellas que parecía querer aplastarle la cabeza..., la silueta siniestra de la isla... Los músculos se negaban a obedecer las órdenes de su cerebro. Comenzó a sollozar. Pero el llanto consiguió liberarle de la tensión.

—Estás tonta, estás tonta —se recriminó a sí misma y echó a andar por la cubierta con los puños cerrados y la cabeza adelantada.

Al llegar a la popa, quitó los anclajes de la zódiac, la deslizó con la ayuda de las poleas y la echó al mar. Antes de abandonar el *Galloper*, sacó de un tambucho un cabo de nailon de unos diez metros y lo lanzó dentro del bote salvavidas.

—Lanas, vigila que esos dos no se muevan, ¿eh? Volveré lo antes posible —susurró al perro y saltó a la zódiac.

El animal soltó un par de ladridos, inquieto.

—¡Calla, no ladres! —le regañó.

Después de encastrar los remos en las chumaceras, se alejó del *Galloper* remando en la frágil embarcación auxiliar.

Capítulo doce

Lanas había apoyado las patas delanteras sobre la borda y asomaba la cabecita para despedirla con gemidos tristes. Tina continuó hablándole a la par que remaba en dirección a la costa, hasta que la distancia difuminó la figura del perro y sólo se veía la silueta del velero.

De repente fue consciente de su soledad y del silencio que la rodeaba.

Volvió el miedo.

Únicamente se oía el chapoteo leve que producían los remos y el rumor adormecedor de las pequeñas olas que batían contra los acantilados.

Detuvo el movimiento de los brazos y miró al cielo: la noche era hermosa. Miríadas de estrellas cercaban una luna enorme que iluminaba el mar vistiéndolo de un color azulón y lechoso. El *Galloper*, fondeado en medio de la inmensidad, se mecía flameando la vela mayor con la misma solemnidad que si hubiese sido el dueño y señor de aquellos mares.

Sin embargo, la hermosura y la paz que envolvían a Tina sólo sirvieron para que su miedo aumentase de forma paulatina hasta convertirse en un terror que casi le impedía respirar. Sus piernas eran presas de un temblor incontrolable y comenzó a remar con brío girando la cabeza a izquierda y derecha, como si temiera que de un momento a otro fuera a salir de la negrura del mar un pez enorme para devorarla.

—¡Dios mío, ayúdame! —gritó para darse fuerzas, y dejó los remos colgando de las chumaceras.

Luego se inclinó sobre la borda y se echó agua en la cara.

Tenía que vencer el pánico o no alcanzaría la costa. Era consciente de que aún no había llegado lo peor y, si ahora se dejaba amilanar, luego no sería capaz de dar un paso.

—Vamos allá —se dijo y comenzó a bogar otra vez.

Para alejar el miedo, intentó distraerse rememorando otras noches como aquella: cuando navegaba feliz junto a su familia en aquel barco al que ahora

esperaba poder regresar con impaciencia. Si quedaba alguna esperanza para sus padres, esa esperanza era ella. Entonces sintió la necesidad imperiosa de rezar, igual que cuando había visto desaparecer la camilla que transportaba a su abuelo tras las puertas del quirófano para que lo operaran.

El coral rozó el fondo de fibra de la pequeña zódiac con un sonido tan desagradable como el producido por unas uñas que raspan el encerado de una pizarra. Tina contuvo la respiración. El susto le sobrecogió el ánimo, ya de por sí bastante deteriorado, y dejó de remar al instante. Ni siquiera se había dado cuenta de que se encontraba sumida en el laberinto de rocas. Las miró con pavor. El menor roce podría cortar la goma lateral de la embarcación y hundirla. Entonces ya no habría solución, ni para ella ni para su familia.

Tomó los remos de nuevo. Pero esta vez se sentó mirando al frente y comenzó a remar hacia delante, como había visto hacer a los pescadores para echar las redes. Convencida de que tenía que seguir adelante con su plan, pues no le quedaba otra solución, poco a poco fue adentrándose entre picos puntiagudos.

El silencio seguía siendo aplastante.

De vez en cuando, alguna ola pequeña levantaba la liviana embarcación y la lanzaba contra el arrecife de coral. Tina apretaba los dientes y bogaba hacia atrás con todas sus fuerzas para evitar el choque. Algunas veces incluso se tumbaba sobre la borda y utilizaba las manos para evitar que la goma rozase las rocas cortantes. Tampoco podía navegar perpendicularmente a la costa. Cuando conseguía encontrar un claro entre aquel mar sembrado de escollos, sólo era capaz de planear un itinerario imaginario que luego podía seguir a duras penas.

Al cabo de un buen rato pudo comprobar, jadeante, que había atravesado aquel cordón de muerte. El miedo y el esfuerzo la habían empapado en sudor y temblaba de pies a cabeza. Abandonó los remos encastrados en las chumaceras y trató de recuperar el aliento. Tenía las manos llenas de cortes, los músculos de los brazos le ardían y sentía un fuerte dolor en la espalda.

Un poco más tarde, remó hasta que encontró un lugar adecuado para desembarcar. Se trataba de una playa pequeña de cantos rodados y una pared con una pendiente no muy acusada y de pocos metros de altura. Tina dejó que una ola arrastrara la embarcación hacia la playa y saltó a tierra en cuanto la proa encalló. Luego esperó una segunda ola y tiró con fuerza de la zódiac hasta dejarla en seco.

La noche seguía iluminada por una luna que sacaba brillo a las piedras húmedas de la playa. La joven se detuvo a contemplar el laberinto de corales durante unos instantes. Estaba convencida de que alguien desde el cielo había escuchado sus plegarias y le había echado una mano para que consiguiera atravesar indemne aquel laberinto de rocas.

Al volverse y contemplar el farallón, regresó el miedo. Y no por tener que subir entre las piedras sombrías, sino por la soledad, la incertidumbre y el desasosiego que le producía aquella historia que le había tocado vivir y que parecía sacada de una novela de terror.

—Ayúdame, abuelo, no me dejes. Sé que estás ahí, no me dejes — murmuró.

A continuación sacó el cabo de nailon de la zódiac, se lo colocó a modo de bandolera y se encaramó a las primeras rocas.

Las piedras estaban resbaladizas, pero, afortunadamente, la luz de la luna iluminaba la pared con una claridad lechosa que le permitiría ver dónde agarrarse.

Comenzó a subir con precaución, tratando de afianzar los pies en las fisuras. Cuando llevaba un buen trecho, miró hacia abajo y tragó saliva. Sólo había recorrido unos pocos metros y la altura no era mucha, pero cualquier resbalón podía significar la muerte. O lo que era todavía peor: la rotura de algún hueso.

En un hueco situado frente a su cara se produjo un chasquido continuado y al cabo de unos segundos desapareció. Guardó silencio y prestó atención. Nada: el leve murmullo de las olas y el susurro suave de la brisa. Pensó que aquel sonido había sido producido por su imaginación y levantó el brazo para asirse a una piedra que había sobre su cabeza. Cuando estaba a punto de alcanzarla, oyó otra vez el ruido y bajó el brazo rápidamente. Ya no había duda, el sonido provenía de la pared. Una imagen acudió a su mente y permaneció quieta como una estatua. ¡Ratas! La respiración se volvió dificultosa. Era lo peor que podía pasarle. Las odiaba hasta el punto de producirle náuseas con sólo pensar en ellas. Sabía que frecuentaban los malecones de los puertos en busca de pescado podrido, pero nunca imaginó que las encontraría en lo alto de un acantilado. Tal vez buscaban huevos de gaviotas o crustáceos o...

Ahora ya no respiraba.

Con mucho esfuerzo, consiguió desencallar los músculos y levantó lentamente el brazo tratando de hacer el menor ruido posible. En el preciso instante en que su mano tocaba la piedra donde pensaba agarrarse, una

cabecita blanca asomó por una grieta situada justo a un palmo de su cara. Tina la contempló aterrorizada. Al cabo de un instante vio que salía un cuerpo, y otro, y otro... Se formó un enorme revoleteo a su alrededor. Rápidamente bajó el brazo y se aferró a las rocas con los ojos cerrados, profiriendo gritos. Las gaviotas, espantadas, entrechocaban unas con otras golpeándole el cuerpo y la cabeza con las alas.

El cielo y la noche se llenaron de graznidos estridentes. Creyó que no soportaría más aquella locura y que caería irremisiblemente al vacío, pero, en un soplo de lucidez, se pegó a las rocas como una lapa y esperó hasta que los graznidos se fueron alejando y el rumor de las olas y el susurro del viento volvieron para adueñarse del silencio.

Comenzó a llorar desconsoladamente. Poco después, comprobó horrorizada que no era capaz de mover ni un solo músculo. Presa de un ataque de pánico incontrolable, pensó que finalmente le fallarían las fuerzas y que se estrellaría contra las rocas.

—Tal vez sea lo mejor —se dijo y separó la cara de la pared.

Antes de dejarse llevar por lo que le pedía su cerebro, levantó los ojos al cielo y luego desvió la vista hacia el mar. Allí estaba el *Galloper*, meciéndose al compás de la brisa suave bajo la mirada atenta de la luna. Tina giró la cabeza y miró hacia arriba. Tan sólo faltaban unos pocos metros para llegar a la cima.

—Tengo que seguir, tengo que seguir. ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Maldita sea!

Sus propios gritos le hicieron recobrar un poco la serenidad. Tenía que trepar y continuar. De ella dependían demasiadas cosas como para que se quedara allí pasmada y asustada por el alboroto de unos cuantos pájaros. Respiró profundamente, se sorbió los mocos y levantó un brazo. La mano alcanzó la piedra. Afianzando bien las piernas, elevó el cuerpo y avanzó medio metro. Eso la animó.

—Voy a conseguirlo, voy a conseguirlo..., tengo que conseguirlo —murmuraba apretando los dientes y apoyando las manos en las rocas.

Un rato más tarde, jadeante, lograba llegar a la cima. Su cuerpo y su mente estaban al límite. Después de dar unos pasos, se dejó caer pesadamente en el suelo y apoyó la espalda contra una piedra. Le dolían las manos, los brazos y las piernas, y un zumbido punzante le martilleaba la cabeza. Había conseguido subir aquella maldita roca, pero todavía le quedaba un buen trecho por delante.

Desde allí, el *Galloper* se asemejaba a un barquito velero en medio de una bañera. De nuevo fue consciente del silencio que la rodeaba, un silencio que únicamente rompía el tono monocorde de las olas. El viento había caído totalmente. Sintió calor y echó el cuerpo hacia delante para soltar el cabo que llevaba colgado y poder desabrocharse el anorak. Mientras lo hacía, se preguntó si sus padres y Roni estarían muertos ya, si merecía la pena seguir adelante, si no sería mejor volver al barco y tratar de llegar a algún puerto para que las autoridades se hicieran cargo del caso. Quizá lo mejor era que sus padres y su hermanito tuvieran un entierro digno, porque si ella moría también, todos acabarían en aquella isla maldita y nadie sabría jamás de ellos.

Tina dejó caer de nuevo la espalda sobre la piedra y cerró los ojos. Al instante, con los ojos de la imaginación distinguió una sonrisa conocida: era la sonrisa de un viejo marinero. En aquel momento necesitaba esa sonrisa más que nunca. Tal vez fuera lo que la estaba impulsando a seguir adelante y a llevar a cabo aquella proeza agotadora.

Ella también sonrió.

Capítulo trece

Antes de incorporarse, miró al cielo preguntándose cuánto faltaría para el amanecer. Orion estaba alta; eso quería decir que todavía tenía varias horas por delante.

—Venga, sigamos —se dijo—. Total, qué más da morir aquí que en Santiago de Calatrava.

Al apoyar la mano sobre una piedra para incorporarse, sintió un dolor agudo. Vislumbró sus manos a la luz de la luna. Estaban despellejadas, llenas de cortes y ensangrentadas. Se las sopló y cogió el cabo del suelo. Casi no podía doblar los dedos. Sin embargo, consiguió, a duras penas, pasar un extremo alrededor de un peñasco y cerrarlo con un as de guía. A continuación, lanzó el resto de la cuerda por el acantilado, se asomó para comprobar que había llegado abajo y echó a andar sacudiendo las manos en el aire. Después de caminar unos pasos, observó que no había signo alguno de vegetación por los alrededores. Hasta donde alcanzaba la vista, sólo había enormes rocas redondas, brillantes y parduscas que parecían estar amontonadas a lo largo de la costa para impedirle el paso. Sin permitirse el desánimo de nuevo, echó a andar pensando que, forzosamente, al otro lado de las rocas debía de estar la selva. Un poco más adelante, descubrió un sendero empinado y sinuoso que serpeaba entre los peñascos. Antes de adentrarse en él, pensó en las ratas, pero acto seguido recordó que lo que la había asustado en los acantilados no habían sido ratas, sino gaviotas. Pese a todo, pisaba con precaución, atenta a cualquier ruido extraño.

Por fin, al otro lado, avistó los primeros matorrales y echó a correr, saltando entre las piedras, llena de regocijo. Simplemente quedaba cruzar la selva. Al otro lado de los árboles estaban sus padres y Roni. ¿Cuánto tardaría en cruzar? Si, como había calculado, medía un kilómetro de largo, le bastaría con una hora o quizá menos. Con suerte, alguna senda o un camino uniría la

parte norte con la sur. En ese caso, quince minutos serían más que suficientes. Antes del amanecer estarían lejos de la costa.

Pero la alegría le duró poco. Al llegar junto a los árboles se dio cuenta de la imposibilidad de llevar adelante su plan. Si le había resultado difícil atravesar el atolón y subir por el farallón de rocas, más difícil aún le iba a resultar atravesar aquel bloque impenetrable de selva.

Ante ella se levantaba una masa compacta formada por grandes árboles, palmeras y heléchos que, entretejidos por unas enredaderas cargadas de púas, la convertían en un muro infranqueable.

Permaneció unos segundos contemplando la pared verdosa. Con el ánimo por los suelos, se acercó hasta el borde y trató de adentrarse unos metros, pero le bastaron unos pasos y varios arañazos en los brazos para convencerse de que era imposible.

Llena de rabia e impotencia, regresó al punto de partida. De nada habían servido sus esfuerzos. Y una pregunta le taladraba la mente: ¿qué hacer ahora?

Desde el interior de la selva llegaban gritos que le parecieron de monos y el ulular inquietante de un búho. Pero también oyó algo más familiar y más tranquilizador: el rumor de un riachuelo. Echó a andar de nuevo siguiendo el lindero de la selva sin dejar de concentrar la atención en el murmullo. Si había un riachuelo, éste debía verter sus aguas al mar y tarde o temprano se encontraría con él.

Efectivamente el rumor fue creciendo hasta que llegó al borde de un arroyo cristalino que se abría paso entre la vegetación y corría, contoneándose presuroso, hacia los acantilados. Tina se arrodilló y sumergió las manos en el agua. Estaba helada. El frescor le alivió el dolor y le hizo recordar los acontecimientos: los piratas, el cordón de coral, el acantilado... Estaba convencida de que nadie la iba a creer. Y ella, ¿se lo creía? A lo mejor todo aquello no era más que producto de su imaginación. Alzó la vista al cielo y sacó las manos del agua. Las heridas se habían limpiado. Ahora sólo quedaban algunas líneas oscuras que le escocían endiabladamente, pero por suerte ya podía mover los dedos.

—Me lo creo, me lo creo —se dijo al tiempo que sacudía las manos, aunque lo mejor era no pensar en ello, pues de hacerlo echaría a correr y no pararía hasta Singapur.

Se agachó de nuevo y se refrescó la cara. Su ánimo recobró la fortaleza. Sin pensarlo más, metió los pies en el agua y comenzó a caminar.

El cauce del riachuelo le permitió adentrarse en la vegetación compacta sin demasiadas dificultades. Después de andar unos metros, examinó los alrededores y luego dirigió la vista hacia arriba. Estaba rodeada de enormes troncos que unían sus ramas más altas formando una bóveda tupida. A través de los claros de vegetación se filtraba una luz plateada y difusa que convertía las sombras del interior en extraños seres en movimiento. No muy lejos de allí se oían gritos, chillidos y el incansable ulular del búho. Tina estaba acostumbrada a navegar de noche y a afrontar situaciones difíciles, como cuando su abuelo había enfermado mientras efectuaban la travesía entre Cádiz y las Islas Canarias y había tenido que navegar sola durante tres días en medio de una tormenta. Pero la situación que ahora estaba viviendo la sobrepasaba.

Se acordó de una frase del abuelo: «Los fantasmas, todos ellos, si les quitas las sábanas, desaparecen».

—En realidad no hay nada que temer —se dijo con coraje—. Los chillidos son de monos y el búho es un animalito indefenso con los ojos muy grandes.

¡Ratas! La palabra flotó de nuevo en su mente y la dejó casi sin respiración. ¡Cómo odiaba aquellos dichosos animalejos!

Tomó aire y continuó chapoteando por el riachuelo, aunque ni el aire ni sus monólogos habían servido para desatar el nudo que llevaba en las tripas. Conforme se iba adentrando en la selva, una serie de sonidos nuevos la iba envolviendo, constriñéndole el corazón: el revoloteo de algún pájaro asustado que levantaba el vuelo a su paso, el roce de las ramas movidas por el viento, el sonido susurrante del arroyo, sus propias pisadas aplastando las piedras del fondo...

Un poco más adelante, observó que una senda se adentraba en la selva. Tal vez la usaran los animales para acercarse a beber al arroyo. O a lo mejor era el camino que la llevaría al poblado. Sin dudarlo, sacó los pies del agua helada y continuó por el sendero.

Después de dejar el riachuelo, la marcha se hizo más lenta y penosa. Sus pies tropezaban continuamente con retorcidas raíces y, durante largos trechos, tuvo que caminar agachada para evitar que la cabeza se le enredase con las ramas bajas de los árboles. Al cabo de un rato que le resultó eterno, vislumbró a lo lejos algo que le pareció un claro en la selva.

Movida por un presentimiento extraño, se detuvo y aguzó el oído. No se oía nada que no fuese el murmullo del riachuelo ya lejano. Sin embargo, se dio cuenta de que el silencio sobrecogedor anunciaba que algo no iba del todo bien. Era como si los árboles y los animales del entorno se hubiesen vuelto de

piedra. No se movía nada. El búho había dejado de ulular y los monos ya no chillaban.

Con la sangre helada en las venas y el corazón a punto de salirse por la boca, inclinó el cuerpo hacia delante y echó de nuevo a andar. Su inquietud crecía conforme avanzaba. Pisaba con tanto cuidado que parecía levitar. Antes de llegar al claro, se paró de nuevo para escudriñar. Entonces lo vio: era un cervatillo paciéndose tranquilamente.

Tina suspiró profundamente y se llevó la mano al pecho intentando tranquilizar su acelerado corazón.

De repente, oyó que una rama crujía a su espalda.

Casi de inmediato, una mano le atenazó la boca con tanta fuerza que apenas podía respirar. Las piernas le flaquearon y un brazo firme le rodeó la cintura. Notó el cuerpo húmedo de su agresor pegado a la espalda. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para ladear un poco la cabeza y distinguir el perfil de un rostro muy pegado al suyo. Un rostro conocido...

¡Chua!

—Shhh —le siseó suavemente el muchacho al oído, y estiró el brazo hacia el claro del bosque.

Tina ladeó la cabeza y siguió con la mirada la dirección que señalaba el brazo extendido de Chua. Al principio no vio nada, pero al poco distinguió la silueta de otro animal oculto entre la maleza. Estaba al acecho, inmóvil, agazapado en el suelo. Sus ojos relucían en la oscuridad como dos joyas. El cervatillo, presintiendo el peligro, levantó la cabeza y comenzó a mover las orejas, nervioso. En ese preciso instante, una mole a rayas emergió de entre las ramas dando un salto formidable y cayó sobre él.

Tina se quedó petrificada. Notó que Chua aflojaba la presión y retiraba lentamente la mano de su boca.

Chua se llevó el dedo índice a los labios para imponerle silencio, a pesar de que Tina no necesitaba esa imposición: estaba totalmente paralizada. Sus músculos se hallaban agarrotados por el pánico. Incluso la facultad de pensar la había abandonado, como si se le hubiese petrificado el sistema nervioso.

Él la tomó de la mano y tiró despacio de ella sin perder de vista al tigre. Caminaron así un buen trecho: Chua tirando de Tina y ella siguiéndole como un autómata.

De pronto, el tigre debió de notar su presencia, porque soltó un rugido estremecedor.

—¡Corre! —gritó Chua, y echó a correr por el sendero, dando brazadas para apartar las ramas que le entorpecían el paso.

El rugido resultó ser el antídoto contra el pánico que la paralizaba. Tina salió disparada tras el muchacho, sin volver la vista atrás. En un tramo menos angosto, incluso lo adelantó. Ahora ya no había selva ni árboles ni ramas que le impidiesen seguir corriendo. Oía el galopar acompasado del tigre a sus espaldas. De un momento a otro se abalanzaría sobre ellos y les desgarraría la piel con sus garras afiladas. Imaginó el aliento del animal en la nuca un segundo antes de clavarle los colmillos y se encogió de hombros sin dejar de saltar y brincar sobre las raíces del suelo. Aunque, pensó, seguramente antes se comería al pirata, que corría tras ella. A lo mejor tenía tiempo de llegar hasta la cuerda que había dejado colgando del acantilado.

Y por cierto, ¿cómo demonios había llegado Chua hasta allí?

Capítulo catorce

Oyó unos gritos lejanos:

—¡Espera, espera, no corraas!

Fue cuando se percató de que había dejado los árboles atrás y de que seguía el curso del riachuelo en dirección al mar.

—No corras, ya no hay peligro —repitió la voz. Pero Tina seguía saltando entre las piedras como si la persiguiera el mismísimo diablo. Al llegar al precipicio, se vio obligada a detenerse y comenzó a resoplar estrepitosamente.

—El cabo, ¿hacia dónde demonios está el cabo? —se preguntaba mirando a un lado y a otro con los nervios a flor de piel.

Cuando iba a echar a correr de nuevo, siguiendo la costa, Chua llegó a su lado, congestionado también por la carrera, y le puso la mano en el hombro. Ella le miró con los ojos muy abiertos y se echó a un lado.

—El... tigre, el... tigre... —tartamudeó, y levantaba el brazo para señalar la arboleda.

—No te preocupes —respondió Chua con dificultad—, *hariman*^[3] ya tiene lo que buscaba.

—¿Cómo? —preguntó recorriendo varias veces con la vista el lindero de la selva.

—El tigre buscaba comida y ya la ha encontrado. Si no le molestamos, no nos atacará.

Tina se quedó quieta, como hipnotizada, durante un buen rato. Luego, se inclinó y se apoyó sobre las rodillas tratando de no ahogarse en su propio resuello. Ni siquiera le dolían los cortes de las manos, pero las piernas le temblaban. Para minimizar los temblores se agachó junto al riachuelo y se echó agua en la cara. A continuación bebió colocando las manos en forma de cuenco y se incorporó lamiéndose el labio superior.

Chua la miraba sin pestañear. Ella le dio la espalda, anduvo unos pasos sin perder de vista la arboleda y se detuvo. No sabía qué decir ni adonde ir. El

viento se había levantado otra vez y le refrescaba la cara con pequeñas ráfagas. Allí abajo, en medio del mar, distinguió el velero. Al otro lado de la selva estaban sus padres y Roni. Mil preguntas acudieron a su mente. ¿Cómo había conseguido librarse de las ataduras el hijo del pirata? ¿Por qué no le acompañaba su compinche? ¿Cómo había llegado hasta allí? Aunque eso último resultaba fácil de adivinar, pues el pelo le chorreaba y tenía los brazos y las piernas llenas de arañazos y cortes. Seguramente no le había resultado fácil atravesar a nado el atolón.

De todas formas, ¿qué más daba? Todo estaba perdido. Ya no había escapatoria. Volvió a mirarse los cortes de las manos y pensó que no había servido de nada tanto esfuerzo.

Tina se giró y se enfrentó a su oponente en silencio. Él estaba a unos metros con los brazos caídos y el pecho agitado, respirando fuerte. Y seguía observándola con descaro, sin pestañear. Se sintió intimidada, pero permaneció con la cara levantada. Entonces se percató de que Chua llevaba una pequeña daga al cinto y soltó lo primero que le pasó por la cabeza:

—¿Me vas a matar?

Él la miró sorprendido.

—¿Yo? No —respondió, como si no comprendiera muy bien por qué había hecho la pregunta.

—Es lo mismo. Ahora me llevarás ante tu padre; él lo hará.

Chua apartó por primera vez la vista de ella y dirigió la mirada hacia la selva. Cuando volvió la cabeza tenía el entrecejo fruncido.

—¿Te... te refieres a Razak? —preguntó como quien trata de averiguar un acertijo.

—Claro, ¿a quién si no?

Chua se sentó sobre una piedra.

—Él no es mi padre —musitó tras un silencio.

A Tina se le congeló un gesto de sorpresa en la cara. El estómago se le vino a la boca y notó que todo le daba vueltas. Cuando consiguió reponerse, dio unos pasos vacilantes y se situó frente a él.

—Pero... pero..., entonces, tú, tú... ¿no eres uno de ellos? ¿Tú no eres un pirata?

—No.

El asombro la paralizó de nuevo. Se vio a sí misma golpeándole la sien con la punta del tangón y experimentó una especie de desgarramiento interior espantoso, como una punzada de dolor en el estómago. Comenzó a retorcerse las manos con desesperación tratando de asimilar el error que hubiera

cometido al matarle y caminó despacio hasta el borde del acantilado. A lo lejos, el mar se unía con el cielo en el horizonte formando una sola inmensidad oscura y silenciosa. Después de un buen rato se giró. Chua levantó la mirada y compuso un gesto triste.

—Mi familia descende de los *dayaks* procedentes de Sarawak —explicó en tono sereno—. Hace un par de años hubo un naufragio frente a Pulau Karang. Mi padre y otros vecinos ayudaron a los hombres que formaban la tripulación a arreglar el barco y los alimentaron durante el tiempo que duró la reparación, igual que habían hecho en otras ocasiones. Sin embargo, cuando todo estuvo a punto, en vez de agradecérselo, sacaron las armas y nos convirtieron en sus esclavos. Unos días más tarde hundieron nuestros *sampangs*^[4], arrancaron parte de nuestra cosecha de arroz y nos obligaron a cultivar opio.

Tina recordó que junto a los campos de arroz había visto otro cultivo distinto cercado de cañas.

—Hasta la primera recolección —continuó Chua—, se dedicaron a salir de «caza», como ellos lo llamaban. Volvían cargados de objetos producto de sus pillerías y obligaron a algunos hombres de la aldea a acompañarlos en esas excursiones. Muchos de ellos nunca volvieron...

Mientras hablaba, ella le observaba con atención. Su mirada se había vuelto huidiza y sus gestos estaban cargados de tristeza. Le vio agacharse y garabatear algo con el dedo sobre la tierra que había junto a sus pies. Un poco más tarde, removi6 la tierra con la mano para borrar lo que había dibujado y levantó la cabeza. Esta vez la miró fijamente antes de hablar.

—Mi padre fue uno de ellos —musitó casi sin voz.

Tina percibió la ternura de aquella mirada cálida y una extraña ansiedad la embargó, la misma que sentía cuando despertaba después de un sueño y trataba de retener las imágenes y sensaciones que había experimentado mientras dormía.

Se acercó despacio, le tomó las manos y susurró en un tono que más bien parecía dirigido a ella misma:

—Yo..., yo... lo... lo siento. Lo siento mucho...

Durante un buen rato, ambos se dejaron arropar por un silencio que parecía ser cómplice de aquel momento. Luego ella se incorporó e inspiró profundamente. Tenía necesidad de decir algo, de agradecer a aquel hombre todo lo que estaba haciendo, pero le costaba hablar, como si la culpabilidad que aún persistía le impidiese articular palabra. Finalmente, consiguió desencallar el mutismo:

—Tu... tu nombre es Chua, ¿no?

El chico movió la cabeza afirmativamente.

—Yo me llamo Tina.

Hubo otra pausa, hasta que tomó de nuevo la palabra dulcificando el tono de voz:

—Gracias por salvarme la vida.

Chua volvió a asentir.

—Y por curar a mi padre. De no haber sido por...

—Yo no lo hice —la interrumpió—, fue Tuanku. Conoce muchas plantas medicinales. Me está enseñando sus secretos y cómo utilizarlas para curar.

—¿Fue él quien te enseñó a hablar inglés tan bien?

—No, me enseñó mi madre. Ella era maestra en Sarawak.

Chua dejó transcurrir un tiempo y luego retomó la conversación:

—Una vez al año, en primavera, los hombres del poblado navegaban hasta Sarawak para intercambiar productos agrícolas y salazones por herramientas y utensilios. En uno de esos viajes mi padre conoció a mi madre y la tomó por esposa. Cuando llegó a Pulau Karang, ella fundó una escuela y se dedicó a impartir clases a los niños y a los adultos que querían asistir.

Chua no podía ocultar la emoción en el tono de sus palabras. Tina se acuclilló a su lado.

—¿Tu madre es la mujer que estaba al lado del jefe?

—Sí. Ahora es su mujer. La obligó. Creo que mató a mi padre por eso, para casarse con ella. Cada pirata ha tomado a una mujer del poblado, las obligan a cohabitar con ellos y a servirlos.

—Ese hombre no parece malayo —repuso Tina.

—Es mestizo —contestó Chua—. Su padre era irlandés y su madre malaya. Según cuentan sus hombres, era oficial de la armada británica. Un día tuvo una pelea con un sargento y lo mató con sus propias manos. Luego desertó. Es muy peligroso. Todos ellos lo son. La mayoría son criminales escapados de la justicia.

El muchacho giró un poco la cabeza para evitar la mirada directa de Tina. Ella se inclinó ligeramente hacia él, apoyó la mano en su antebrazo y lo palmeó un par de veces. Después de dejar transcurrir un tiempo volvió a preguntar:

—¿Cuántos forman la banda?

—Quince.

—Pero vosotros sois muchos más...

Chua la contempló un rato como queriendo asimilar lo que ella insinuaba.

—Nosotros somos pescadores y campesinos y no estamos acostumbrado a la violencia. Ni siquiera tenemos armas.

Tina se giró y miró hacia el mar. El *Galloper* seguía allí, a lo lejos, meciéndose suavemente, como si fuera el rey de aquellos parajes solitarios. Eso la hizo acordarse del pirata que seguía a bordo. Si Chua había logrado desatarse, también podría hacerlo el otro. Al volverse, Chua estaba a su lado y explicó como si le hubiese adivinado los pensamientos:

—Le he atado al palo mayor. No te preocupes.

Sus miradas volvieron a encontrarse durante unos instantes, los suficientes para que Tina pudiera evocar la barbaridad que había estado a punto de cometer. Chua la había salvado del fuego y del tigre. Sin embargo, ella había estado a punto de matarle. Ahora sabía que nunca podría olvidar aquellos ojos a los que tanto debía. Notó que la inquietud volvía a nacer en su pecho y se apartó unos pasos.

—Tienes que ayudarme a rescatar a mis padres —le pidió mirando hacia la selva—. Seguro que conoces algún camino que nos lleve hasta la parte trasera del poblado...

Chua volvió junto a ella.

—Es imposible atravesar la selva. Los hombres que se dedican a la caza no se han atrevido nunca a hacerlo. Hay varios tigres como el que acabamos de ver, el suelo está infestado de serpientes venenosas y, además, existe un pantano de arenas movedizas, difícil de atravesar, un poco antes de llegar al poblado.

La respuesta del muchacho la dejó anonadada. De nuevo le idea de que todos los esfuerzos realizados y el riesgo que había corrido no habían servido de nada le dieron ganas de llorar, pero tragó saliva, cruzó los brazos sobre el pecho y se preguntó casi sin voz:

—¿Y ahora qué?

Se produjo un prolongado silencio hasta que la voz de Chua lo rompió:

—Tenemos que volver al barco y entregar la droga.

Tina se giró rápidamente, alarmada por lo que acaba de oír.

—Pero..., pero matarán a mis padres —balbuceó.

—No, no lo harán. Mientras seas útil a sus propósitos, los mantendrán con vida. Por eso debemos volver al barco antes de que sea demasiado tarde.

Capítulo quince

La noche seguía en calma. Las estrellas titilaban y vestían de colores pálidos el mundo.

Chua remaba sorteando los escollos con la misma facilidad con que se hubiera deslizado por un tobogán. Tina, sentada en el lado opuesto de la pequeña embarcación, repasaba los acontecimientos.

Le parecía una historia propia de un folletín. ¿Quién se la iba a creer? ¿Quién iba a creer que había sido raptada por unos piratas en pleno siglo XXI y que ella solita había conseguido reducir a dos de ellos? Bueno, en realidad a uno solo, ya que el que tenía delante no era pirata. Y, además, era muy guapo, comparado con los chicos que había conocido hasta ahora. Y para colmo, la había salvado de quemarse viva y de las garras de un tigre. Increíble a más no poder, y al pensarlo sonrió. De súbito, la imagen de sus padres y de su hermano, encerrados en el gallinero, la alcanzó como una ráfaga de aire frío y apagó su sonrisa.

De todas formas, tal como estaban las cosas, dedujo que no iba a poder contarle a nadie lo ocurrido. Tampoco tenía a casi nadie a quien contárselo; la mayoría de sus seres queridos había muerto. Le quedaban dos tías, hermanas de su padre, en Valencia, y su tío José, hermano de su madre, en Madrid. Pero con tanto desplazamiento por el mundo apenas si se relacionaban con ellos. Centró de nuevo la atención en Chua. Ella también se sentía desamparada, huérfana... Casi con toda seguridad acabaría siendo una esclava, como él.

Antes de llegar al velero oyó los ladridos de Lanás. El animal seguía en el barco, asomado a la borda, como si hubiese permanecido en la misma posición desde que se marchó. Nada más poner los pies en cubierta, el perro comenzó a dar saltos alrededor de ella. Tina se agachó, lo cogió entre sus brazos y lo achuchó. El animal le llenó la cara de lametones, gimiendo y temblando como un flan.

—Ya vale, ya vale —protestó Tina retirando la cara—. ¿Qué pensabas, que no iba a volver? ¿Eh?

Después de dejar al perro en el suelo se dirigió hacia Chua, que estaba izando la embarcación auxiliar.

—Debemos damos prisa —dijo el muchacho, con la voz un poco alterada, entre tanto colocaba la zódiac en la popa del velero y la aseguraba con los anclajes—. Hay que recuperar el tiempo perdido. Arranca el motor.

Tina se dirigió corriendo hacia el puente de mando seguida por Lanás. Una vez allí, arrancó el motor y puso en marcha el molinete para subir el ancla.

—Pon proa al Sur —ordenó Chua.

Al seguirle con la mirada, Tina se percató de que el pirata continuaba atado al palo mayor con las manos a la espalda y la cabeza caída sobre el hombro derecho. Posiblemente aún duraban los efectos de las pastillas que le había suministrado. Entonces recordó que los había atado a ambos con las manos hacia delante. Seguramente eso había facilitado que Chua se desatase con los dientes. ¿Cómo había podido cometer un error así? Claro que, de no haberlo cometido, ahora estaría entre las fauces del felino.

Se estremeció y concentró la atención en Chua, pues él izaba ahora el foque con la habilidad y la potencia de un regatista. Con idéntica destreza, cazó la escota de la vela e hizo lo mismo con la de la mayor. El *Galloper* escoró hacia sotavento y aumentó la velocidad considerablemente.

—Apaga el motor, ya no sirve para nada —gritó desde la proa y permaneció contemplando el horizonte con las manos en las caderas.

Tina se recreó en el triángulo perfecto de su espalda. La escasa luz nocturna realzaba su musculatura cubriéndola con una pátina azulona que le confería el aspecto de una estatua de bronce.

Dios mío, ¡cómo le gustaba! Estaba como para comérselo a cachitos.

Nunca había sentido nada parecido por ningún chico. Aunque en realidad no había salido con muchos. Que recordara, uno en España durante las vacaciones y un par en Singapur: un inglés rubicundo que se parecía a un futbolista, pero tonto y estirado a más no poder; y un sueco cara de flan con poco tema de conversación, pero mucha avidez por meterle mano cada vez que la ocasión le era propicia. Sin embargo, su Sandokán era distinto. Reunía...

—¿Estás segura de que navegamos hacia el Sur? —gritó Chua desde la proa—. Y apaga el motor ya, puede que más tarde necesitemos el combustible.

La voz del muchacho la sacó de sus cavilaciones. Al comprobar el compás de navegación, observó que se habían desviado hacia el Suroeste. A medida que corregía el rumbo, se preguntó cómo podía haber sabido que navegaban en otra dirección. Comprobó el medidor de la corredera: dieciséis nudos. En realidad llevaba razón, con aquella velocidad el empuje de la hélice servía de muy poco.

Tina pegó un manotazo airado al interruptor de arranque y el motor calló.

—Son todos iguales —comentó en voz alta—: en cuanto se hacen cargo de la situación, se dedican a mandar.

Chua volvió la cabeza con gesto interrogativo.

—Nada, nada —dijo Tina en español.

A continuación puso el piloto automático, cogió a Lanás en brazos y bajó a los camarotes.

Al entrar en el cuarto de baño, no pudo reprimir un gesto de sorpresa. El rostro reflejado en el espejo no se parecía en nada al suyo. Horrorizada, dejó al perro en el suelo y fue acercándose poco a poco hasta colocar la cara a un palmo del cristal. El tono de su piel era el de un cadáver. Tenía un pómulo hinchado y amoratado y el cabello chamuscado. Al instante se comparó con la chica que había visto cruzarse con Chua en la isla y comenzó a echarse agua en la cara como si pretendiera apagar un fuego. Unos segundos más tarde, se quitó el anorak y los vendajes que aún llevaba en los antebrazos, se deshizo la cola de caballo y comenzó a cepillarse con desesperación el cabello. Al pasarse el cepillo notó que su pelo tenía un tacto parecido al de una mazorca seca. Cuando por fin consiguió domeñar la melena, volvió a recogerla con la goma y salió precipitadamente del cuarto de baño.

Entre tanto desorden no encontraba nada que ponerse. Por suerte, rebuscando aquí y allí, encontró un pantalón vaquero de su madre y un jersey azul de cuello alto de su padre. Rápidamente se quitó la ropa sucia, se vistió con la que había encontrado y se precipitó de nuevo hacia el cuarto de baño. Al volver a mirarse en el espejo, comprobó que su aspecto había cambiado. El jersey le quedaba un poco grande, pero al menos estaba limpio y olía bien. Bastante más animada, se dirigió a la cocina sorteando los objetos diseminados por el suelo.

Antes de llegar oyó a Chua cantar en la cubierta y se detuvo. Era una canción melodiosa. Su padre también cantaba cuando estaba al timón. Se preguntó sí todavía seguiría dentro de la jaula junto a su madre y a Roni. Instintivamente se palpó el pantalón y olió el jersey. Era como si ambos la estuvieran abrazando. ¡Cuánto daría ahora por darles un achuchón! Y pensar las veces que los había rechazado refunfuñando cuando uno de los dos lo intentaba. Cerró los ojos y trató de buscar en sus recuerdos aquellos sentimientos, pero todo cuanto encontró fueron las balbucientes palabras de Razak: «si no estás de vuelta mañana por la tarde, colgaré a tus padres y a tu hermanito de lo alto de esas palmeras y dejaré que se los coman los buitres».

Después de aquella frase sólo había oscuridad, silencio...

Cuando abrió los ojos se sorprendió abrazándose a sí misma y con unas enormes ganas de echarse otra vez a llorar. Tragó saliva y miró los fardos apilados. El llanto no iba a solucionar nada. Lo inmediato era encontrar el barco para entregar la maldita droga. Luego ya verían.

Furiosa consigo misma, continuó hacia la cocina pegando patadas a todos los objetos que se interponían a su paso. Ella no era una miedica. No señor, nunca lo había sido. El llanto no iba a servirle para sacar a sus padres del atoladero.

Colocó un par de vasos sobre la pequeña encimera, los llenó de zumo de naranja y se dirigió hacia cubierta, tratando de convencerse de que tenía que cambiar de pensamientos.

—He de ser fuerte —se autoimpuso—. Yo soy la única que puedo ayudarlos. Además, ahora cuento con un cómplice, que no es poco.

Las primeras luces del alba asomaban en la lejanía. Chua estaba sentado sobre la regala de estribor. Cuando la vio llegar, se puso en pie y la miró de arriba abajo, pero su atención se desplazó al líquido que contenían los recipientes.

—No te preocupes, esta vez sólo he puesto zumo de naranja —sonrió y desvió la mirada un instante hacia el pirata, que seguía durmiendo—. ¿Crees que vamos a encontrar ese barco? —inquirió tras entregarle el vaso.

Él se llevó el vaso a los labios, con lentitud, y volvió a estudiarla a hurtadillas conforme bebía.

—No lo sé —respondió después de limpiarse la boca con el antebrazo—. Llevamos varias horas de retraso. Pero eso es lo que menos me preocupa ahora.

Tina sacudió la cola de caballo con un movimiento de cabeza y sonrió para sus adentros. Le había gustado su nuevo aspecto.

—Y... ¿qué es lo que te preocupa? —preguntó colocándose detrás de la oreja un mechón de cabello.

—Aquello —respondió Chua estirando el brazo—. Me parece que vamos a tener tormenta.

Tina siguió con la vista la dirección que le señalaba. Los primeros rayos de sol resaltaban el color verde esmeralda del mar. En el horizonte, unas nubes negras y deshilachadas brillaban también bajo la luz matutina.

—¿Te refieres a aquellas nubes?

—Sí.

—Vamos, hombre, no me digas que nos vamos a amilanar por cuatro nubes... ¡Pero si hace un día precioso!

Una ráfaga de aire sacudió momentáneamente las velas del *Galloper*.

—Este viento no me gusta nada: va en aumento —señaló—. Además, huele a tormenta.

Tina bebió un sorbo de zumo y giró sobre los talones. Efectivamente, el viento había arreciado, el aire era caliente y venía cargado de humedad. Signos inequívocos de tormenta.

—¡Bah!, ya he pasado algunas. Sólo es agua. Una vez, navegando con mi abuelo desde Cádiz a Canarias...

—Aquí las tormentas no son como en tu país. Creo que deberíamos prepararnos y atar todo aquello que se pueda caer al mar —la interrumpió Chua y dio media vuelta para alejarse.

Ella le miró con el gesto fruncido, se bebió el zumo casi de un solo trago y arrojó el vaso contra la cubierta.

—Lo dicho —murmuró—: son todos iguales. La opinión que prevalece siempre es la de ellos.

Capítulo dieciséis

Una hora más tarde, parecía que la noche había caído de nuevo sobre el mar. Las nubes deshilachadas se habían apelotonado hasta convertirse en unos nubarrones negros y densos que cubrían totalmente el cielo. Daba la impresión de que alguien había encendido una gran hoguera en el horizonte y que el humo se precipitaba hacia el *Galloper*.

Conforme las nubes fueron avanzando, el agua fue cambiando de color. Del verde esmeralda inicial pasó al gris oscuro y sombrío del cielo. El viento y el oleaje también aumentaron considerablemente. Las rachas de aire se hicieron cada vez más frecuentes y el mar se rizaba formando montañas de espuma.

A pesar de haber tomado varios rizos a la vela mayor, el *Galloper* cabeceaba y clavaba la proa entre las olas que golpeaban violentamente los costados del barco y comenzaba a escorar peligrosamente.

—Hay que arriar las velas. ¡Ayúdame! —le pidió Chua.

—Ya voy, ya voy —respondió Tina, sujetándose a la borda.

Cuando llegó junto a él, Chua ya había desatado la driza.

La sencilla operación se hizo terriblemente complicada y peligrosa. Chua iba soltando cabo poco a poco y Tina trataba de recoger la tela a puñados para pegarla a la botavara. Pero el viento y los balanceos del barco levantaban la vela, formando con ella un gran globo imposible de controlar. Tina le miró con gesto de impotencia. Él permaneció un instante sin saber qué hacer hasta que, finalmente, mordió el cabo y se situó en el extremo más cercano al palo mayor. Entre ambos hicieron descender la vela, la ataron a la botavara y le colocaron la funda para asegurarla.

Después de eso, el velero navegaba mejor, pero crujía como si fuese a partirse en dos.

Chua se dirigió hacia el foque y comenzó a desatar uno de los cabos.

—No, ése no —vociferó l ina—. Déjalo para que podamos gobernar el barco.

El aire vibró con el primer trueno.

Inesperadamente, el cielo se abrió y una cortina de agua tremenda golpeó contra la cubierta del *Galloper*. Chua corrió hasta la rueda del timón y Tina sacó un par de salvavidas de un tambucho.

La primera ola cayó estrepitosamente sobre la cubierta, bañándola de una espuma blanca y brillante que se deslizó por todos los rincones como un fantasma, hasta que volvió al mar a través de los imbornales de la embarcación. Entonces oyeron un chillido. El pirata había recobrado el conocimiento y miraba aterrorizado a su alrededor.

—Hay que sacarle de ahí, voy a por él —gritó Chua mientras se colocaba el salvavidas—. Hazte cargo del timón.

Tina se puso también su salvavidas, se situó tras la rueda y trató de navegar casi en paralelo a las olas. Vio que Chua gateaba a duras penas sobre la cubierta del barco. La lluvia casi le impedía la visión, pero justo en ese momento un rayo zigzagueó en el cielo e iluminó el mar embravecido. Horrorizada, vislumbró una ola de más de ocho metros que se acercaba amenazadora por el costado de babor. Desvió momentáneamente la mirada hacia el palo mayor. Chua había llegado junto al pirata y le estaba desatando las manos.

—Chuaaa... —gritó señalando con el brazo estirado.

El chico la miró y volvió rápidamente la cabeza en la dirección señalada.

Tina apretó el interruptor de arranque del motor, se aferró a la rueda del timón y dirigió la proa hacia la ola. Un instante antes de entrar en contacto con ella, cerró los ojos, aceleró a tope y viró un poco hacia estribor para tomarla con la amura contraria. El *Galloper* se inclinó cuarenta y cinco grados y comenzó a escalar trabajosamente aquella montaña de agua. Cuando abrió de nuevo los ojos, el barco había descrestado la ola. Sin embargo, lo que vio a continuación le puso los pelos de punta. El velero se estaba deslizando en picado hacia el abismo por la parte trasera de la ola. Aterrorizada, consiguió bajar la palanca de aceleración y meter la marcha atrás. Luego, se agarró con fuerza al timón y procuró que el barco surfeara por el costado trasero de la mole de agua, a fin de evitar que clavara la proa en aquel abismo que, a buen seguro, lo engulliría para siempre. Al alcanzar el seno de la ola, el *Galloper* se hundió un poco, pero emergió enseguida debido al ángulo que había mantenido en la bajada.

Tina situó la palanca de aceleración en punto muerto y giró desesperadamente la rueda del timón hacia babor.

No le dio tiempo. Una segunda ola, casi tan grande como la que habían pasado, cayó con gran estrépito sobre el velero sumiéndolo en un mar de espuma. La chica se aferró a la rueda con todas sus fuerzas. Durante unos segundos eternos, el barco escoró peligrosamente hacia estribor y Tina notó que el mar trataba de arrastrarla. Entonces apretó los dientes y gimió para paliar el dolor que le producía el desgarró muscular. A pesar del esfuerzo sobrehumano, los dedos le resbalaron y fue lanzada contra la borda.

Durante el momento de confusión que siguió no supo si estaba en el mar o sobre el barco. Cuando consiguió sobreponerse, se percató de que la orza del *Galloper* había conseguido llevarlo de nuevo a la verticalidad. Cayó desplomada sobre la cubierta y comenzó a toser y a vomitar agua. Un instante más tarde, logró ponerse en pie. El golpe de mar había doblado la botavara, arrancado de cuajo el foque y barrido todo lo que se hallaba sobre la cubierta.

Sus ojos se clavaron en la base del palo mayor.

—¡Dios mío, Chua! Chuaaa...

Comenzó a gatear precipitadamente pegada a la borda agarrándose a lo que encontraba a su paso. Un rayo partió en dos el cielo seguido de un trueno horrísono y una nueva ola se abatió sobre el *Galloper*. Pero Tina continuó avanzando mientras tosía y escupía agua salada hasta que por fin llegó junto al palo mayor y se incorporó sujetándose a él con ambas manos. El panorama era descorazonador. El motor se había parado y el *Galloper* se balanceaba sin gobierno. La cubierta estaba arrasada y el foque caído sobre estribor ejercía un contrapeso en la banda que obligaba al velero a mantenerse excesivamente escorado.

Todo estaba perdido. Le vino una enorme náusea y comenzó a vomitar dando grandes arcadas. Estaba convencida de que iba a morir. Extenuada, deslizó las manos hasta quedar sentada y abrazada al palo mayor y se dispuso a asumir un final inexorable.

Ya no le importaba nada. A pesar de estar chorreando, no sentía frío. Tampoco miedo. Una extraña felicidad invadió su cuerpo y se soltó del palo en espera de que la siguiente ola la arrastrara hacia las profundidades. Por su cerebro comenzaron a circular imágenes de sus padres, de su hermano, de su abuelo, de su infancia y adolescencia...

Su mirada topó con un cabo que partía desde la base del palo y salía fuera del barco. Era el cabo con que había atado al pirata. Movida por un

presentimiento, tiró de él. Estaba tenso. Con gran esfuerzo se apartó del palo mayor, se arrastró hasta la borda y asomó un poco la cabeza.

—¡Chua, Dios mío, Chua! —comenzó a gritar como una loca.

Pegado al costado del barco, el muchacho se agarraba al otro extremo de la cuerda tratando de mantener la cabeza fuera del oleaje. Tina apoyó los pies en la borda y jaló con toda su energía. Una brazada, dos... A la vez que recuperaba cabo, escupía, gritaba y apretaba los dientes hasta hacerse daño en las encías. De cuando en cuando, una ola caía sobre el barco y la bañaba de espuma. Una de ellas llegó a cubrirla, pero tenía los pies tan afianzados sobre la borda que parecía que estaba clavada en la cubierta.

Una eternidad más tarde notó que el cuerpo de Chua había hecho tope con el costado del barco. A duras penas, se giró y consiguió asegurar el cabo en una cornamusa. Sin darse un segundo de respiro, se tiró al suelo y empezó a reptar como una lagartija hasta un hueco entre dos candeleras. Asomó la cabeza. Chua colgaba del costado del barco como un muñeco de trapo, pero ahora, al menos, tenía la cabeza fuera del agua.

—¡Siii! —gritó para darse ánimo y volvió arrastrándose hasta donde estaba el cabo.

Cuando estaba apunto de llegar, una ola cayó con gran estruendo sobre el barco y la hizo retroceder unos metros. Llena de coraje, se sacudió el agua de la cara con un movimiento brusco de cabeza y se deslizó de nuevo pegándose a la borda.

El corazón se le salía por la boca. Le costaba respirar y no sabía muy bien si la fuerte punzada que notaba en el estómago era por el esfuerzo realizado o por el agua que había tragado.

Estaba extenuada y necesitaba descansar, darse un respiro; aunque sólo fueran unos segundos. Apoyó el brazo en el cabo tenso que sostenía a Chua y, jadeando, dejó caer la cabeza contra la borda. Un rayo danzó entre las nubes e iluminó el cielo. A continuación, se oyó una detonación sorda seguida de un eco infernal. Tina sonrió a la vez que se lamía las gotas de lluvia que le caían sobre la cara. Pensó en *La tormenta perfecta*, una película que había visto junto a sus padres. Cuando salieron del cine, discutieron un buen rato sobre si podría existir una tormenta así. Su padre argumentaba...

Sus pensamientos se interrumpieron de inmediato al notar que el cabo sobre el que tenía apoyado el brazo y que sostenía a Chua, se desplazaba de derecha a izquierda. Tuvo una corazonada y se giró rápidamente. Sus ojos permanecieron clavados en la borda. Lo que se temía estaba ocurriendo. El cabo se deslizaba de un lado a otro por la tapa de regala debido al balanceo y

comenzaba a deshilacharse. Sin pensarlo, se abalanzó sobre la borda, agarrándose fuertemente con la mano izquierda al cabo. En el siguiente paso debía tener mucho cuidado. Si asomaba demasiado el cuerpo, también ella iría al agua. Entonces sí que estaría todo perdido. De todas formas, no había un segundo que desaprovechar.

Con mucho cuidado, se asomó al costado del barco y estiró el brazo. Afortunadamente, la escora que el foque imprimía al *Galloper* le permitía tocar la cabeza de Chua, pero no veía la forma de izarlo. En uno de los balanceos, comprobó que el muchacho flotaba en el agua y que su brazo bajaba hasta casi el filo inferior del chaleco salvavidas. Asumiendo el riesgo que suponía, sacó un poco más el cuerpo por la borda y esperó el siguiente movimiento del barco con el brazo derecho estirado al máximo. El velero escoró hacia babor y un instante después cayó pesadamente sobre el costado opuesto. Tina vio acercarse el agua hacia ella, pero no se inmutó; su vista estaba puesta en la cintura de Chua.

Cuando el barco se enderezó, notó su mano enganchada en el salvavidas y lo apretó con todas sus fuerzas.

—Te tengo, te tengo —jadeó y luego dio un grito—: ¡Chuaaa...!

El siguiente movimiento del velero le destrozó el brazo. Creyó que el hombro se le había salido de su sitio. Ahora era su axila la que rozaba por la borda con el peso del cuerpo de Chua colgando del otro lado. Apretó los dientes, sacó el otro brazo y consiguió asirle por la parte superior del chaleco salvavidas.

La nueva postura no mejoró la situación. Enseguida notó que no duraría mucho tiempo en aquella posición. Cuando el barco oscilaba hacia el lado donde ella se encontraba, el cuerpo de Chua flotaba y le daba unos segundos de respiro, pero, cuando iba en sentido contrario, tenía que soportar el peso del muchacho y notaba que se le iban a desprender los brazos. Una nueva rociada cayó sobre Tina y la obligó a contener la respiración para no ahogarse. Por su cabeza pasó la idea de soltarle. Nada podía hacer. A pesar de todo, trató de apoyar las rodillas contra la borda y realizó varios intentos de izarlo, pero enseguida advirtió que era imposible.

Tina se asomó al costado del barco en un intento de verlo por última vez. Chua levantó la cabeza, como si presintiera que ella lo estaba mirando y parpadeó para darle a entender que sabía que había hecho todo lo que estaba en su mano y que debía soltarle. Tina vio en sus ojos la resignación y comenzó a chillar llena de rabia y desespero:

—Chua, vamos, Chua, ayúdame. ¡Maldita sea, ayúdame! Tienes que poner algo de tu parte. Vamooosss...

Los gritos sirvieron para que él saliera de su estado de pasividad. El chico alargó una mano y consiguió agarrarse a la tapa de regala. Aprovechando el balanceo, Tina hizo un último esfuerzo y Chua cayó dentro del barco junto a ella como un muñeco.

Ambos quedaron tumbados boca arriba: Tina, con los puños cerrados, lloraba y jadeaba; Chua echaba agua de mar por la boca y levantaba el pecho para tomar aire. Un segundo más tarde caía desvanecido. Tina se incorporó y empezó a zarandearle:

—Chua, Chua, Chuaaa... No te desmayes ahora, por favor, ahora no. Te necesito. ¡Chuaaa!

Las olas seguían abatiéndose contra los costados del barco, vapuleándolo igual que si fuera un corcho. Una masa de agua enorme volvió a caer sobre la cubierta y la barrió. Los dos rodaron como peonzas hasta que entre un mar de espuma sus cuerpos chocaron contra el espejo de popa. Tina se levantó de un salto y miró a su alrededor. Le escocían los ojos y casi no podía ver, pero sí lo suficiente como para darse cuenta de que el *Galloper* navegaba sin control. Si no quitaba de allí el cuerpo inerte de Chua, la siguiente ola lo despediría del barco con facilidad. Rápidamente, le tomó de los hombros y comenzó a arrastrarle hasta la entrada de los camarotes.

Lo que observó al abrir la puerta la dejó de piedra. Los camarotes estaban inundados, los cubrían más de dos palmos de agua. El barco hizo un movimiento brusco y acertó a agarrarse con una mano al quicio de la puerta mientras con la otra sujetaba a Chua por el chaleco salvavidas para que no se deslizara.

¡No podía dejarle allí!

Buscó desesperadamente un cabo. Localizó uno colgando de la botavara y arrastró a Chua hasta la rueda del timón, lo ató y bajó los peldaños precipitadamente. Un gemido emitido desde lo alto de una litera le hizo levantar la cabeza.

—¡Lanas!

El animal la contemplaba aterrorizado.

—No te muevas de ahí, ¿vale? No te muevas —ordenó después de pasarle la mano por la cabeza y comenzó a chapotear hacia el interior.

Al llegar a la cocina descubrió el motivo de la inundación: el foque mantenía el barco escorado hacia estribor y el agua entraba a raudales por un ojo de buey que estaba abierto.

Después de cerrarlo, repasó mentalmente durante unos segundos lo que debía hacer y regresó a toda prisa. Antes de abandonar los camarotes, se detuvo ante el cuadro eléctrico y abrió la puerta. Ante ella apareció una hilera de interruptores de color negro.

—Que funcionen. Dios mío, que funcionen —rezó y accionó, con la respiración contenida, los dos que ponían en marcha las bombas de achique.

Prestó atención. Un murmullo suave se deslizó por el habitáculo.

—Gracias —musitó levantando la vista.

Luego tomó un hacha pequeña que había junto a los extintores y subió corriendo las escaleras.

Al llegar arriba, comprobó que la pesada tela del foque colgaba de la amura de estribor sujeta por la escota, formando una enorme bolsa de miles de kilos de agua que obligaba al barco a escorarse cada vez más. Esto era tremendamente peligroso. Si el velero seguía inclinándose, llegaría el momento en que cualquier ola que lo alcanzara de costado podría darle la vuelta.

El aguacero había arreciado si es que aquello era posible. Caía sobre el *Galloper* y sobre ella con gran estrépito. Tina se limpió el agua de la cara. Su visión era borrosa, pero pudo distinguir el cabo que mantenía a la vela atada al barco. Desde allí, la distancia le pareció interminable. Antes de avanzar observó a Chua. Seguía inconsciente y su cabeza se movía de un lado a otro, al compás de los balanceos del velero. Tenía que despertarle, estaba convencida de que sola no podría. Se agachó junto a él y le abofeteó la cara.

—¡Chua, vamos, Chua, despierta!

La voz, al principio, fue dura, pero instantes después, fue diluyéndose hasta convertirse en un susurro:

—Por favor, despierta, por favor...

Pero todo fue inútil. Decepcionada, se puso en pie y apretó los puños.

—¿Es que voy a tener que hacerlo todo yo sola?, ¿eh? —estalló y dio una patada en el suelo llorando de rabia y temor, a la vez que se inclinaba sobre Chua.

Un instante más tarde echó a andar como una autómatas. No había dado ni dos pasos cuando un cabeceo del barco la obligó a agarrarse a la botavara para no salir despedida. En ese momento se dio cuenta que el velero apenas se balanceaba, únicamente se movía de proa a popa, lo cual significaba que había perdido casi toda la navegabilidad. Tenía que darse prisa, el *Galloper* no aguantaría mucho tiempo en aquella posición.

Estuvo tentada de arrodillarse y dirigirse hacia la proa pegada a la borda del barco, pero, cuando estaba apunto de hacerlo, sus ojos se fijaron en el cabo que había salvado a Chua. ¡Seguía trabado al palo mayor! Sin pensarlo dos veces, gateó hasta que consiguió coger la punta, se lo ató a la cintura y comenzó a arrastrarse por la cubierta recuperando cabo como si estuviese escalando una montaña. Cada vez que una ola caía sobre el barco, contenía la respiración, cerraba los ojos y se afianzaba con todas sus fuerzas. Al cabo de diez minutos eternos, extenuada, logró llegar hasta la escota que mantenía el foque encima del barco y le dio un hachazo, con tanta rabia, que le fue imposible recuperar la herramienta clavada en la madera de la cubierta. El cabo saltó como la goma de un tirachinas, la vela cayó desplomándose sobre el agua y el *Galloper* recuperó la verticalidad de golpe.

Capítulo diecisiete

El barco navegaba por un valle profundo entre dos olas gigantescas. De pronto, las olas se fundieron en una sola y el velero quedó sumergido en un torbellino de agua y espuma. Tina se aferró al timón observando, impotente, cómo el *Galloper* y ellos se hundían irremisiblemente. A su alrededor todo era oscuridad, silencio, calma. Notó que le faltaba el aire y abrió la boca. El agua empezó a inundarle los pulmones. Mientras caía hacia el abismo, se dio cuenta de que no sentía miedo, ni dolor, ni angustia. Al contrario, el agua que le anegaba el pecho iba, poco a poco, llenándola de felicidad, aunque intuía que era una felicidad ficticia. A lo lejos, difuminada, se le apareció la figura de su abuelo. También había otras personas. Los hombres lucían condecoraciones en sus relucientes uniformes oscuros con bandas de tela rojas cruzadas sobre el pecho; las mujeres, trajes largos de generosos escotes y hermosos pendientes. Entre ellos le pareció distinguir a sus padres y a Roni. Todos sonreían y le instaban a dejarse engullir, a continuar bajando hacia las profundidades. De pronto, notó que una mano se posaba sobre su hombro. Era el abuelo.

—Por ahí no —le dijo esbozando una de sus sonrisas.

Un grupo de voces clamó al unísono:

—¡Sigue!

El abuelo la miró, la tomó de la mano y la impulsó hacia arriba. Sobre su cabeza veía relucir la luz del sol tamizada por la superficie del mar, como cuando hacía pesca submarina y regresaba después de una inmersión. Continuó subiendo, subiendo y moviendo las piernas llena de alegría. Entonces se percató de que la verdadera felicidad estaba arriba, donde también estaban la libertad, los espacios abiertos, el mundo que siempre había deseado. Abajo se habían quedado sus padres entre la gente de la embajada, el ambiente encorsetado, repetitivo y manido que tanto odiaba.

Pero un poco antes de llegar, empezó a notar que le faltaba el aire. El abuelo ya no estaba a su lado. Nadó más deprisa, moviendo las piernas y los brazos tan rápido como podía. Sin embargo la superficie del mar se alejaba, se alejaba, se alejaba...

Se despertó sobresaltada. Se ahogaba e intentaba inspirar con la boca bien abierta para coger el máximo de aire. Luego, cuando su respiración se fue normalizando, trató de moverse, pero sus músculos no respondieron. Estaba tumbada boca arriba, tenía el cuerpo rígido y notaba la cabeza atravesada por una especie de agujón que le perforaba el cerebro. Le dolían todos los huesos... y las articulaciones... y los tendones... y cada uno de sus músculos...

Sus ojos toparon con el techo de los camarotes. Parpadeó varias veces y arqueó la columna vertebral en un intento de abandonar aquella rigidez que la mantenía pegada al suelo. Pero a los pocos segundos se dejó caer pesadamente respirando con dificultad. No obstante, consiguió que sus músculos reaccionaran. Con mucha voluntad, logró apoyar los codos y se sentó, con la espalda contra una mampara. Al incorporarse, le acometieron unas náuseas tremendas e hizo un esfuerzo por vomitar, pero sólo le vinieron unas cuantas arcadas salobres y dolorosas.

Le llamó la atención un movimiento que se produjo a su lado. Antes de que pudiera volverse, una bola peluda saltó sobre su regazo y, toda temblorosa, empezó a lamerle la cara, deshaciéndose en gemidos. El perro, como su dueña, estaba empapado. Ambos tiritaban de frío.

—Lanas, Dios mío. Lanas —lo tranquilizaba apretándolo contra su pecho a la vez que intentaba normalizar la respiración.

Conforme pasaba el tiempo, su estado se le hizo patente: tenía un chichón en la cabeza, las manos en carne viva y estaba llena de magulladuras. Con la mirada fija en las mamparas del barco, trató de prestar atención. El silencio era impresionante. Únicamente se oía el leve batir de las olas contra el costado del *Galloper* y el zumbido de las bombas de achique. La tormenta había pasado. Al volver la cabeza, vio a Chua tumbado a su lado en medio de un charco de agua y atado a una litera. Ella también estaba atada. En ese momento recordó de golpe lo que había sucedido.

Después de deshacerse de la vela que mantenía al *Galloper* escorado, había arrastrado a Chua hasta el interior de los camarotes, había cerrado la puerta y le había atado para que no se golpeará con los vaivenes del barco.

Acto seguido, se había atado ella también. A partir de ahí no recordaba nada. Seguramente había perdido el conocimiento.

Tina puso al perro en el suelo, se deshizo de la cuerda y, apoyándose en los antebrazos, gateó hasta llegar junto a Chua. El trayecto, un par de metros, se le hizo interminable y tremendamente doloroso. Cada vez que realizaba un movimiento, por pequeño que fuera, el músculo correspondiente transmitía a su cerebro una punzada penetrante que la obligaba a detenerse. Era como si cada músculo de su cuerpo hubiese adquirido vida propia. Finalmente, llegó junto al muchacho y se inclinó sobre él. Percibió el siseo manso y reposado de su respiración y suspiró tranquila. Luego intentó ponerse en pie, pero notó un dolor fuerte en la cara y dejó de moverse. Después de efectuar varias inspiraciones, se enderezó gradualmente hasta que consiguió erguirse por completo.

A través de los ojos de buey penetraba una luz tamizada y tenue que iluminaba el interior de los camarotes.

Todo estaba patas arriba: los fardos que contenían la droga habían reventado y el opio estaba esparcido por doquier; las colchonetas se habían agolpado contra la proa, donde formaban un muro, y la mesa, arrancada de su base, se había empotrado contra una mampara. Pero, afortunadamente, las bombas de achique habían cumplido su misión y habían desalojado el agua, evitando seguramente que el barco se fuese a pique.

Echó a andar despacio, con el rostro ensombrecido por el dolor, tratando de no realizar ningún movimiento brusco. Entre el revoltijo de objetos, localizó un par de mantas, arropó a Chua con una de ellas y se echó la otra sobre los hombros. Luego desconectó las bombas de achique y subió despacio a cubierta pensando en los embates que había sufrido el *Galloper* mientras ella estaba inconsciente.

La subida fue un calvario, pero lo que vio al asomar la cabeza la hizo estremecerse. La cubierta estaba totalmente arrasada. El *stay* de popa colgaba del palo mayor y la botavara se había doblado por la mitad. Parte de la borda de estribor había sido arrancada de cuajo, como si le hubiesen pegado un mordisco enorme. Las tapas de los tambuchos habían desaparecido. Terminó de subir las escaleras y se situó junto a la rueda del timón con el corazón compungido. El *Galloper* se mecía suavemente. El sol se levantaba a un palmo del horizonte y el mar estaba liso y brillaba como un enorme paño de satén. En el cielo no quedaba ni rastro de la tormenta.

Durante unos instantes cerró los ojos y se dejó acariciar por el calor del sol. Permaneció así un buen rato hasta que los abrió súbitamente.

—¡Dios mío! —exclamó y dejó caer la manta al suelo. Luego echó a correr escaleras abajo dando gritos, sin prestar atención al dolor que le laceraba el cuerpo—. ¡Chua, Chua, Chua!

Al llegar junto a él, se arrodilló y comenzó a desatarle.

—Vamos, despierta, despierta —le decía zarandeándole.

El chico tosió un par de veces y abrió los ojos.

—Tina...

—Ven, corre —le alentó ella tirándole del brazo.

—Pero...

—Corre.

Todavía bajo los efectos del abotargamiento, Chua la siguió escaleras arriba hasta salir a cubierta.

—¡Mira! —exclamó ella señalando el horizonte.

El muchacho se restregó la cara y se encogió de hombros.

—Está amaneciendo, ¿no te das cuenta?...

Chua la observó con gesto somnoliento.

—Llevamos un día y una noche inconscientes...

—...

—Mis padres, Chua, mis padres. ¡Dios mío!...

Tina se sentó en el suelo y hundió la cara entre las manos.

Chua se acuclilló a su lado y la tomó de los hombros.

—Tranquilízate —dijo tratando de animarla—. Venga, vamos a intentar poner el barco en marcha.

Tina levantó la cabeza y le miró con los ojos cuajados de lágrimas.

—¿No te das cuenta? Ya los habrán matado...

Chua se las secó pasándole con suavidad el pulgar por las mejillas.

—La tormenta habrá afectado también a Pulau Karang. Eso justificará nuestra tardanza. No creo que les hayan hecho nada. Venga, vamos.

Chua la tomó de las manos para ayudarla a ponerse en pie y observó su lamentable estado. Aquellas manos desolladas le habían salvado de morir ahogado.

—Espera, no te muevas —dijo él y se perdió en los camarotes.

—Chua...

Un minuto más tarde subía con la caja del botiquín bajo el brazo.

—Dime para qué sirve cada cosa, que voy a curarte —dijo después de abrir el botiquín y revolver los medicamentos.

—Los habrán colgado, Chua, los habrán colgado.

—¿Puedo usar esto?

—Tenía que haberme dejado arrastrar por las aguas, ahora estaría muerta yo también... ¡Aaahhh!

Tina dio un brinco y se puso en pie sacudiendo las manos en el aire.

—Pero... ¿se puede saber qué haces? —preguntó irritada.

Chua miró el bote de plástico transparente que sostenía en la mano y luego a ella.

—No..., no sé —dijo nervioso y algo asustado por los saltos que daba Tina—. Esto está en español y yo no...

—Pues pregunta, hombre, pregunta. ¡Me has echado alcohol de noventa grados!

Chua miró el bote y se rascó el cuero cabelludo.

Luego le limpió las heridas con agua oxigenada y se las vendó con sumo cuidado, siguiendo las instrucciones que le daba Tina. Finalmente, la muchacha le pidió un par de aspirinas y se las tomó.

Ambos permanecieron un buen rato sentados en el suelo, uno frente al otro. Ella, con el mentón clavado en el pecho; él, sin apartar la mirada de ella.

Tina levantó la cabeza y ojeó el horizonte por encima de la borda del barco.

—Ni siquiera sabemos dónde estamos —musitó arrugando el entrecejo—. La tormenta nos habrá desviado de la ruta.

El muchacho la contempló unos segundos y se puso en pie.

—Navegaremos hacia poniente —respondió—. Venga, pongámonos en marcha. No podemos quedarnos sentados todo el día.

Tina le vio dirigirse hacia el puesto de mando y apretar el interruptor de arranque.

El motor dejó escapar una retahila de sonidos extraños y se detuvo en seco. Tina dio un brinco y echó a correr hacia los camarotes. Jadeante, se abrió paso entre los colchones hasta que consiguió llegar a la tapa del motor. Al abrirla se le heló el gesto: el compartimento estaba totalmente inundado.

Cuando regresó arriba, Chua había sacado la vela mayor de la funda y la estaba extendiendo sobre la cubierta.

—El motor está...

—Ayúdame —la interrumpió—, vamos a improvisar una vela.

Tina le observó un instante antes de agacharse para ayudarle a estirar la vela. Se movía con rapidez y seguridad. Sin duda sabía muy bien lo que hacía.

Después de suspirar hondamente, con el ánimo algo renovado, cogió uno de los picos aprisionándolo entre las muñecas y tiró de la lona hasta dejarla

extendida sobre la cubierta. Chua buscó unos trozos de cabo y los ató a la parte inferior.

Unos minutos más tarde le vio encaramarse al palo mayor y trepar con un cabo en la boca.

Tina suspiró de nuevo y se acercó al espejo de popa. Desde luego, Chua no se parecía a ninguno de los chicos que había conocido antes. No se arredraba ante nada. Intentó imaginar cómo se las arreglarían en medio de la tormenta esos engominados que había conocido en las fiestas de la embajada y se echó a reír. ¿Llegaría a creerse alguien, algún día, aquella historia? ¿Sería capaz de describir con palabras todo lo que había pasado? ¿Volvería a ver otra vez a sus padres para contárselo? Eso último le hizo sentir un nudo en la garganta. Estaba convencida de que no.

Giró sobre los talones y observó a Chua encaramado en lo alto del palo mayor.

Tina apartó la vista. La idea de poner proa hacia el lado opuesto la sobresaltó. Tenían que abandonar aquella maldita isla para siempre. Total, si el pirata había matado a sus padres..., ¿qué sentido tenía regresar? ¿Para que hiciese lo mismo con ella...? Sería un suicidio.

Tal vez el destino lo había querido así. A lo mejor su felicidad estaba en una de aquellas islas, junto a Chua. Adiós a los estudios, a la universidad, a sus sueños, a su mundo. ¡A la mierda todo! A la mierda su mundo. Seguramente si su mundo hubiese sido más generoso y más solidario con los necesitados, quizá ahora sus padres y su hermano no estarían colgando de una palmera.

Le acometió una furia repentina y no pudo evitar las lágrimas.

Comenzó a jadear.

—Pero ¿qué dices, loca? —musitó y agachó la cabeza—. ¿Abandonarlos? ¡Nunca! Estás loca, loca, loca de remate —se reprochó y comenzó a pasear por la cubierta.

Un poco más tarde, cuando ya estaba más tranquila y relajada, trató de refrescar la memoria y recordar la pesadilla que había tenido durante la tormenta, pero lo había olvidado todo, excepto que el abuelo la conducía de la mano hacia algún lugar. Fue otro recuerdo el que le vino a la memoria: una conversación que mantuvieron sus padres una noche mientras daban por supuesto que ella dormía en su habitación. Hablaban de ella: «... Tina es muy madura, muy sensata», comentaba Luis. «Sí», respondió su madre. «Se puede confiar en ella, siempre sabe lo que quiere y cuándo lo quiere». Precisamente ese día, después de dejar a su hermano en el colegio, había hecho novillos y

había pasado la mañana paseando por el puerto. Por la tarde fingió un fuerte dolor que su madre achacó a la inminente menstruación, y así se escapó de asistir a una recepción en la embajada. Aquella noche no pegó ojo.

Se acercó a la borda y miró el mar. Parecía una balsa de aceite. Resultaba extraño que, tan sólo unas horas antes, esas aguas tranquilas y sosegadas bramaban y se agitaban como queriendo tragarse todo lo que flotaba sobre ellas. El mar... tan misterioso, tan insondable, tan imprevisible... En realidad, ella era como el mar.

—Cada uno de nosotros es como el mar —se dijo y dio media vuelta.

Capítulo dieciocho

Las horas transcurrían con lentitud. Tina dio unos pasos y se sentó sobre la tapa de regala, en la proa; frente a ella, la calina azulona cubría el horizonte.

La situación era desesperante. El viento apenas soplaba y, aunque la vela improvisada era efectiva, el barco navegaba con la lentitud de un elefante viejo.

Por si fuera poco, no tenían agua. La tormenta había resquebrajado el depósito de agua potable y ahora sólo contenía una mezcla salobre imposible de beber. Tina había localizado un par de botellas de agua mineral entre el amasijo de utensilios del camarote, pero, con aquel calor sofocante, les duraría poco.

Sin embargo, Chua no había dejado de trabajar en el barco. Estaba convencido de que conseguirían llegar a la isla. Después de colocar la vela, bajó hasta el compartimiento del motor, achicó el agua, sacó la batería y la expuso al sol. Intentaría arrancarlo más tarde, cuando la batería se hubiese recuperado un poco. En ese momento trataba de instalar, cerca de la rueda del timón, una toldilla que había improvisado con un trozo de funda de colchón.

Tina fue a su encuentro y se sentó junto a Lanás, de espaldas al espejo de popa. Se abrazó las piernas y apoyó la barbilla sobre las rodillas.

Chua terminó de atar el improvisado toldo y se acuclilló a su lado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Durante unos segundos, ella permaneció con la expresión absorta.

—No, no estoy bien —respondió, y unas lágrimas silenciosas le resbalaron por las mejillas.

Sabía que no había ninguna posibilidad de encontrar vivos a sus padres. Aunque localizaran de nuevo la isla, cosa bastante improbable, a la velocidad que navegaban tardarían días en llegar. La idea de no volver a verlos hizo que

se estremeciera. Trató de imaginar su vida en casa de alguno de los tres tíos que tenía en España, pero ese pensamiento le dio escalofríos: su relación con ellos se limitaba a una visita corta en verano y a la firma de la felicitación navideña que enviaban sus padres. Alguna vez había salido con su prima Encarni, hija de su tío José, pero no la soportaba. Era una persona engreída y egocéntrica en cuyo vocabulario sólo existía una palabra que mereciera su interés: «yo». «Yo soy la única de mi clase que ha sacado un ocho en Mates, yo soy la que mejor viste de mi pandilla, yo salgo con el chico más guapo y más inteligente». Tina la había bautizado como «la yoyo», aunque su madre se lo reprochaba constantemente.

No, no se imaginaba viviendo con ninguno de ellos. Sería igual que vivir con personas desconocidas, como vivir en un orfanato. De nuevo pensó que hubiera sido mejor haber muerto durante la tormenta o bajo las garras del tigre. Y otra vez retornó el miedo, un miedo que le atenazaba el estómago hasta producirle náuseas. Entonces notó que Chua le acariciaba el cabello y levantó la cabeza. Se había arrodillado ante ella y la contemplaba con ojos cálidos, llenos de dulzura. Dejándose llevar por el deseo incontenible de sentir el calor de otra persona, se arrodilló a su vez y se abrazó al muchacho llorando desconsoladamente. Chua le acarició la espalda y le besó con suavidad el cabello. Tina se apartó un poco y se recreó en los ojos oscuros que tenía ante sí. Y en su boca, tan cerca que podía percibirle el aliento. En aquel instante eterno, el corazón le dijo que tal vez debería reconsiderar el planteamiento anterior. «No dejes pasar nunca de largo un tren que se haya detenido frente a tu puerta», decía el abuelo. Cerró los ojos...

En ese preciso instante. Lanas comenzó a ladrar y Tina se deshizo del abrazo precipitadamente, con el corazón brincándole en el pecho, como cuando el despertador le interrumpía un hermoso sueño. Chua esbozó una sonrisa y ella agachó la cabeza como si se avergonzara de encontrarse en aquella situación.

—¡Calla, Lanas! —le riñó enfadada mientras se sorbía repetidamente la nariz y se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano.

El muchacho le levantó suavemente la barbilla con el dedo índice.

El perro volvió a ladrar.

—¡Lanas!

Pero el animal, en vez de obedecer, echó a correr hacia la proa. Al llegar a la amura de estribor, puso las patas sobre la borda y siguió ladrando. Tina se levantó despacio, extrañada. Al principio no percibió nada raro, pero enseguida empezó a oír un zumbido lejano, un runrún cadencioso que le trajo

a la memoria un recuerdo remoto: un paseo con su abuelo, al atardecer, por la playa de la Caleta de Cádiz. La llevaba de la mano y le explicaba el significado de las luces de las traineras que estaban faenando. «La roja, babor; la verde, estribor. La blanca es la luz de posición».

Tina se concentró en escudriñar el horizonte. El mar estaba despejado, aunque la calima no permitía ver más allá de las dos millas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Chua, quien seguía de rodillas con las manos sobre los muslos y sentado sobre los talones.

Tina se volvió hacia él y se llevó el dedo índice a los labios, absorta en el runrún. Por fin, creyó divisar una mancha en la lejanía, un punto fugaz que aparecía y desaparecía entre la bruma. Sin perderlo de vista, anduvo hasta la borda. Entonces lo distinguió con claridad: una mancha oscura navegaba por el horizonte transversalmente al *Galloper*.

—¡Es un barco, Chua, es un barco! —gritó dando saltos de alegría.

Chua corrió a su lado y se colocó la mano a modo de visera.

—Tenemos que llamar su atención —dijo y se volvió apresuradamente mirando alrededor.

Tina buscó los prismáticos en el tambucho donde deberían haber estado, pero la tormenta había arrasado con todo. Recordó que había una pistola de señales guardada bajo la repisa de la radio, en el panel principal. Ignoraba si los piratas se la habrían llevado, pero echó a correr hacia allí. Efectivamente, encontró la pistola colgada en un soporte escondido y debajo de ella una caja con cartuchos. La tomó con manos temblorosas y abrió la caja. Los cartuchos nadaban, medio deshechos, en agua salada. Sintió una fuerte punzada en el estómago y comenzó a aporrear la mampara con el puño cerrado.

—¡No puede ser! ¡No puedo tener tanta mala suerte...! —se dijo y apoyó la cabeza contra el tabique de madera.

Al cabo de unos instantes, miró con odio la pistola que sostenía en la mano y decidió lanzarla lejos. Pero antes de hacerlo, movida por un presentimiento, le quitó el bloqueo. El cañón se desplazó hacia delante. Sus ojos se abrieron como platos: en el interior de la recámara se alojaba un cartucho seco.

Cuando regresó a cubierta, Chua había arrancado la toldilla y la agitaba desde la proa. Tina se acercó a él, amartilló la pistola, levantó el brazo y apretó el gatillo. Se oyó una detonación seca y, acto seguido, se formó un arco de humo que partía de su mano y se perdía en el cielo. Poco después, se oyó otro estallido. Una bengala comenzaba a descender con lentitud dibujando en el aire un tirabuzón de color naranja.

Ambos permanecieron en cubierta contemplando alternativamente la bengala que caía y el barco que avanzaba por el horizonte. Finalmente, la bengala cayó al agua y se apagó soltando un pequeño estertor anaranjado.

Impaciente, Tina volvió la vista hacia la mancha oscura que navegaba en la línea del horizonte. Nada demostraba que hubiesen visto la señal, hasta que, inesperadamente, el barco cambió de rumbo y se dirigió directamente hacia el *Galloper*.

—¡Nos han visto! —exclamó y se abalanzó sobre Chua.

Él permaneció inmóvil, ajeno al abrazo, con la mirada clavada en el barco que se acercaba.

—Es una patrullera de la policía —dijo sin que sus palabras revelaran ninguna emoción.

Tina se soltó de su cuello y contempló entusiasmada la mancha oscura que se acercaba. Chua tenía razón. Por el color gris, semejaba un barco militar. El corazón le brincó dentro del pecho. Era lo mejor que podía haberles pasado. Si existía una sola posibilidad de sacar a sus padres vivos de la isla, sería sin duda con la ayuda de la policía.

—Mejor, ¿no? —inquirió, girando sobre sí misma—. La policía podrá ayudarnos a encontrar la isla y a rescatar a mis padres.

—Yo no estaría tan seguro de ello —respondió el chico.

Tina permaneció contemplándole sin comprender.

—Ya me dirás cómo vamos a explicar que llevamos el barco cargado de opio...

Tina tragó saliva. Sabía que en Malasia el tráfico de drogas se castigaba con la pena de muerte.

—Vamos a tirar los fardos por la borda —sugirió la chica haciendo ademán de dirigirse hacia la entrada de los camarotes.

—¡No te muevas!

—¿Cómo?

—¡Quédate quieta! Deben de estar observándonos con prismáticos. Si nos ven tirando los fardos al mar, estaremos perdidos.

Tina se agachó y tomó a Lanás entre sus brazos.

Capítulo diecinueve

Poco a poco, la mancha oscura fue perfilándose sobre el azul blanquecino del mar. Primero pudieron distinguir la estructura metálica y sobria de un barco de guerra, luego el armamento: un cañón y varias ametralladoras antiaéreas. Por último, conforme se acercaba, distinguieron a una docena de hombres equipados con correajes y cartucheras que, armados con fusiles, se desplegaban por la banda de estribor.

Los motores de la patrullera de altura, con bandera vietnamita, jadeaban dando vueltas alrededor del *Galloper*. Sin poder reprimir el incesante temblor de sus rodillas, Tina era consciente de que el comandante de la nave y el segundo de a bordo los estudiaban desde el puente. Pasados unos minutos, la patrullera se detuvo e inició una maniobra de acercamiento hasta que quedó abarloada al velero.

Un oficial, acompañado por dos soldados armados, subió a bordo del *Galloper* y permaneció de pie en cubierta, con las manos en la cintura, pasando revista a la situación. Era un hombrecillo delgado, enfundado en un uniforme gris perfectamente planchado y tocado con una gorra de visera calada hasta las cejas. Cruzándole la cazadora, llevaba un correa de cuero negro que sostenía la funda de la pistola. Después de echar un vistazo rápido, se dirigió a Tina en inglés:

—¿De dónde procede este barco? ¿Por qué no lleva pabellón?

Tina apretó inconscientemente a Lanás contra su pecho y comenzó a balbucear:

—Bueno..., verás..., el barco es inglés, pero... yo soy española. Mi padre... es diplomático en la embajada de...

—Están ustedes navegando por aguas jurisdiccionales de Vietnam —la interrumpió el oficial—. Navegar sin pabellón constituye un delito.

—Hemos sufrido una tormenta —respondió Tina casi suplicante—, llevamos dos días a la deriva. Mis padres...

—Tú, ¿de dónde eres? —la interrumpió de nuevo dirigiéndose a Chua a la vez que hacía un ademán a los soldados que le acompañaban.

Ambos individuos inclinaron la cabeza al unísono y se apresuraron hacia los camarotes con los fusiles terciados sobre el pecho.

Chua los miró de soslayo y respondió en su idioma natal:

—Soy *dayak* de la isla de Pulau Karang.

El oficial compuso una mueca de extrañeza y volvió a intervenir:

—¿Eres su criado?

—No —respondió Chua—, yo...

Un grito proveniente de los camarotes impidió que Chua concluyera su alegato. Tina le miró de soslayo. Estaba rígido. Por su parte, el temblor de las rodillas se le había extendido por todo el cuerpo haciéndose evidente en Lanás. Ambos sabían lo que aquel grito significaba.

Se oyeron unos pasos apresurados que subían las escaleras y otros gritos. De inmediato, un soldado salió a cubierta con una bolsa de plástico en la mano.

El oficial observó estupefacto el contenido de la bolsa. Hubo un intercambio de palabras y, acto seguido, desenfundó la pistola y apuntó a la cabeza de Tina. Chua la abrazó y se interpuso con el gesto descompuesto.

Ella miró por encima del hombro de Chua el pequeño agujero negro del cañón, cerró los ojos y realizó una profunda inspiración. Repentinamente, se sintió más tranquila. Había vivido tantas veces, en las últimas horas, la sensación de que iba a morir, que el hecho le producía el efecto contrario.

—¡Traficantes! —dio la alarma el oficial en inglés, para que lo entendiera la chica, y se volvió hacia el comandante de la patrullera, quien seguía con sumo interés, desde el puente, lo que acontecía en el velero.

Tina se deshizo del abrazo de Chua y se encaró al oficial gritándole:

—¡No! No somos...

Antes de terminar la frase, el vietnamita le soltó un bofetón con el dorso de la mano y cayó desplomada en los brazos de Chua. Lanás se escurrió al suelo, dribló a los soldados y corrió asustado hacia los camarotes del *Galloper*.

Un fuerte temblor recorrió el cuerpo de Tina, pero esta vez no era miedo, sino impotencia, rabia contenida, estupor por lo incongruente de los acontecimientos. ¿Qué estaba ocurriendo? Aquello no tenía sentido.

Notó que Chua trataba de ayudarla a incorporarse y se dio media vuelta. El muchacho estaba asustado, podía leer el terror en sus ojos. Cuando fue a girarse para enfrentarse de nuevo al oficial, éste ya caminaba hacia la

patrullera. Intentó hablar y llorar, pero ni le salía la voz ni tenía lágrimas en los ojos. En ese momento, uno de los soldados le clavó el fusil en la espalda con saña. Tropezó y dio varios trompicones por la cubierta. Acto seguido fueron empujados hacia la lancha.

El jefe de la patrullera se subió a una especie de pescante con barandilla y comenzó a dar órdenes que fueron repetidas a gritos por el contramaestre. Enseguida comenzó una gran actividad en el barco. Varios marineros soltaron las armas para atar el *Galloper* a remolque. Uno se acercó con unos grilletes. Primero se los colocó a Tina, sin ninguna consideración con sus manos vendadas, y la obligó a sentarse empujándola por el hombro. Con Chua fue menos delicado. Después de ponerle las esposas, le dio un rodillazo en el estómago y el chico cayó al suelo. Unos minutos más tarde, el barco partía remolcando el velero con un cable de acero trenzado.

Chua respiraba con dificultad.

—¿Te duele mucho? —le preguntó Tina en voz baja volviéndose hacia él.

Chua negó con la cabeza.

—Dios mío, Chua, ¿qué podemos hacer?

—Nada —respondió él, jadeando—, estamos perdidos.

Tina respiró hondo preguntándose qué había hecho de malo en su corta vida para merecer todo lo que le estaba ocurriendo. Quizá estaba pagando su deseo constante de salir del entorno habitual, sus ansias de aventura y de nuevas experiencias. Realmente fue ella quien más insistió en hacer aquel viaje. Chantajeó a su padre recordándole que pronto se iría a Madrid y que pasarían varios meses sin verse. Fue aquella tarde mientras su madre preparaba té en la cocina:

—Venga, papi, propónselo ahora.

—No, Tina, ahora no es el momento.

Tina corrió a su lado y se sentó sobre sus rodillas. Sabía que esto funcionaba.

—Anda, *porfi*. Mira, hoy se ha pasado todo el día cantando. Seguro que acepta.

Cuando su madre regresó con la bandeja, Tina ocupaba de nuevo su asiento y miraba distraída al jardín.

Sus ojos se posaron llenos de culpabilidad sobre la superficie lisa del mar. ¿Por qué no podía ser ella como los demás? ¿Acaso no llevaba una vida

envidiable? «Yo buscaba unos zapatos hasta que me encontré a alguien que no tenía pies», había escrito Anthony de Mello.

Afligida, giró la cabeza en un intento de buscar respuesta a sus preguntas y vio que se acercaba de nuevo el individuo que la había esposado. Cacheó a Chua primero y luego a ella. Al pasarle la mano por el pantalón vaquero, de un bolsillo extrajo el pasaporte diplomático. El marinero se dirigió hacia el oficial esgrimiendo la libreta roja y éste le instó con un gesto a que se lo llevara.

Un rato más tarde el marinero había regresado, levantaba a Tina por las axilas y la empujaba hacia las entrañas de la nave.

Ella se sobrecogió al adentrarse por los pasillos del barco. Eran estrechos, iluminados por una tenue luz rojiza y había profusión de puertas metálicas. Se percibía un fuerte olor a gasóleo. De vez en cuando se oían murmullos de voces, entremezcladas con el sonido sordo de los motores. Al llegar ante una puerta, el guardián la retuvo del brazo y llamó con los nudillos. Se oyó una voz. El marinero accionó el picaporte y empujó a Tina dentro. Luego volvió a cerrar la puerta.

El habitáculo era pequeño, con las paredes forradas de madera. En la pared del fondo, había dos ojos de buey circundados por aros de bronce por donde se colaba la luz del exterior y un camastro estrecho a la izquierda.

El comandante de la nave, sentado detrás de una mesita, hojeaba el pasaporte. Debía de doblar en edad al oficial que subió al *Galloper* para inspeccionarlo: tenía el pelo totalmente blanco y ralo, peinado hacia atrás, y utilizaba unas gafitas redondas de montura metálica.

Parecía ausente y se hubiera podido decir que más que examinar el documento estaba pensando en lo que iba a soltar. A los pocos instantes lo cerró, enderezó la cabeza y clavó la mirada en los ojos de Tina.

—Así que eres española —dijo por fin en un inglés que, a pesar de carecer de acento, alargaba las eses finales.

Tina asintió con la cabeza.

El comandante sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón, se quitó las gafas y comenzó a limpiarlas con parsimonia.

—¿Diplomática?

—Yo, no. Mi padre.

—¿A qué embajada pertenece tu padre?

—Estaba en la embajada de España en Singapur, pero le trasladaron a la de Manila.

El oficial se colocó las gafas y echó un vistazo hacia un portarretratos colocado en una esquina de la mesa. Tina dirigió la vista hacia allí, pero únicamente podía ver la parte trasera del marco. Le pareció que el viejo comandante esbozaba una sonrisa. Entonces se percató de que lo estaba observando y cambió el gesto. Después de carraspear un par de veces, volvió a hojear el pasaporte y reinició el interrogatorio:

—¿De dónde procede la droga?

Tina comenzó a relatarle la historia, pero, cuando casi había terminado, el comandante la interrumpió asestando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Mientes! ¿Crees que voy a tragarme esa historia?

Tina soltó un respingo y tragó saliva, pero se repuso enseguida.

—Puedo demostrar lo que digo —afirmó tratando de aparentar serenidad—. Antes de que nos llevaran a la isla, lancé un *mayday* y me respondió el puerto de Kuching. Por favor, ¡tiene que creerme! —Tina dejó pasar unos segundos y luego continuó bajando el tono de voz—. El jefe de los piratas tiene su guarida en la isla de Pulau Karang y ha sometido a toda la población. El chico que me acompaña se lo puede confirmar.

El comandante dejó pasar un buen rato hasta que movió la cabeza y se quedó pensativo, mirando al vacío.

—El je... el jefe de los piratas se llama Razak —musitó Tina con voz quebrada.

Al oír aquel nombre, el oficial giró la cabeza bruscamente, se puso en pie de un salto y abrió los ojos de par en par.

—¿Razak? ¿Él te envió con la droga?

Al comprobar el efecto que habían causado sus palabras, Tina se desplazó hacia el lateral de la mesa y comenzó a hablar atropelladamente:

—Me obligó a transportar la droga, sí. Se suponía que un barco nos tenía que interceptar al amanecer, pero nos sorprendió la tormenta, ya se lo he dicho. Por favor, señor, créame. Mis padres y mi hermano están en peligro... Posiblemente ya los hayan asesinado. Me amenazó con colgarlos de una palmera si no regresaba al día siguiente por la tarde... Desde entonces ha pasado un día y medio.

El oficial tomó asiento de nuevo, apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos. Luego dejó caer la barbilla sobre los dedos cruzados y permaneció con la mirada fija en la puerta de entrada.

Desde la nueva posición, Tina podía ver la foto. Era una foto de medio cuerpo de una adolescente con rasgos orientales. Seguramente tendría su

edad. Llevaba el pelo recogido en dos coletas a ambos lados de la cabeza, los carrillos redondos, y lucía una encantadora sonrisa.

—Razak, Razak... —oyó que murmuraba el oficial y volvió al otro lado de la mesa.

El viejo marinero se reclinó sobre el asiento y estudió a Tina durante un rato.

—Por favor... créame —suplicó ella—. Le estoy diciendo la verdad.

El comandante se ajustó las gafas con el dedo índice, miró de soslayo la fotografía y volvió a preguntar:

—¿Estás segura de que el bandido se llama Razak?

Tina movió la cabeza afirmativamente.

Capítulo veinte

El sol rozaba la línea del horizonte cuando Tina y Chua subieron a la cubierta de la patrullera. Después de interrogar exhaustivamente al muchacho, el comandante de la nave había efectuado una llamada al puerto de Kuching para confirmar la declaración de Tina y había puesto rumbo a la isla de Pulau Karang. Al parecer, Razak era un viejo conocido de la policía y llevaban tiempo buscándole. Por otro lado, el comandante se lo había tomado como algo personal. Chua había escuchado una conversación con el segundo de a bordo: el tal Razak se le había escapado un par de veces dejándole en ridículo ante sus superiores.

Tina giró sobre los talones. El mar permanecía envuelto en la calma que sobrevino después de la tormenta. Sus ojos se detuvieron en el *Galloper*. Arrastrado por el barco de guerra, el velero cabeceaba y daba bandazos a izquierda y derecha. Visto desde allí, parecía un viejo galeón después del fragor de una batalla. Tenía destrozada la borda de estribor, los *stays* y obenques colgando del palo mayor y algunos trozos de vela ondeando al viento. Los graznidos de unas gaviotas alrededor del barco llamaron su atención. Tina se acercó a la borda de la patrullera y oteó el horizonte colocándose la mano abierta encima de las cejas. La aparición de aquellos pájaros anunciaba la proximidad de la costa.

Lino de los serviolas dio un grito y estiró el brazo hacia sotavento. El contramaestre hizo sonar el silbato y la tripulación de cubierta echó a correr hacia el armamento de la nave. Las gaviotas aumentaron los graznidos. Otro grupo de hombres salió de los camarotes. Gritaban a medida que se abrochaban los chalecos salvavidas y se situaban en varios emplazamientos de la patrullera. El comandante abandonó el puente y dirigió los anteojos hacia el lugar que había señalado el serviola. Inmediatamente dio una orden al segundo de a bordo y la lancha aminoró la velocidad. Se hizo el silencio. La

atención de todos convergía en la mancha oscura que a duras penas se perfilaba a lo lejos, bajo el resoplar cadencioso de los motores al ralentí.

Chua se acercó a Tina y le colocó una mano sobre el hombro.

—Ya verás como aún siguen vivos —dijo zarandeándola un poco.

Ella giró la cabeza, tragó saliva y volvió a sentir aquel pinchazo en la boca del estómago que se había hecho tan habitual en los últimos días. Sabía que trataba de animarla, pero algo en su interior le decía que no volvería a verlos vivos. No obstante, tenía que impedir a toda costa el discurrir de aquellos pensamientos negativos. No iban a aportarle nada nuevo, ni bueno. El final estaba cerca. Lo percibía. Pero ahora necesitaba calma más que nunca, estar tranquila para afrontar lo que se le viniera encima cuando entraran de nuevo en la isla.

Tina miró la mole oscura. Si estaban muertos le quedaba un duro camino que recorrer y si todavía permanecían vivos... Si estaban vivos... «Dios mío que lo estén, que lo estén», repitió para sus adentros y cerró los ojos.

Unos pasos sobre la cubierta metálica del barco le hicieron volver a la realidad. Detrás de ellos estaba el comandante de la nave y el segundo de a bordo.

—Bien —soltó en inglés el comandante, señalando la lejanía—, ahí tenemos la isla de Pulau Karang. Por vuestro bien espero que encontremos a Razak —dio unos pasos y se apoyó sobre la borda—. ¿Dices que hay una forma de atravesar el arrecife y penetrar en la isla? —preguntó a Chua sin mirarle.

—Sí —respondió él con voz apagada—, pero el paso está en la costa opuesta, a poniente.

El comandante se giró y permaneció apoyado con los codos en la borda como si estuviera en la barra de un bar.

—Es curioso —comentó con aire ausente dirigiéndose al segundo de a bordo—, sabíamos que en la isla viven algunos pescadores *dayaks*, pero a nadie se le había ocurrido nunca que en el interior podrían ocultarse piratas.

Tina tuvo la impresión de que el vietnamita disfrutaba utilizando el idioma inglés delante de ella, como si ello le revistiese de mayor autoridad. Después de pasear la mirada por la cubierta del barco, el oficial meditó un momento lo que iba a decir y se dirigió de nuevo a su segundo:

—Un lugar perfecto, sí, señor. Bien, pongámonos en marcha. Que preparen el armamento —señaló y echó a andar en dirección al puesto de

mando.

—Un momento, un momento —saltó Tina y corrió hasta colocarse frente a él—. ¡No pueden entrar ahí a cañonazos! Allí están mis padres y hay mujeres, niños y hombres indefensos.

El comandante de la nave la miró con desdén, se encogió de hombros y echó a andar de nuevo. En ese momento intervino Chua:

—Ellos también tienen un cañón en su barco...

El comandante se detuvo en seco.

—... Y la entrada a la isla es muy estrecha.

El jefe de la patrullera meditó unos segundos las palabras del chico y luego comenzó a dar pequeños paseos por la cubierta con las manos a la espalda, hasta que paró en seco y permaneció un rato con la vista clavada en la isla.

—Incluso es posible que ya nos hayan visto —murmuró.

—No creo —intervino de nuevo Chua.

El comandante de la patrullera avanzó unos pasos, se plantó delante del chico y le cogió del brazo.

—¿Por qué estás tan seguro? ¡Habla!

Chua, intimidado por los gritos, bajó la cabeza.

—Para llegar a esa parte de la isla hay que hacerlo por mar. Desde el interior es casi imposible subir hasta lo alto de los acantilados. Ellos sólo vigilan la entrada por el desfiladero.

Tina acudió a su lado.

—Señor —dijo en tono suplicante—, deje que entremos nosotros primero para que pongamos sobre aviso a los nativos.

—Eso es absurdo —replicó el comandante de la nave—, si hay una sola entrada enseguida os verán.

Tina comenzó a hablar deprisa y a trompicones, ahogándose con sus propias palabras.

—No, si lo hacemos de noche. Dentro de una hora el sol se habrá ocultado y será fácil deslizarse en una zódiac. Chua y yo entraremos y pondremos en alerta a la población.

Se detuvo un momento para tratar de tranquilizarse y miró al comandante. Tenía los ojos entornados y los labios cerrados, como buscando otra solución a la que le proponía ella.

—Por lo que sé —continuó un poco más calmada—, hay un único vigilante en el muelle y éste queda lejos del desfiladero. Los piratas duermen en la cabaña principal.

El comandante intercambió una mirada con su segundo, dio otro par de paseos pensativo y, finalmente, se sentó sobre la borda.

—Muy bien, esto es lo que haremos: tú —dijo señalando a Chua— nos llevarás hasta el lado opuesto de los arrecifes y fondearemos el barco allí. Al anochecer, entraréis acompañados de un oficial y de dos de mis hombres. Un poco antes de que salga el sol haréis estallar una granada en el interior. Eso los distraerá y podremos colarnos en la bahía antes de que tengan tiempo de reaccionar.

Capítulo veintiuno

Tina oyó un pitido suave, que enseguida cambió de tono e intensidad. Se produjo un jaleo de carreras y los motores del barco aumentaron de revoluciones. Su corazón también. Conforme el barco navegaba hacia el otro lado de la isla, notó que el pánico volvía a hacer presa en ella: era el momento que tanto había deseado y tanto había temido.

La patrullera bordeó el arrecife y se situó a poniente. Chua guió la navegación a través del atolón ante los ojos estupefactos del comandante. Este miraba los restos de los naufragios y las rocas punzantes que sobresalían del agua, temeroso de que alguna rozara el casco y su nave pasase a formar parte de aquel cementerio de hierros oxidados. Superados los arrecifes, echaron el ancla a la entrada del desfiladero y pararon los motores de la patrullera.

El sol acabó ocultándose tragado por el océano y la tarde fue deslizándose entre el viento cálido del Sur y los suaves rizos de la mar. Desde hacía rato, Tina permanecía apoyada en la borda con la vista puesta en el islote, tratando de distraerse para no pensar en lo que podría encontrarse al otro lado de aquellas piedras oscuras. Ya casi no se distinguían los detalles de la costa. Se preguntaba a qué esperaba el comandante para dar la orden de zarpar.

El viejo marinero se había mostrado especialmente atento con ella. Posiblemente, este cambio de actitud se debía al favor que le estaban haciendo al poner en sus manos al pirata Razak. Después de exponer su plan, la acompañó personalmente al botiquín para que el médico de a bordo le cambiara las vendas y posteriormente a la cocina, donde el cocinero le sirvió dos generosos cuencos de arroz, un poco de pan y dos plátanos.

Chua casi no había abierto la boca. Ni para comer ni para hablar. Llevaba toda la tarde sentado en la proa con los pies colgando fuera de la nave. Ella no quiso interrumpir su silencio.

Un marinero llegó corriendo y le tocó el hombro. Ella se sobresaltó: la acción iba a comenzar. Por señas él le indicó que el comandante requería su

presencia en el puente de mando. Tina vio que Chua se acercaba acompañado de otro marinero.

—¿Crees que zarparemos ya? —preguntó Tina caminando a su lado por la cubierta.

Chua se encogió de hombros.

—Estás muy raro. ¿Te ocurre algo?

—No me pasa nada.

Tina lo detuvo agarrándolo del brazo antes de atravesar la puerta que daba paso hacia el interior de la patrullera.

—Vamos, Chua, dime qué te ocurre.

Él la miró intensamente, le pasó la mano por la mejilla y sonrió.

—No me pasa nada, de verdad. Dentro de poco todo habrá acabado.

Tina le vio alejarse por los oscuros pasillos. Recordó el momento en que, arrodillada frente a él, estuvo a punto de besarle. Sus ojos tenían el mismo brillo... El marinero que la seguía la instó con un ademán a seguir adelante.

Una angosta escalera de metal los llevó hasta una cámara contigua al puente de mando del barco, donde el comandante de la nave estaba reunido con los oficiales de a bordo. Era una sala cuadrangular de unos cuatro metros de lado con una mesa repleta de cartas marinas en el centro y las paredes atestadas de pizarras de poliuretano transparente, teléfonos y paneles indicadores con parpadeantes lucecitas verdes y rojas. Un aplique colocado en el techo iluminaba la mesa como si fuera la camilla de un quirófano.

El silencio era casi absoluto. Los oficiales se mantenían firmes en uno de los laterales y el comandante permanecía apoyado con ambas manos en la mesa. Al cabo de un rato, este último se irguió, hizo un gesto con la mano para que se acercase Chua y le pidió que realizara un croquis detallado con la situación del muelle, de las cabañas y el lugar donde se encontraban encerrados los padres y el hermano de Tina. Hablando siempre en inglés, explicó la estrategia que había acordado con los oficiales de la nave: entrarían en un barco auxiliar de la patrullera por el desfiladero y tratarían de desembarcar en la playa. Tina rescataría a su familia y se internarían en la selva; Chua avisaría a la población para que no salieran de las viviendas; y el oficial, acompañado de dos marinos, colocaría una carga de explosivos en algún lugar propicio para llamar la atención de los piratas. De ese modo permitiría que la patrullera se colara hasta el centro de la bahía sin ser descubierta.

El comandante apoyó otra vez las manos sobre la mesa, volvió a echar una ojeada al dibujo realizado por Chua y se rascó la barbilla. Un segundo

más tarde levantó la cabeza, miró a Tina y se dirigió a los que le rodeaban:

—Bien, creo que todo ha quedado perfectamente claro. A las seis y cuarto levaremos el ancla, entraremos en el desfiladero y esperaremos. A las seis cuarenta y cinco, usted —señaló a uno de los oficiales— hará explosionar la carga. En ese momento, entraremos en la bahía y dispararemos contra el barco de esos mal nacidos para evitar que puedan utilizar el cañón. Luego, pediremos la rendición por los altavoces. Si oponen resistencia, tendremos que actuar. Muchacho —dijo dirigiéndose a Chua—, de ti depende que todo salga bien. Asegúrate de calmar a la población para que no se ponga nerviosa. Si no salen de las casas, no les pasará nada.

El comandante dejó pasar unos segundos para comprobar que todos le habían entendido y, finalmente, concluyó:

—Pongámonos en marcha.

Los oficiales comenzaron a abandonar la sala donde había tenido lugar la reunión. Cuando Tina se volvió para seguirlos, notó que una mano se posaba sobre su hombro. Era el comandante de la nave.

—Eres una chica muy valiente. ¿Qué edad tienes?

—Diecisiete. Bueno..., casi dieciocho.

Tina lo observó con detenimiento. Parecía realmente preocupado, como si temiera por su suerte. El semblante serio del comandante de la nave se había vuelto de repente paternal.

—Yo tengo una nieta de tu edad —dijo modulando la voz—. Casi no la veo. Paso más tiempo dentro de esta bañera que en mi casa. Pero en un par de meses me jubilaré y espero poder dedicarle más tiempo.

El viejo marino dio unos pasos hasta uno de los paneles, movió un interruptor distraídamente y, después de volverse, prosiguió:

—Lo que estás haciendo por tus padres es encomiable. Ojalá estén bien cuando los encuentres. Te deseo suerte.

Ella tragó saliva y asintió moviendo la cabeza.

—Gracias, señor —musitó—. Yo tuve un abuelo como usted. Él también era marino.

El comandante enarcó una ceja y después sonrió.

—Por favor, ten mucho cuidado.

—Gracias —repitió Tina y abandonó la sala.

De madrugada arriaron una lancha auxiliar de la patrullera. En ella se instaló un oficial, que se sentó en la popa junto a la caña del timón, con dos marineros a los remos y Chua y Tina en la proa.

Cuando la embarcación abandonó el costado del barco se oyeron unos tímidos ladridos desde el *Galloper*. Una cabecita asomó por la borda.

—Todo va bien. Lanas, todo va bien —dijo Tina con voz apagada—. Enseguida volvemos.

El animal emitió varios gemidos con las patas sobre la borda testigo de cómo la embarcación se alejaba.

Al adentrarse en el desfiladero, corría una ligera brisa del Sur que ondulaba ligeramente la quietud del mar. En el cielo, la luna asomaba de vez en cuando entre grupos de nubes que se desplazaban con lentitud. Tina apoyó la cabeza sobre el hombro de Chua, cerró los ojos y se dejó embargar por el leve chapoteo de los remos. Presentía que la pesadilla estaba a punto de terminar y tenía el corazón encogido por la incertidumbre. Seguramente, al final de aquella corta travesía, encontraría la solución de todos sus males... o el principio de todos sus problemas. La imagen de sus padres y de Roni colgados de las palmeras le torturó la imaginación y abrió los ojos de golpe. A ambos lados se levantaban, silenciosos y negros como las paredes de una tumba, los farallones del desfiladero. Al paso de la embarcación, un pájaro aleteó desde una roca cercana y llenó la noche de ecos sordos y siniestros. Como si adivinara sus pensamientos, Chua le pasó el brazo sobre los hombros y la apretó contra él.

El oficial cuchicheó algo desde la popa y los marineros dejaron de remar. Tina y Chua se giraron. La bocana que daba acceso a la bahía se encontraba a escasos metros. El oficial hizo un ademán con el brazo y los remos volvieron a actuar, pero esta vez con mayor lentitud y acercando la zódiac a las rocas de estribor.

Un poco más tarde, la proa de la embarcación asomaba en la ensenada.

Todo parecía tranquilo. El bote se deslizaba rompiendo la superficie bruñida de las aguas, oculto bajo las sombras de las rocas. Desde allí divisaron el muelle y el barco de los piratas. Por el pantalán se paseaba la silueta de un hombre armado acompañado de varios perros. En la explanada se distinguía la silueta de otro hombre sentado junto al fuego casi extinguido de una hoguera. Pero la población tenía aspecto de cementerio. No había ni una sola luz en las cabañas, nada se movía, no se oía nada.

Un manto de silencio sobrecogedor lo cubría todo. Tina trató de localizar la jaula donde estaban prisioneros sus padres, pero únicamente pudo distinguir la masa exuberante de la selva que se agitaba al compás de la brisa.

En ese instante, un perro soltó un par de ladridos. Los marineros dejaron de remar y todos agacharon instintivamente la cabeza. En la barcaza nadie

respiraba. El hombre del pantalán se detuvo, miró varias veces hacia la entrada de la bahía y se acuclilló para tranquilizar al animal. Luego reanudó los paseos. El oficial se llevó la mano al hombro y la movió varias veces hacia delante y atrás. Los remeros impulsaron de nuevo la embarcación tratando de no hacer ruido hasta que la quilla de la barca rechinó sobre la arena.

Chua saltó, sostuvo la embarcación por la proa y permaneció así hasta que todos estuvieron en tierra con él. Afortunadamente, la curvatura de la playa y varios matorrales los ocultaban de la visión de los vigilantes. Después de arrastrar la embarcación hasta dejarla en seco, el oficial hizo una señal y todos le siguieron gateando hasta las primeras palmeras. Desde allí echó un vistazo. El pirata del pantalán seguía paseando mientras jugaba con los perros y el otro seguía dormitando junto a la hoguera.

—Faltan dos horas para el amanecer —dijo después de consultar el reloj de pulsera—. Nosotros vamos a colocar las cargas y vosotros vais a lo vuestro. Nos veremos aquí.

A continuación, se internó en la selva, seguido de dos hombres. Chua y Tina esperaron hasta que desaparecieron entre el follaje. Chua estiró un poco la cabeza y oteó la explanada. Hizo un gesto con la mano para que Tina le siguiera y se dirigieron sigilosamente hacia el poblado por la misma senda que él utilizaba para ir a pescar. Al llegar a un cruce, se detuvo, se agachó y la obligó a acuclillarse a su lado tirando de su antebrazo hacia abajo. Chua señaló con el brazo extendido. Tina miró hacia la dirección señalada y se le encogió el corazón: a unos cincuenta metros, se perfilaba en la penumbra el contorno de la jaula.

—Allí están encerrados tus padres y tu hermano. Llévalos a los campos de arroz. Al final hallarás una cabaña pequeña donde se guardan los aperos de labranza. Quedaos dentro hasta que yo llegue. No te internes en la selva, ya sabes lo que te puedes encontrar allí. Voy a avisar a los demás.

Sin embargo Tina no le escuchaba. Toda su atención estaba puesta en aquellos barrotes siniestros que sobresalían por encima de los matorrales.

—Ten cuidado —susurró él.

Ella lo contempló un instante, como si lo hubiese visto por primera vez. En ese momento notó que le presionaba el antebrazo y echaba a andar por el sendero.

—Recuerda —dijo en voz baja antes de desaparecer en la oscuridad—, la cabaña que hay al final de los campos de arroz. No te olvides. Y ten cuidado.

—¿Qué...? ¿Qué cabaña? ¿Qué... dices? Estaba distraída...

Pero Chua ya se había perdido entre la maleza.

Tina volvió a mirar hacia el sendero, más allá de los matorrales, buscando la jaula y sintió que aquella situación se le escapaba de las manos.

—Chua, por favor, vuelve. No me dejes sola. A... acompáñame —musitó.

Unos instantes después oyó el ulular de un búho y alzó la cabeza repentinamente.

—¡Maldita seas, Tina! —se dijo, y se puso en pie—, tú tienes que ayudar a tu familia y él a la suya.

Capítulo veintidós

Pese al conato de furia y después de repetirse varias veces que tenía que seguir adelante, un escalofrío de inquietud se deslizaba por su espinazo y no la dejaba reaccionar. Tina estaba allí, de pie, sola entre los matorrales. La brisa movía las ramas suavemente llenando de sombras los alrededores, y el mar, al romper sobre la arena de la playa, originaba un siseo inquietante.

Notó que el pánico la invadía paulatinamente agarrotándole los músculos de las extremidades y respiró profundamente un par de veces. Sus músculos se desentumecieron y echó a andar por el sendero, con sumo cuidado, tratando de no hacer ruido.

La luz de la luna seguía velada por las nubes, aunque la claridad blanquecina que se filtraba era suficiente para poder caminar entre el follaje. Cerca ya de la jaula le asaltó un pensamiento, una sentencia macabra que le atravesó el cerebro de lado a lado: «si no estás de vuelta mañana por la tarde, colgaré a tus padres y a tu hermanito de lo alto de esas palmeras y dejaré que se los coman los buitres».

Se paró en seco.

—¿Papá? —preguntó en voz baja y contuvo la respiración.

No hubo respuesta.

—¿Papá? —preguntó de nuevo y continuó andando, primero despacio y luego más deprisa.

El recinto estaba vacío y la puerta abierta. Para ahogar un grito de terror, se llevó la mano a la boca. Súbitamente, se giró en redondo y comenzó a revisar, una por una, las copas de las palmeras. Por un instante, creyó divisar que de una de ellas colgaba algo y se puso tensa como la cadena de un ancla, pero pronto se dio cuenta de que era una rama rota que pendía balanceada por el viento. Cerró los ojos, los apretó con fuerza y visualizó las caras de su padre, de su madre y de Roni. Si no estaban allí encerrados ni colgados de las palmeras, quería decir que quizá estaban vivos.

De inmediato los abrió y dio varias vueltas por los alrededores. Luego entró en el gallinero y buscó algún rastro que le indicase el estado de sus padres. Por último, se encaramó a los barrotes de la jaula y volvió a repasar, una por una, las palmeras y los árboles.

No estaban.

Rebosante de alegría, saltó de la empalizada y trató de calmarse. Cada vez más, abrigaba la esperanza de encontrarlos. Los habrían trasladado a otro lugar más seguro. Tal vez a la cabaña de los piratas...

Aquella deducción última mudó repentinamente su alegría por ansiedad. Dentro de poco amanecería y la patrullera entraría disparando a diestro y siniestro. Si sus padres estaban en la cabaña de los piratas o en cualquier otro sitio del poblado, podrían perecer bajo el fuego de la policía.

—Tengo que encontrarlos antes de que salga el sol —se dijo y avanzó agachada por el sendero.

Al llegar al final, estudió la situación. A su izquierda, en la explanada, estaba el hombre dormitando junto a la hoguera. Un poco más abajo, cerca del pantalán donde paseaba el vigilante con los perros, se encontraba la cabaña de los piratas. Posiblemente tendrían encerrada allí a su familia. Ante ella, a pocos metros, se alzaba la primera cabaña del poblado, pero estaba rodeada por un espacio libre de vegetación. Se preguntó si podría alcanzarla sin ser vista.

Tenía que intentarlo.

Inspiró, retuvo el aire y cruzó el trecho que la separaba de la cabaña con tanto sigilo que sus pies casi no tocaron el suelo. Cuando consiguió alcanzar una pilastra, se pegó a ella como una lapa y empezó a jadear como si hubiese recorrido los doscientos metros lisos en veinte segundos.

Asomó la cabeza. El vigilante de la hoguera seguía en brazos de Morfeo. Después de recuperar el aliento, bordeó la choza y se dirigió silenciosamente hacia la cabaña principal escondiéndose entre las ramas de los arbustos. Pero ahora pensaba que no había sido una buena idea acometer sola aquella aventura. Quizá hubiese sido mejor haber esperado a Chua o buscar al oficial de policía. Al llegar junto a los pilares que sostenían la cabaña, se deslizó entre ellos con el aliento contenido y sin quitar la vista del pantalán. Sabía que cualquier ruido podía desencadenar una sinfonía de ladridos que echaría a perder todo el plan. Sobre su cabeza oyó ronquidos, toses y movimiento de cuerpos. También le pareció que alguien cuchicheaba dentro de la casa. Se puso más tensa aún de lo que estaba, porque su intención era asomarse dentro para...

Alguien la abrazó por detrás bruscamente y le tapó la boca. Trató de zafarse con un movimiento violento, pero era tal el terror que la invadía que perdió el conocimiento durante unos segundos. Cuando volvió en sí, estaba tumbada en el suelo y Chua, agachado a su lado, le daba palmaditas en la cara.

—¿Estás loco? Casi me matas del susto —susurró.

—Shhh —chistó él llevándose un dedo a la boca, y estiró el brazo para señalar un grupo de palmeras situado detrás de la choza.

Tina se puso en cuclillas junto a él, abrió los ojos de par en par y permaneció con el gesto congelado: había media docena de hombres atados a los troncos, desnudos de cintura para arriba. La chica se encaró a Chua sin comprender lo que sucedía.

—Ven —dijo él en voz muy baja y tiró de ella cogiéndola del brazo hasta que se hubieron alejado lo suficiente—. He recorrido varias cabañas. No queda nadie en el poblado y las viviendas están vacías —le informó.

—Pero... pero... ¿los han matado a todos? —tartamudeó Tina—. ¿Y mis padres...?

Chua estiró el cuello para echar un vistazo a los vigilantes.

—No creo que hayan matado a nadie. Estoy convencido de que han huido. Los que están atados son los que tenían a su servicio. Seguramente los están utilizando para que vuelvan.

—No entiendo nada.

—Sé donde podemos encontrarlos.

—¿Dónde?

—En la cueva sagrada.

—¿Cómo? —volvió a preguntar para asegurarse de la respuesta.

—En la cueva sagrada —repitió él.

—Pero...

Chua volvió a estirar el cuello para comprobar que todo seguía en orden y la cogió de los hombros.

—Confía en mí, ¿vale?

Tina le miró con fijeza y a continuación se irguió y contempló unos segundos el poblado. Las montañas del fondo ya se perfilaban con nitidez sobre el cielo. Casi con toda seguridad la patrullera habría iniciado el camino hacia el interior de la isla en espera de oír la señal para entrar en la bahía.

—¿Estás seguro de que no están en alguna de las cabañas? ¿Y si están en la de los piratas...?

—Confía en mí —repitió él y la tomó de las muñecas para no hacerle daño en las manos vendadas.

—Chua...

—Venga, no tenemos tiempo que perder.

Dicho esto, tiró de ella, la puso en pie y la arrastró hacia los campos de arroz.

Capítulo veintitrés

Tina le siguió a regañadientes. Temía que sus padres hubieran quedado prisioneros en alguna de las chozas, pero Chua tiraba de ella bajo la claridad del inminente amanecer por un sendero que bordeaba los campos de arroz y sin permitirle ninguna objeción. Las nubes habían desaparecido y la luna era una bola grisácea que colgaba del cielo como una lámpara apagada.

La historia de que la población había huido, llevándose a su familia al lugar adonde se dirigían, la cueva sagrada, le sonaba a cuento chino. Si en la isla había un sitio donde esconderse, ¿cómo es que no lo habían hecho antes? Sin embargo, él parecía muy seguro.

—¿No crees que deberíamos haber sonsacado a los que estaban atados a los árboles? —preguntó ella sin perder el paso y mirando al suelo para no caerse.

Lo que preocupaba a Tina en aquellos momentos era que el oficial hiciese detonar la carga y la patrullera entrase disparando en el poblado. Si su familia todavía estaba allí, se vería en medio de la refriega y posiblemente los alcanzaría algún disparo.

—Chua, ¿me estás escuchando?

—Sigue, camina —respondió él.

Tina alzó la mirada y observó los primeros matorrales de la selva. Chua se dirigía hacia allí. El recuerdo del tigre la hizo detenerse en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—El tigre, ¿ya no te acuerdas?

—Esta no es su zona de caza. Venga, vamos —respondió Chua y volvió a tirar de ella.

Al llegar a los límites de la jungla, donde la vegetación se volvía más espesa, Chua giró hacia la izquierda en dirección a las montañas. Un poco más tarde, bordeó un grupo de árboles, se abrió camino entre los tupidos

helechos y detrás apareció una grieta entre dos rocas de apenas un metro y medio de altura.

—Hemos llegado —dijo en voz baja y siguió avanzando.

La cueva estaba oscura como boca de lobo. Durante los primeros metros, les llegó un poco de luz procedente del exterior, pero pronto se sumergieron en una oscuridad casi absoluta. Sin embargo, Chua caminaba con la tranquilidad y la seguridad de quien lo hace por el salón de su casa. Pegado a la pared, había una especie de pasamanos formado por troncos de caña de bambú por el cual Chua deslizaba la mano para guiarse.

—Agáchate un poco y no hables —le pidió él y aminoró la marcha.

Tina miró hacia arriba. El techo era lo suficientemente alto como para que caminaran erguidos, sin embargo, obedeció sin rechistar. Un poco más adelante ya no pudo distinguir nada. Se agarró con ambas manos al brazo del chico y le siguió, encorvada, mientras tropezaba con las piedras del suelo. Estaba segura de que terminaría por dar de bruces contra ellas. De súbito, el ambiente se llenó de un olor desagradable. Oyó algo sobre su cabeza, quizá un rebullir de cuerpos extraños que se movían y rozaban unos con otros. Sobre los hombros y la cara comenzaron a caerle gotitas y trocitos sólidos. Aterrada, soltó las manos, palpó una gota que tenía pegada en la frente y se la llevó a la nariz. El olor era nauseabundo.

—Chua, ¿dónde estamos? ¿Qué es esto que cae del techo? —preguntó obligándole a detenerse.

—Nada, no es nada —musitó Chua—. Vamos, sigue y no levantes la voz. Ni la cabeza. Vamos...

—Pero...

—Shhh...

Tina se agachó un poco más y, aguantando el olor repugnante, trató de hacer caso omiso a las gotas que caían del techo. Por fin divisaron a lo lejos una claridad tenue.

A medida que avanzaban, la claridad aumentó. La luz procedía de arriba. Seguramente algún hueco entre las rocas permitía que penetrara el día, iluminando una encrucijada donde se bifurcaba el camino.

Más relajada, se soltó del brazo de Chua. Ahora se podían distinguir las paredes laterales.

Y el techo.

A duras penas pudo contener un grito de pánico. Se quedó agarrotada, paralizada, incapaz de mover un solo músculo. La bóveda de la cueva temblaba y se agitaba como si fuese de gelatina.

—Chu... Chua... —balbuceó.

—...

—Chua —dijo de nuevo sin levantar la voz—. Esto... estos, esto, ¿qué es? —tartamudeó señalando al techo.

—Venga, sigamos —la animó él—. No tenemos mucho tiempo.

—Pero... el techo se mueve.

—Son murciélagos. Y no levantes la voz, ¿quieres?

—¿Murciélagos? —musitó Tina y anduvo de espaldas hasta llegar al cruce de caminos.

Millares de murciélagos que colgaban arracimados de las piedras cubrían totalmente la bóveda de la caverna.

—¡Dios mío! —exclamó y notó que Chua la arrastraba del brazo.

—Sigamos. Sólo son murciélagos. Estos animales no hacen nada...

—Pero..., pero... yo odio a esos bichos repugnantes —respondió Tina agachándose todavía más—. Son ratas con alas.

—Si no los molestamos, no pasará nada.

A partir de ese momento, ya no abrió más la boca. La idea de que aquella manada de animales inmundos pudiese salir en espantada le ponía la carne de gallina.

Capítulo veinticuatro

Chua tomó el corredor de la izquierda y avanzó con cuidado hasta que comenzaron a oírse voces. Una luz sutil y vacilante iluminaba el fondo del pasadizo. Entonces, llevándola todavía del brazo, aceleró la marcha. Cuando estaban a punto de alcanzar el final del recorrido, algo se enredó en las piernas de Chua, que cayó arrastrando a Tina. Inmediatamente, se oyó al fondo de las galerías un sonido metálico que se deslizaba con la suavidad de un fantasma.

Las voces del interior callaron. Se hizo el silencio.

—¿Estás bien? —susurró él.

—Sí..., sí... Creo que sí —respondió tras reponerse del susto.

Se incorporaron y palparon el suelo: una especie de red se extendía de lado a lado.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado? —preguntó aturdida.

—Nada, no pasa nada. Es sólo una señal para avisar que alguien llega. Sigamos.

—Pero...

Sin darle tiempo a terminar, la ayudó a levantarse y siguió por el pasillo. Al llegar al final, se detuvo.

Tina se quedó perpleja. Iluminada por docenas de antorchas incrustadas en las grietas de las paredes, ante ella se abría una caverna circular de inusitada belleza. Los techos, muy altos, estaban forrados de estalactitas que goteaban sobre un lago esmeralda dibujando círculos concéntricos y reproduciendo con exactitud el tic-tac de un reloj. En el lado derecho se levantaban varias estalagmitas que se unían a las estalactitas del techo formando columnas policromas y conferían al lugar el aspecto de un templo salomónico. En el lado opuesto se alzaba un *han tho* iluminado por multitud de velas plantadas en la base. Unos cestos de caña apilados junto al altar estaban repletos de corales y perlas.

Tina se acercó a Chua y se agarró de su brazo, sobrecogida y admirada por lo que tenía delante.

—Dónde..., ¿dónde estamos? ¿Qué... es esto? —preguntó casi sin voz.

—La cueva sagrada. Aquí enterramos a nuestros muertos —susurró Chua.

—Pero... eso de ahí es un tesoro.

Chua se encogió de hombros:

—Tuanku dice que nuestro verdadero tesoro es la felicidad.

Dicho esto, soltó el brazo de Tina, hizo una reverencia con las manos juntas contra el pecho al pasar frente al altar y se dirigió a la orilla del lago. Desde allí proclamó repetidas veces una frase en malayo y quedó esperando al tiempo que miraba para uno y otro lado.

Finalmente, una cabeza asomó en un rincón, luego otra, y otra... Segundos más tarde, la caverna se llenaba de hombres, mujeres y niños que surgían de detrás de las columnas y se dirigían hacia ellos.

Tina dio unos pasos hacia atrás, asustada. Pero una voz conocida le llamó la atención:

—¡Tina!

Al girarse hacia donde provenía la voz, su corazón dio un brinco. Y ella también.

—¡¡¡Roni!!!

Echó a correr hacia su hermano. El niño venía dando saltos de piedra en piedra y abriéndose paso entre los aldeanos. Un poco antes de llegar a su altura, se lanzó literalmente sobre ella y se le colgó del cuello.

—¡Dios mío, Roni! —gemía mientras le apretaba, pegada a él—. ¿Estás bien?

El niño asentía con la cabeza a la vez que lloraba.

—¿Y papá? ¿Y mamá? ¿Dónde están?

Roni se deshizo del abrazo y señaló un rincón. Al dirigir la mirada hacia allí, Tina vio que su padre bajaba, encorvado y ayudado por su madre, por una pequeña rampa.

Tina depositó a Roni en el suelo y salió corriendo hacia ellos.

—¡¡¡Papaaaá..., maaaaá!!!

Sus padres se detuvieron un momento antes de que ella llegara. Tina se echó en sus brazos y, un segundo más tarde, se les unía Roni.

Ana la contemplaba de arriba abajo con preocupación y se interesaba por sus manos vendadas al tiempo que Luis la tocaba sin dar crédito a sus ojos.

—Dios mío, Tina, ¿estás bien? —le preguntó su madre palpándole la cara con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Qué te han hecho? ¿Qué son todas estas

heridas? ¿Qué te ha pasado en las manos?

—Estoy bien, mamá, no me han hecho nada. De verdad estoy bien. Lo de las manos..., ya te lo contaré. Es una larga historia.

Luis la abrazó y susurró con los ojos cerrados mientras le besaba el cabello:

—Creíamos que habías muerto, hija. Has conseguido atravesar la terrible tormenta. Lo has conseguido.

—El *Galloper* es un gran barco, papá. Soportó la tormenta sin problemas, pero eso ha sido lo de menos —dijo Tina apartándose un poco; luego volvió a abrazarse a él con todas sus fuerzas.

Cuando las emociones fueron decreciendo, se dieron cuenta de que estaban rodeados por los habitantes de la isla. Luis le pasó la mano por los hombros y la llevó frente al anciano Tuanku.

Luis le explicó a su hija que la misma tarde que se habían marchado en el *Galloper*, el jefe de los piratas, borracho como una cuba, había organizado en la explanada una especie de juicio en el que obligó a participar a los habitantes de la isla. Los condenaron a muerte. La sentencia se cumpliría a la mañana siguiente. Tuanku, acompañado de un grupo de hombres, aprovechó la tormenta para liberarlos y llevarlos a la cueva con el resto de los vecinos.

Tina se soltó del abrazo de su padre y se acercó al anciano. Este efectuó una breve inclinación de cabeza, sonrió y dijo:

—*Salamet datank*^[5].

Ella no le entendió, pero le devolvió la sonrisa y se dispuso a darle las gracias por todo lo que habían hecho por sus padres y su hermano. No le dio tiempo. En ese preciso instante, sobrevino una explosión enorme procedente del exterior. El sonido retumbó en la caverna como en el interior de una campana. El suelo tembló y del techo comenzaron a caer piedras y trozos de estalactita.

Después de un instante de silencio, cundió el pánico y estalló un bullicio ensordecedor. Las mujeres tomaron a sus hijos en brazos y echaron a correr junto a los hombres, tropezando unos contra otros, y cada cual fue a resguardarse donde pudo.

Se produjo otra detonación. Una piedra enorme cayó en el lago, desbordando las aguas varios metros. Todos se lanzaron hacia la salida, pero cuando los primeros estaban a punto de alcanzar la boca del túnel, surgió repentinamente una oleada de murciélagos enfurecidos que trataban de abandonar el pasadizo. Un chorro gigantesco de alas negras que chillaban y entrechocaban. El terror aumentó. En busca de refugio, la muchedumbre

corría ahora hacia el interior de la cueva tratando de deshacerse a manotazos de los animales que revoloteaban sobre sus cabezas.

Roni se abrazó a su madre y Tina trató de contar lo de la policía, pero le era imposible debido al griterío de los nativos y el alboroto de los murciélagos. Por suerte éstos se dispersaron pronto por el interior de la cueva y, poco a poco, los gritos se fueron calmando.

Desde el exterior llegaban detonaciones secas de disparos, pero ya nadie abría la boca. Los nativos estaban agazapados detrás de las piedras con los ojos muy abiertos y sin comprender lo que estaba ocurriendo. Cuando minutos más tarde volvió la calma, Tina observó que Chua se incorporaba y se dirigía hacia el viejo Tuanku. Hubo una conversación entre ambos.

Entonces el anciano se puso en pie y se dirigió a la población en su lengua natal. Todos se incorporaron y siguieron al anciano, quien ya caminaba hacia la salida.

—Tina, ¿qué pasa? ¿Qué es todo esto? —preguntó su padre.

—Nada, papá, creo que todo ha terminado. Vamos a salir de aquí. Luego os lo cuento.

Ana dejó a Roni en el suelo, se colocó a su lado y la miró con el ceño fruncido.

—No pasa nada, mamá —repuso ella—. Anda, sigamos a los nativos.

—Pero —insistió Luis—, ¿qué es todo ese jaleo que se oye ahí fuera?

—Es la policía.

Capítulo veinticinco

Cuando salieron de la caverna, el sol asomaba sobre las montañas circundantes. El anciano que precedía la marcha junto a Chua se detuvo y los demás se agolparon a su lado haciendo comentarios en voz baja. En el ambiente flotaba un olor penetrante a pólvora quemada. A lo lejos ardía una cabaña y se veían hombres armados con fusil corriendo de un lado a otro. Los animales del poblado, espantados por las explosiones, se habían desperdigado entre los arrozales. A un gesto del anciano, varios nativos se dirigieron hacia allí para intentar reagruparlos. Luego emprendieron la marcha bordeando los campos de cultivo.

—Tina, ¿qué significa todo esto? —volvió a preguntar su padre—. ¿Cómo ha llegado la policía hasta aquí?

—La hemos traído Chua y yo.

Luis levantó una ceja y miró a su mujer. Esta apretó las mandíbulas y balanceó la cabeza repetidas veces para darle a entender que debía darle tiempo.

—Bueno... no importa —dijo él rascándose la coronilla—, ya nos lo contarás.

—Sí, papá. Han pasado muchas cosas desde que abandoné la isla.

Al llegar a las inmediaciones del poblado, un soldado profirió un grito e inmediatamente fueron rodeados por varios hombres que los apuntaban con sus fusiles. El comandante de la patrullera se acercó con paso lento empuñando una pistola. Después de guardarla en la funda del costado, dirigió una mirada al grupo de nativos asustados y ordenó a sus subordinados que bajaran las armas. Tuanku dio unos pasos para acercarse a él y entablaron una conversación hasta que el oficial reparó en Tina y su familia. Entonces dio unas palmaditas en el hombro del viejo y se dirigió hacia ellos.

Al llegar frente a Tina la miró fijamente esbozando una sonrisa. Sus ojos brillaban de satisfacción.

—Sabía que lo conseguirías —dijo bajando el tono de voz—. ¿Te encuentras bien?

Tina afirmó con la cabeza.

El marinero se plantó frente a sus padres. Después de alborotar los cabellos de Roni, sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y, mientras se limpiaba las gafas, se dirigió a ellos:

—Tienen ustedes una hija muy valiente. Les ha salvado la vida y a mí me ha ayudado a detener a uno de los piratas más buscados de Indonesia. Ahora podré jubilarme tranquilo. Díganme qué puedo hacer por ustedes. Si está en mis manos, cuenten con que lo haré.

El padre de Tina le observó un instante antes de contestar.

—Gracias, señor, pero sólo queremos hacernos de nuevo a la mar y volver a casa.

Al pasar junto a la cabaña principal, vieron a Razak esposado y custodiado por dos guardias armados. Estaba herido en un hombro y jadeaba un poco. La mirada del pirata taladró a Tina y ella se estremeció momentáneamente. Pero enseguida se encogió de hombros y sonrió. Razak le enseñó los dientes y escupió con desprecio.

El *Galloper* se asemejaba más a un tenderete de feria que a un velero. Estaba totalmente desarbolado. Luis, con las manos en las caderas, repasó con gesto de preocupación el desastre: la botavara doblada, uno de los *stays* saltado y el retazo de lo que un día fue la vela del barco, un trozo de harapo que colgaba del palo mayor. A su lado, como complemento del fatídico cuadro, asomaba la proa del barco pirata que había hundido la policía.

Luis giró sobre sus talones.

—Así que le fue fácil atravesar la tormenta, ¿eh? —dijo dirigiéndose a su hija.

Tina hundió la cabeza entre los hombros y separó los brazos del cuerpo con las palmas de las manos hacia delante, sonriente.

Ana dio unos pasos, se colocó al lado de su marido y le pasó la mano por la cintura. En ese momento se oyeron unos ladridos provenientes del interior del *Galloper*. Una bolita de pelo blanco apareció en cubierta. Temblaba como un flan. Después de olfatear el aire durante unos segundos, se estremeció de la

cabeza a la cola y saltó sobre el embarcadero brincando a su alrededor. Y el perro fue pasando de mano en mano entre caricias, besos y gemidos.

Un poco más tarde, cuando se hubo calmado el júbilo del reencuentro, el padre de Tina subió a bordo y comprobó *in situ* el desastre. Su cara denotaba preocupación.

—Así no podemos navegar, es imposible —comentó con el ceño fruncido.

Se produjo un silencio prolongado mientras el grupo observaba a Luis moviéndose por la cubierta del velero. El sol seguía su sendero invisible en medio de un cielo immaculado. Tina buscó con la mirada al jefe de la patrullera. Lo localizó cerca de la explanada charlando con un oficial y sin mediar palabra, se dirigió hacia él con pasos apresurados.

—Señor, creo que vamos a aceptar su ofrecimiento de ayuda —dijo al llegar junto a él.

Cinco días más tarde, el *Galloper* lucía como nuevo. El comandante de la nave había cumplido su palabra y, dos días después de haber partido, apareció una embarcación rápida, tripulada por dos técnicos de la armada, con una botavara, el velamen y todo lo necesario para que el barco pudiese ser reparado y hacerse de nuevo a la mar.

Tina se dirigió hacia la playa y se sentó a la sombra de una palmera con la vista perdida en la bahía. La mar estaba en calma y lucía un sol espléndido. Del Sur, soplaba un ligero viento cargado de olor a algas y a sal. Su padre se había recuperado totalmente, sus manos habían sanado con los ungüentos milagrosos de Tuanku y el velero ya estaba preparado para zarpar. Ya faltaba poco para que abandonaran aquel hermoso lugar y ella sentía una gran necesidad de llorar. No sabía muy bien si de alegría o de pena.

Pensó en el comandante de la nave. Se llamaba Nguyen y tenía una casita en una isla cerca de Hong Gai. Con los pertrechos del barco, le había enviado una carta invitándola, junto a su familia, a pasar unos días con él. También le había mandado unas cuantas fotos. En una se le veía sonriente, navegando en un pequeño velero, junto a su nieta. Tina se lo imaginó contándole sus aventuras, como hacía su abuelo. Quizá ya le hubiese hablado de ella.

Tina cerró los ojos y apoyó la barbilla sobre las rodillas.

Los acontecimientos retornaron ahora a su mente como si se tratara de una pesadilla que nunca hubiera ocurrido, igual que si hubiesen recalado en un lugar de ensueño durante su viaje hacia Manila. Únicamente Chua le parecía tangible. Sin embargo, sabía que él también era una ilusión. Una persona que

las circunstancias habían puesto en su camino, pero comprendía que no le pertenecía, que no era de su mundo ni nunca lo sería.

Durante el tiempo que duraron los preparativos y la reparación del barco, la chica de los ojos negros no se había apartado de su lado, reivindicando una posesión que le pertenecía en exclusividad. Cada vez que trataba de entablar conversación con Chua, aparecía la chica y se colgaba de su brazo.

Tina abrió los ojos y sonrió. Ella hubiese hecho lo mismo.

Sin embargo, Tuanku sí había aprovechado cualquier ocasión para sentarse a su lado y hablarle de su pueblo, de sus costumbres..., de Chua. Estaba muy orgulloso de él. Chua sería, casi con toda seguridad, el jefe de la tribu.

Las perlas y los corales que se almacenaban en la cueva sagrada eran las dádivas que los hombres estaban obligados a regalar a las mujeres cuando se casaban. Ellas las depositaban allí una vez consumado el matrimonio. Al parecer, el lago interior de la isla estaba lleno de ostras que producían perlas.

—Pero eso es una fortuna —le recriminó Tina cuando se lo relató—. Con lo que le pagarían por ese tesoro, podrían vivir todos ustedes y varias generaciones más como reyes en cualquier sitio del mundo.

El viejo Tuanku la miró sonriente.

—¿Y seríamos más felices? Aquí tenemos todo lo que necesitamos. Los campos nos dan arroz y verduras; los animales, carne y leche; la selva, frutas, y el mar, peces. Nuestros hijos se crían sanos y fuertes, nuestras mujeres son hermosas. ¿Qué más queremos? ¿Qué nos pueden dar las perlas que no tengamos ya?

A Tina, a bote pronto, se le ocurrían una docena de cosas, pero calló. Al salvar a sus padres y a su hermano, el anciano y aquella gente se habían arriesgado a perder su tesoro. Habían permanecido dos años bajo el dominio de los piratas sin descubrir el lugar sagrado para evitar que les robaran el botín. Sin embargo, cuando había corrido peligro la vida de los padres de Tina, de su hermano y de ellos mismos, no habían dudado en recluírse en la cueva, desvelando la fortuna que contenía en su interior.

—La cueva es sagrada para nosotros, pero la vida humana es lo más sagrado que existe —le había dicho el anciano.

Con una sonrisa en los labios por sus evocaciones, se incorporó y, después de sacudirse la arena del pantalón, se encaminó con pasos lentos hacia el poblado. Al llegar a un cruce del camino, vio la jaula al fondo y se dirigió hacia allí. Conforme se acercaba, notó que un silencio sobrecogedor la

envolvía. Era como si anduviese dentro de una burbuja. El viento, los pájaros, las voces del pueblo, el mar. Todo había callado.

Se preguntaba por qué ni su madre ni ella se habían acercado hasta allí. Mientras Luis cooperaba en la reparación del *Galloper* y Roni jugaba con los niños del pueblo desde que salía el sol hasta que se ocultaba, Tina y su madre se habían dedicado a ordenar los camarotes para colocar las cosas en su sitio. También habían dado largos paseos, por el poblado y por la playa, en los que Tina le pormenorizaba los detalles de lo que había acontecido hasta el día que apareció en la cueva, pero a ninguna de las dos se les ocurrió ir hasta la jaula donde habían estado encerradas y a la que, de todos modos, ningún nativo iba. Quizás ellas lo habían evitado de forma inconsciente.

Poco a poco, Tina fue acercándose, envuelta por el silencio. Se detuvo al llegar al claro. Entonces lo comprendió. Aquella jaula representaba todo lo que ella odiaba: las limitaciones, el encorsetamiento, la injusticia, la imposición de los fuertes frente a los débiles... Echó a correr, se encaramó en uno de los laterales y empezó a balancear el cuerpo hasta que, después de varios intentos, las cañas cedieron.

Cuando cayó al suelo estaba jadeante y sudorosa, pero enseguida notó que habían vuelto los sonidos: el canto de los pájaros, el rumor de las olas, el susurro del viento al pasar entre las ramas de los árboles. También oyó las voces que provenían del pueblo. Sonriente, se incorporó, miró las cañas que había echado al suelo y se dirigió hacia el poblado.

Los nativos se agolpaban en el pantalán alrededor de su padre luciendo sus mejores galas. Era hora de partir.

Al llegar al embarcadero, vio a Chua y a su chica y se dirigió hacia ellos. Sus miradas se cruzaron durante un instante. Ambos sabían que era la última vez que se veían. Con decisión, se acercó y le besó suavemente en los labios. Chua se sonrojó y la chica le lanzó una mirada agresiva. Tina esbozó una sonrisa y dio un beso en la mejilla de la chica.

—Es todo tuyo —murmuró.

La chica frunció el ceño sin entender palabra, Tina le palmeó el hombro un par de veces y se alejó hacia el *Galloper* después de inspirar profundamente.

Él jamás sabría las sensaciones que había despertado en ella. O a lo mejor ya lo sabía...

Cuando trataba de abrirse paso entre la multitud, advirtió que su madre había estado observando la escena por encima de la cabeza de los nativos y

contenía la risa. Al llegar a su lado, Ana le guiñó un ojo, le pasó un brazo alrededor de los hombros y la apretó contra ella.

En ese momento, el anciano Tuanku le estaba entregando una bolsita negra a Luis. Él la abrió con cuidado y vació el contenido en la mano derecha. Durante un buen rato contempló el puñado de perlas sin decir nada.

—No puedo aceptar esto, Tuanku.

El anciano se quedó mirándole con expresión de perplejidad y un instante después le colocó las manos sobre los hombros.

—Gracias a la valentía de tu hija hoy volvemos a ser libres. Acéptalo como un regalo.

Luis desvió momentáneamente la vista hacia su mujer y luego volvió a mirar al anciano.

—No puedo, Tuanku —repitió e introdujo de nuevo las perlas en la bolsita—. Si volviera a mi mundo con este puñado de perlas, más tarde o más temprano se sabría de dónde las he sacado. Entonces, perderíais la libertad que ahora os hemos dado, y sería para siempre.

—Eres una buena persona, Luis —dijo el anciano estirando los brazos para recuperar la bolsa—. Espero que no nos olvidéis y que algún día veamos aparecer la proa de vuestro barco por la bocana.

Ana soltó a su hija, dio unos pasos hasta colocarse cerca de su marido y le pasó el brazo por la cintura.

Tuanku se volvió hacia Tina, abrió la bolsa y sacó una perla.

—Al menos tú guarda ésta. Siempre que la mires te acordarás de nosotros.

Tina miró a su padre y éste hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Un poco más tarde, el barco enfilaba la bocana precedido por una embarcación pequeña que lo guiaría a través de los riscos. Desde la popa, Tina contempló por última vez la bahía, tratando de retener el recuerdo de aquel lugar maravilloso y de todas las emociones vividas allí. Sobre el pantalán, la población agitaba los brazos a modo de despedida. Chua decía algo haciendo bocina con las manos, pero el sonido de su voz se fue apagando hasta que se convirtió en un murmullo apenas perceptible.

Tina se volvió hacia su padre, que ahora gobernaba la embarcación.

—¿Crees que algún día volveremos?

—Conmigo no contéis —intervino rauda su madre desde los camarotes—. Creo que después de la experiencia vívida, esta familia se va a dedicar a practicar el remo en vez de la travesía a vela.

Luis guiñó un ojo a Tina y ella sonrió.

Glosario

Abarrotar.— Colocar un barco en el lado opuesto para el amarre.

Achicar agua.— Extraer el agua que por accidente ha entrado en el barco.

Aleta.— Parte de los costados de los barcos que convergen en la parte trasera y cierran el costado del barco formando la popa.

Amura.— Parte de los costados de los barcos que convergen en la parte delantera formando la proa.

Arriar las velas.— Bajar las velas.

Bañera.— Parte abierta en las embarcaciones, donde generalmente va instalada la rueda del timón.

Barlovento.— Dirección de donde viene el viento.

Bichero.— Palo largo con un hierro en la punta y gancho, que se utiliza, entre otras cosas, para atracar y desatracar.

Bocana.— Paso estrecho de mar que sirve de entrada a una bahía o fondeadero.

Bogar.— Remar.

Borda.— Parte superior del costado de un barco comprendida entre la cubierta y la regala.

Botavara.— Percha perpendicular al palo mayor que sirve para soportar la vela.

Caer el viento.— Amainar el viento.

Camarotes.— Compartimiento de los barcos destinados a dormitorios.

Cazar una vela. Tensar la escota correspondiente para que la vela coja viento.

Ceñir.— Navegar recibiendo el viento con el menor ángulo posible desde la proa.

Chumaceras.— Piezas de metal que se colocan sobre la regala para encastrar los remos.

Cofre de cadenas.— *También llamado caja de cadenas. Lugar donde se estiba la cadena del ancla.*

Compás de navegación.— *Brújula.*

Contra maestre.— *Suboficial que dirige la marinería de un barco.*

Cubierta.— *Cada uno de los pisos de un barco situados a distintas alturas y especialmente el superior.*

Desarbolado.— *Con las velas, los palos y los elementos de navegación destruidos, normalmente, por una tormenta.*

Escorar.— *Inclinación del barco.*

Escota.— *Cabo que sirve para tensar las velas.*

Escotilla.— *Aberturas practicadas en las cubiertas de un barco para establecer la comunicación, dar luz a las cámaras o ventilación.*

Eslora.— *Longitud del barco desde la proa a la popa.*

Espejo de popa.— *Parte trasera de la embarcación. Lugar donde se juntan las amuras.*

Flamear.— *Se dice que una vela flamea cuando no recibe el viento adecuadamente y da fuertes sacudidas.*

Foque.— *Vela triangular situada a proa.*

Garrear el ancla.— *No quedarse quieta y firme el tñela en el fondo.*

Imbornales.— *Agujeros practicados en la parte inferior de la borda para dar salida al agua que cae sobre la cubierta.*

Izar las velas.— *Levantar las velas.*

Jalar.— *Tirar de un cabo.*

Levar ancla.— *Levantar el ancla del fondo del mar mediante cadena o amarra.*

Mampara.— *Tabique con que se divide en compartimientos el interior de un barco.*

Manga.— *Anchura del casco del barco medida sobre la cubierta en su parte más ancha.*

Mayday.— *Palabra que, repetida tres veces consecutivas, se utiliza para pedir socorro en el mar.*

Milla.— *Medida itineraria marina equivalente a 1,852 km.*

Molinete.— *Máquina usada para izar y arriar el ancla de un barco.*

Monzón.— *Viento que sopla en el océano Índico en direcciones opuestas según los meses.*

Mordaza.— *Mecanismo instalado, fijos a la cubierta, que sirve para hacer firme la cadena del ancla.*

Nudo por hora.— *Unidad de velocidad. Equivale a una milla por hora.*

Obenques.— *Cabos gruesos con que se sujetan las cabezas de los palos a la cubierta o regala.*

Ojo de buey.— *Ventana circular con cristal.*

Optimist.— *Embarcación de vela ligera.*

Orza.— *Pieza suplementaria plana que se coloca en la parte baja central del casco. Sirve para dar más estabilidad, y contener la deriva, normalmente en los barcos de vela.*

Palo mayor.— *El que sostiene la vela del mismo nombre.*

Pantalón.— *Pasarela flotante que sirve para atracar los barcos.*

Pescante.— *Especie de balconcillo pegado a la pared del barco.*

Portillo.— *Abertura, generalmente de forma circular, que se practica en los costados de los barcos para dar luz y ventilación.*

Proa.— *Parte delantera de la nave con la cual corta las aguas.*

Proa a la mar.— *Poner proa al viento.*

Puño de pena.— *Extremo de una vela que queda en la parte alta del palo que la sostiene.*

Roda.— *Pieza gruesa y curva que forma la proa de la nave.*

Rumbo.— *Dirección que sigue un barco.*

Serviola.— *Vigía que se establece sobre el pescante de un barco.*

Singladura.— *Distancia recorrida por un barco en veinticuatro horas.*

Sonda.— *Equipo electrónico o manual que sirve para medir la profundidad.*

Sotavento.— *Dirección hacia donde va el viento.*

Stay.— *Cabo o cable (normalmente cable) que sujetan a un palo en dirección a la proa.*

Tambucho.— *Pequeña caseta o cierre en la cubierta superior de un barco.*

Tangón.— *Percha de madera que sirve para orientar la vela llamada balón.*

Tapa de regala.— *Parte superior de la borda.*

Toldilla.— *Toldo que se coloca desde el palo mayor o mesaría hasta la popa para navegar a la sombra.*

Virar.— *Cambiar de rumbo.*

Notas

[1] Altar dedicado a los difuntos. <<

[2] Gorro chino de forma cónica. <<

[3] El tigre. <<

[4] Embarcaciones tradicionales chinas. <<

[5] Bienvenida. <<